storytel original

MARÍA MONTESINOS

TODOS LOS DÍAS SON MARTES



www.storytel.com

Copyright © Storytel Original 2023

Copyright © María Montesinos 2023

ISBN 978-91-8035-635-0

Capítulo 1

Espera, espera. No vayamos tan rápido. Antes de empezar…, ¿habéis notado alguna vez esa sensación tan frustrante de remar con todas vuestras fuerzas sin avanzar? ¿Que da igual lo mucho que os esforcéis? ¿O que no importa que seáis una tía o un tío majos, legales y currantes, porque nunca llegáis a ningún sitio? O peor aún: que estáis donde no queréis estar.

En ese maldito punto me encontraba yo.

Por mucho que intentara disimularlo, la verdad es que llevaba una temporadita captando algunas señales que me advertían de que no iba por buen camino. Que esos consejos que me decía a mí misma, tipo: «No seas impaciente, Beatriz, confía en el universo y verás como todo terminará colocándose en su sitio», o esos otros mantras que dicen que si te esfuerzas mucho mucho mucho, que si enfocas tu energía en lo que quieres y lo visualizas cada mañana al despertar, conseguirás lo que te propongas… no me funcionaban a mí. No me preguntéis por qué. Todavía no lo sé.

Y sin embargo, le habían funcionado a mi amiga Miriam, que consiguió el papel en la obra que está a punto de estrenar, y a Olga, una de mis compañeras de trabajo más jovencitas, que después de una carrera fulgurante en el bufete, no paró hasta conseguir que la ficharan en el gabinete jurídico de una conocidísima firma de moda.

Sí, ya sé que no debería compararme con nadie, que no sirve de nada. Y os prometo que me alegré por ellas, de verdad, pero también me dio por pensar en lo que había sido mi vida en los últimos…, no sé…, ¿dos?, ¿tres?…, venga, pongamos cinco; en los últimos cinco años. ¿Qué había hecho?, ¿qué había conseguido? ¡Nada de nada! Y ahí estaba yo, Beatriz Barea, aguantando mi mejor sonrisa mientras me veía a mí misma sola, sin pareja y atornillada a la silla de un trabajo que me daba de comer, pero que no alimentaba mi espíritu. Ya, no os riais, sé que suena un poco cursi, pero sabéis muy bien a lo que me refiero.

Empecé a cuestionarme… ¿Y si vivía dentro de un «Mercurio retrógrado» perpetuo y no me había dado cuenta hasta ahora? Puede que hasta tuviera que agradecerle a Olga que me hubiese abierto los ojos. O quizá era, simplemente, que estaba a punto de cumplir los treinta y tres, y había entrado en pánico.

Soñaba que mi dentista me decía: «Abra la boca y repita conmigo: “Treinta y tres”» mientras me taladraba la mandíbula para colocarme dientes postizos.

Treinta y tres es un número maestro dentro de la numerología; una cifra redonda, mágica. Una edad en la que se suponía que ya debería tener mi vida bastante encarrilada, y no esto que tenía ahora, que parecía un vagón perdido circulando por vías muertas. O a lo mejor era porque…

—Porque no te daba la gana, Bea, reconócelo. Porque siempre le pones a todo lucecitas de colores. Eres demasiado buena, ya te lo hemos dicho Cris y yo muchas veces. No puedes ir por ahí alegremente, haciendo favores a todo el mundo, dejando que la gente se aproveche de ti.

—Pero vamos a ver… ¿Cuándo he dejado yo que se aprovechen de mí?

—Pues mira, sin ir más lejos cuando dejaste que Alberto se quedara con el piso después de romper.

—¡Porque fue él quien lo encontró y el contrato de alquiler estaba a su nombre, ya te lo dije!

—Ya, pero digo yo que después de un año viviendo juntos, tendrías tú el mismo derecho que él a quedarte con el piso, ¿no? Sobre todo, cuando el culpable de la ruptura fue él…

—Sara, por favor. Basta. No quiero volver a hablar de aquello.

—Vale, vale, como tú quieras. Yo solo digo lo que pienso… . ¿De verdad que no quieres otro chorrito de ron? Este es de los buenos, no da resaca. Me lo traje del último viaje que hice a La Habana, fue una recomendación del comandante de vuelo, que hace esa ruta cada dos por tres… Tendrías que conocerle… Tiene sus añitos, pero no veas qué rumboso es.

—Tú lo que quieres es emborracharme para que mañana no vaya a trabajar y te ayude a limpiar.

—Tía, qué mal pensada… y qué mala amiga. No sé por qué te enfurruñas cuando menciono a Alberto.

—¿Sabes qué? ¡Que le den a Alberto! Me importa un pimiento, te lo digo de verdad. Lo que me da rabia es que se quedara con el sofá chéster. Mucho presumir de que él lo había encontrado en un contenedor, pero la que lo restauró hasta dejarlo como nuevo fui yo… —. Pero ya está. Se acabó el chéster.

—Pues lo que yo decía: que eres una blanda… Tendrías que habérselo rajado antes de salir por la puerta.

—¡Pero qué dices! ¿Pa qué? ¿Para amargarme? Que no, que no, que yo no soy así, tía. Que no tengo la mala leche que se necesita para eso, ya lo sabes. Luego me siento fatal y… No, paso. A mí no me merece la pena. Que lo disfrute con «*miss* Suspiritos». Y con un poco de suerte, se lo raja con sus taconazos.

—¡Ay, amiga! Eso no sería suerte, sería justicia divina. La suerte la tenemos nosotras, que estamos aquí tan a gustito, tú sin el petardo de Alberto y yo sin Claudine la rarita… Mira, todavía se me ponen los pelos de punta… . Si no fuera porque necesitaba que alguien se quedara con Garcilaso, no habría metido a alguien así en mi casa…

—Hombre, muchas gracias.

—No lo digo por ti, tonta… Nosotras somos amigas desde hace mucho, nos conocemos, hay confianza… y, hasta el momento, parece que tus manías y las mías son compatibles, digo yo. ¿O no?

—Mujer, si solo fueran las tuyas…, pero ¿qué pasa con Garcilaso? Porque para manías, las suyas…

—Pero si Garcilaso es un amor y te adora… ¿Verdad, príncipe?

—Venga, va. Sírveme un chupito de ese ron añejo . ¿Brindamos? ¡Por nosotras!

—¡Por ti y por la bruja Avería!

—Tía, que no es bruja, que es tarotista, te lo he dicho veinte veces. Y se llama Luna.

—Lo que sea. No entiendo cómo puedes creer esas tonterías, pero, oye, que si a ti te sirven de algo, yo me callo… Otro brindis: ¡por tu año mágico, Bea! ¡Feliz cumpleaños!

Ahora sí. Ahora ya podemos volver a esa misma noche, al momento de la celebración de cumpleaños que me habían organizado mis tres mejores amigas, Sara, Cris y Miriam, en La Sultana, un garito de copas que se había puesto de moda. Música cubana en directo, varias rondas de mojitos y una tarta de chocolate que nos trajo un camarero sabrosón al ritmo de los compases de *Cumpleaños feliz*.

Fue genial.

Después de soplar las velas, Sara me vendó los ojos y entre las tres me condujeron a tientas por un pasillo estrecho con un cierto tufillo a marihuana. Oí cómo golpeaban una puerta. Luego, el ruido de una cerradura y, de golpe, un intenso aroma a incienso me inundó la nariz.

Alguien me arrancó la venda y…

—¡Sorpresa!

Mis ojos parpadearon hasta adaptarse a la luz tenue que iluminaba la figura voluminosa de una mujer con una gran túnica verde y dorada.

—Beatriz, ¿verdad? Soy Luna Esmeralda, vidente y tarotista. Adelante, te estaba esperando.

Si digo que me sorprendió mucho, mentiría. En realidad, me lo imaginaba. Llevaba todo el año diciendo que me gustaría que me echaran las cartas, pero nunca me decidía a dar el paso, así que mis amigas lo tuvieron fácil a la hora de elegir mi regalo. Una lectura de tarot, por supuesto.

Y más cuando Cris se enteró de que cada jueves una vidente pasaba consulta en La Sultana, justo donde estábamos celebrando mi cumple.

Me despedí de ellas, tres escépticas insoportables que se morían de risa con esas cosas, y seguí a Luna a un pequeño cuarto adornado con telas de llamativos colores y una hilera de velas aromáticas sobre una repisa. Tal vez fuera casualidad, pero la bombilla de la lámpara del techo titiló varias veces cuando entré, y de pronto, me entraron las dudas. ¿De verdad quería saber lo que me deparaba el futuro? Porque una cosa era consultar mi horóscopo cada día, como fiel devota de los astros que soy, y otra muy distinta era sentarse frente a esa mujer algo entrada en carnes, de pelo requemado y mirada penetrante que no dejaba de barajar las cartas ante mis ojos con sus dedos regordetes.

—Imagino que le habrán dicho que es mi cumpleaños… Cumplo treinta y tres.

—Sí, cielo. Una sagitario de pura cepa, ¿verdad? Los treinta son una edad de mucha intensidad vital en todos los sentidos… ¡Quién los pillara otra vez! Aunque, si te digo la verdad, con lo que sé hoy, no sé si volvería a esa época… —[Suena dubitativa, pero enseguida retoma el hilo con resolución]—: Bueno, dejémonos de malos recuerdos y centrémonos en ti. ¿Qué quieres saber, cielo?

—Pues no sé… Supongo que me gustaría saber cómo se me presenta este año, así, en general…

Observé con atención la expresión de su cara cada vez que depositaba una carta sobre la mesa mientras escuchaba el tintineo de sus pulseras. Su rostro no reflejaba nada, pero de vez en cuando bisbiseaba entre dientes palabras que yo intentaba descifrar antes de que empezara a leer mi presente y mi futuro en los arcanos.

—Parece que hay varios conflictos del pasado enquistados a tu alrededor…

—Mmm… Pues no sé… ¿Qué tipo de conflictos?

—Con personas muy cercanas a las que quieres…

Pensé en mi hermana Sonia, que llevaba tiempo haciendo su vida en algún lugar de California. Ni siquiera había sido capaz de enviarme un wasap para felicitarme por mi cumpleaños. Al menos papá me había llamado, aunque no hubiera podido cogerle el teléfono.

—Últimamente me he distanciado un poco de mi padre. Se le ha metido en la cabeza que se quiere casar con una señora de un pueblo vecino que lo maneja como le da la gana. —: ¿Le dicen algo las cartas sobre eso? ¿Sobre si se va a casar con ella?

—Pues a ver… Yo diría que existen muchas posibilidades de que así sea… Veo un viaje o una mudanza a medio plazo…

Justo a eso me refería… Esa era una de las razones por las que Maruja no le convenía. Estaba empeñada en que él dejara su hogar, nuestro hogar, la casa en la que había vivido tantos años con mi madre hasta que murió. La casa del pueblo en la que crecimos mi hermana y yo, donde todavía tengo mi habitación tal y como la dejé cuando me marché a estudiar a la ciudad, al igual que había hecho mi hermana un par de años antes.

Y ahora esa señora pretendía convencer a mi padre de que cerrara la casa y se fueran a vivir a un pueblecito de Alicante lleno de jubilados activos y saludables que salían a hacer taichí cada mañana. Ya ves tú qué se le ha perdido a mi padre en Alicante, si no ha salido del pueblo más que una vez en la vida y fue en su viaje de novios.

A mi hermana y a mí nos gustaba mirar las fotos del álbum en el que aparecían los dos, mi padre y mi madre de recién casados, mucho más jóvenes de lo que soy yo ahora, posando delante del cuatro latas que les prestó el abuelo para viajar hasta Roses, en la Costa Brava. A mi madre le encantaba el mar. Soñaba con tener un apartamento en Benicarló al que ir en vacaciones… Por salir un poco del pueblo y respirar otros aires, le decía a mi padre cada año antes del verano. Y

mi hermana y yo aguantábamos la respiración, con nuestras manos entrelazadas debajo de la mesa, apretando tan fuerte que casi nos hacíamos daño, a la espera de lo que dijera mi padre, que siempre se negaba con los mismos argumentos: hacía demasiado calor y no le gustaba la playa porque no soportaba la arenilla ni pasarse las horas muertas en paños menores bajo el sol, mirando al mar y sin hacer nada, cuando podía estar en el taller terminando los encargos de la carpintería.

Y ahí se acababa todo.

Por eso no me entraba en la cabeza por qué ahora, de repente, se había vuelto tan dócil y le parecía bien instalarse en Alicante por temporadas, como quería Maruja... En fin. Qué más da. No estaba allí sentada para profundizar en la vida de mi padre, sino en la mía.

—No me haga caso. Olvídese de la boda. Lo que de verdad quiero saber es si ve algún cambio en mi vida a corto o medio plazo, y en qué sentido…

—Espera, espera… Vayamos por partes, joven…

Luna Esmeralda volvió a barajar y las cartas fueron apareciendo sobre la mesa una tras otra, lentamente.

—Vaya, vaya... Veamos, hay un punto de inflexión en tu vida que augura cambios venideros, yo diría que bastante propicios. Hay abundancia y fortuna cerca de ti… ¿Ves esto? Tienes dos figuras poderosas y protectoras a tu lado. Y al mismo tiempo, hay una sombra cerca a la que te agarras, como si tuvieras miedo a soltarte… ¿Esto te dice algo?

—Pues así, a bote pronto, no sé yo…

—Bueno, tenlo en cuenta, por si acaso. Porque hay mucha luz a tu alrededor, pero también algunas sombras, y todo dependerá de las decisiones que tomes, cielo. Deberás estar muy atenta a todo lo que ocurra en tu entorno, a las personas, a los detalles, a las señales, y seguir siempre tu instinto. Y lo más importante: no dejes pasar ninguna oportunidad, porque alguna te abrirá la puerta a cosas extraordinarias en el plano laboral y económico, y, también, en el amor.

—¿En el amor? ¿Quiere decir que voy a conocer a alguien?

—Quiero decir que tienes un aura propicia para el amor. Esta de aquí es la carta del enamorado, que anuncia una relación amorosa. Hummm…, una relación con una persona cercana, alguien con quien te une algo.

No se me ocurría ningún hombre cercano que me interesara…, a no ser que…, bueno, estaba Rodrigo Velasco. Aunque no es que me gustara; se trataba más bien de un interés platónico-lujurioso. Rodrigo había aterrizado en el bufete hacía algo menos de un año y mis compañeras y yo habíamos convenido que era igualito a un dios nórdico reencarnado por error en la piel de un abogado. En el departamento nos referíamos a él como «nuestro Thor», y como cualquier objeto de deseo compartido, lo sometíamos a una sutil e inofensiva vigilancia de sus pasos en la oficina. Aunque, para ser sincera, dudaba de que se hubiera fijado alguna vez en ninguna de nosotras.

—¿Me estás escuchando, cielo?

—Sí, sí, perdone. ¿Qué decía?

—Que tendrás que estar abierta a lo que venga… Lo viejo traerá lo nuevo y lo nuevo te abrirá el camino a lo inesperado.

Lo viejo, lo nuevo… Ahí estaba la clave de todo, estaba segura de ello. Porque en el fondo, eso era lo que mejor sabía hacer: recuperar muebles y objetos antiguos y darles un nuevo uso en el presente, una nueva vida con mis manos. Pero lo esencial, lo más importante, aquello con lo que me quedaba de toda la conversación con Luna era que algo extraordinario estaba a punto de darle un vuelco a mi existencia.

Claro que aquella cosa extraordinaria tendría que esperar a otro día, porque a la mañana siguiente, como era de esperar, se me pegaron las sábanas. Debí de apagar la alarma sin darme cuenta y, cuando volví a abrir los ojos, eran casi las nueve. Salté de la cama como un resorte, al tiempo que buscaba mi teléfono para llamar a mi compañera de oficina con la que tenía más confianza.

—Mierda, mierda, mierda. ¿Vera? ¡Hola! Oye, mira, que no voy a llegar a la hora, ayer se me hizo un poco tarde y…

—¡Ay, eres un solete! ¡Gracias, maja! Si hay algo urgente, llámame.

Después de hablar con Vera, me relajé un poco. Me había dicho que me cubriría si alguien preguntaba, así que no necesitaba correr tanto. Me di una ducha rápida y luego me vestí bajo la mirada hipnótica de Garcilaso, que se había colado en mi habitación durante la noche. Sara seguía durmiendo como una bendita. Me bebí un café a secas en silencio y después de comprobar que lo llevaba todo, cerré la puerta tras de mí y bajé las escaleras.

Nuestro piso estaba en la tercera planta de un inmueble de cuatro alturas sin ascensor, en uno de los barrios más céntricos y populares de la ciudad. Una maravilla para alguien como yo, a la que le gustaba el callejeo, las tiendas de barrio, estar en el meollo urbanita y cultureta del momento. Y justo ahí se encontraba el coqueto edificio de ladrillo de finales del siglo XIX, con cuatro balcones enrejados por planta. Estaba habitado únicamente por ocho propietarios; la mayoría, personas mayores que llevaban allí toda su vida y se resistían a marcharse a ningún otro lugar si no era con los pies por delante.

—¡Ay, Beatriz, hija! ¡Qué bien que te pillo!

—Buenos días, Amalia. ¿Cómo está?, ¿le ocurre algo?

—¿Te importa si te doy una listita con tres o cuatro cosillas que necesito para que me las traigas cuando vuelvas del trabajo? Con estos fríos, me da miedo salir de casa.

—No me importa en absoluto. Démela.

Desde que un día la ayudé a subir las bolsas de la compra y me invitó a un café en su casa, rara

era la semana que no le hacía algún recado. Así fue como supe que esa viejecita era Amalia Garcés, una gran actriz de teatro de los años setenta que había trabajado en los mejores escenarios del país. Aunque para ser sincera, a mí no me sonaba demasiado su nombre. Su cara puede que sí, pero solo después de fijarme mucho en sus fotos de cuando era joven que tenía repartidas por la salita de estar. Quizá la hubiera visto en alguna de esas películas antiguas de cine de barrio que tanto le gustaban a mi madre.

Al parecer, Amalia no supo adaptarse a los cambios que impuso la televisión y, poco a poco, fue perdiendo renombre dentro del mundo del espectáculo hasta caer en el olvido. Ahora vivía casi recluida entre cientos de recuerdos de su carrera sobre los escenarios y rara vez pisaba la calle, salvo para ir al banco una vez al mes y poca cosa más.

—¿Te llegará con veinte euros? Con lo que está subiendo todo…

—Sí, mujer. Y si no, ya me las apañaré. —¡Se lo traeré esta tarde!

Al llegar al portal, apenas pude avanzar. Todo el espacio estaba invadido por un gran sofá envuelto en plástico y un montón de cajas de mudanza que dificultaban el paso. Tres hombres entraban y salían descargando el camión aparcado junto a la acera, bajo la mirada vigilante de Isidro, nuestro vecino de enfrente, un anciano enjuto y tieso como un quijote.

—Ya pueden tener cuidado al subir ese armario por la escalera. Si hacen alguna rozadura en la pared, tendrán que arreglarla.

Ahí estaba Isidro, nuestro peculiar vecino. Desde que había vendido su taller de guitarras y se había jubilado, se pasaba el día de aquí para allá, inventándose cosas que hacer, gestiones, arreglillos en el edificio o incluso mejoras en el barrio, con tal de no quedarse metido en casa, porque decía que no aguantaba estar entre esas cuatro paredes, que la casa se le venía encima como si fuera una losa, la de su tumba. Supongo que, en el fondo, lo que le pasaba a Isidro era que tenía miedo a la inactividad, a sentirse inútil, relegado, viejo, a pesar de su espíritu crítico e incansable. El mismo espíritu que le había impulsado a perseguir al concejal de turno para que este año iluminaran las calles del barrio con luces navideñas, igual que hacían en otros barrios más comerciales o pudientes de la ciudad.

—¡Buenos días, Isidro!

—¡Hombre, Beatriz!

—Vaya lío que tienen estos montado, ¿no? ¿Se sabe quién se muda?

—Todavía no he visto a nadie, pero por lo que sé, son los del cuarto izquierda, los que compraron el piso el verano pasado y lo reformaron entero. ¿Te acuerdas?

Cómo olvidarlo. Sara y yo no tuvimos más remedio que soportar dos meses de martillazos constantes sobre nuestras cabezas. Eso sí, el piso quedó estupendo, por lo poco que pudimos atisbar el día que subimos a cotillear. Espacios abiertos, suelos relucientes de tarima nueva, muchísima luz y claridad… Y de jefa de obras, vimos a una señora mayor muy estilosa, vestida con un atuendo juvenil, que repartía órdenes a diestro y siniestro sin despeinarse ni un pelo.

—Por cierto, que ya he terminado de restaurar tu radio antigua. Que sepas que tienes una auténtica joya *art déco* de finales de los veinte…

—¡No me digas! ¿Ese armatoste?

Ese armatoste, como él decía, no solo tenía un diseño precioso de madera de caoba con incrustaciones, sino que el mecanismo interno debía de ser un prodigio de ingeniería, porque setenta años después, seguía sintonizando emisoras.

—Espera, ya verás. Te voy a enseñar el vídeo que he grabado restaurándolo. Lo he subido a mi canal de YouTube…

—Un día me tienes que enseñar cómo lo haces. Tengo mucha curiosidad por conocer estos inventos modernos que tenéis ahora…

—Mira, este es… Sale un poco oscuro porque le falta algo de luz, pero…

—¡Que no, ni de coña! ¿Pero esa tía de qué va? ¿Dónde se cree que está? ¡Que es un puto *reality* de cocina, Javier, que no va a ser nominada a ningún Goya! Dile que se deje de tonterías y se ciña al guion, que para eso la contrataron.

—Ay, mierda…, voy fatal de batería…, te lo enseñaré cuando te devuelva la radio. Y si alguna vez quieres venderla, dímelo. Yo te encontraré un buen comprador.

—He dicho que no, Javier. Olvídalo. No pienso tocar ni una frase más del guion, estoy hasta los cojones de ella y sus aportaciones.

—Vaya espectáculo… Yo no sé cómo no se da cuenta de que está en plena calle aireando conversaciones privadas… A mí me daría vergüenza.

—¿Cómo que le falta emoción? Pues mira, si quiere montar un numerito lacrimógeno delante de la cámara para sus fans, que lo haga en un *story* de esos de Instagram. Que para eso no necesita guion ni equipo ni nada. Puede hacerlo ella solita. Que pinche en ese globo de helio que tiene por corazón y que se deje llevar, a ver qué le sale, igual hasta nos sorprende. Lo que está claro es que no pienso cambiar ni una coma más.

—Yo creo que no es muy consciente de que le está escuchando toda la calle…

—Bien. De acuerdo, ya hablamos más tarde. Díselo como te parezca, Javier, pero la respuesta es que no. Eso tenlo muy claro.

—Anda que… ¡Manda narices! Vaya maneras… ¡Valiente botarate! Oye, pero míralo, que se dirige al camión de mudanza… ¡y está hablando con los operarios!

—Joder. Disimula, Isidro, que nos está mirando. Y encima ahora el encargado nos señala a nosotros, a saber por qué.

—¿A nosotros?

—No mires, no mires, que viene hacia aquí.

—¡Hola! Disculpen, soy Daniel Durán, el nuevo vecino del cuarto… No sé quiénes son ustedes, pero me dicen los de la mudanza que les han prohibido subir mis muebles por la escalera.

—Ah, no. Eso no es correcto. Yo no les he prohibido nada. Solo les he dicho que si provocan algún desperfecto en la escalera, tendrán que hacerse cargo del arreglo, como es lógico y natural. Y, por cierto: soy don Isidro Castro, del tercero derecha. Vivo aquí desde hace más de sesenta años.

—Vale, pues encantado, don Isidro. Entiendo lo que dice y por supuesto que se harán cargo de los desperfectos que pudieran ocasionar. De hecho, tienen un seguro que lo cubre…

—Sí, sí, ya me conozco yo la cantinela del seguro. Hacen el destrozo y, luego, nos tenemos que pasar tres meses así, con la escalera hecha un cristo, hasta que se digna a aparecer el perito y empieza a poner pegas con tal de no pagar.

—Mire, no voy a discutir con usted. Lo único que sé es que tendrán que subir mis muebles, tanto si le gusta como si no.

—A lo mejor podrían subir los más grandes usando la grúa del camión. En estos edificios sin ascensor es muy habitual…

—Perdona, y tú eres…

—Ah, Beatriz, soy Beatriz. Vivo en el tercero izquierda, justo debajo de tu piso. Digo lo de la grúa porque es lo que hizo el señor Robledo, su vecino de enfrente, cuando cambiaron el sofá.

—Ya, ya. Mira, yo no voy a decirles a los operarios cómo hacer su trabajo, igual que no me gusta que me digan cómo hacer el mío. Ellos sabrán si deben utilizar la grúa o no.

—Ah, pues si no quieren, entonces es su problema.

—Resulta que SU problema es también MI problema, y la verdad es que ahora no tengo tiempo para ponerme a discutir con nadie.

—Oye, perdona, pero nosotros no tenemos la culpa de que hayas empezado el día con mal pie.

—¡Pero qué mal pie ni que leches en vinagre! ¿Es que en este país ni siquiera puede uno mudarse sin que venga alguien a tocarle las narices?

—Yo solo digo que de aquí no se pueden marchar esos señores sin que esté todo perfecto. Tampoco es mucho pedir, ¿no? Y usted debería estar de acuerdo, que ahora también es propietario.

—Vale, ¿saben qué? Déjenlo, no pienso discutir más. Ya me ocuparé de solucionarlo, y si hay que pagar algo, no se preocupen, que lo pagaré yo mismo. ¡Manda narices lo que hay que aguantar!

—¡Menudo tiparraco nos hemos agenciado! Con lo tranquilos que estábamos hasta ahora…

Capítulo 2

—¿A qué piso va?

—Al quinto, gracias - . Uy, lo siento, creí que lo había silenciado…

«Sagitario: no te preocupes si hoy el día arranca torcido (¡ja!, dímelo a mí). Nadie mejor que tú sabe que no hay mal que por bien no venga (eso sí que es verdad, ¿ves?), así que utiliza ese optimismo que te caracteriza para enderezar tu suerte y orientarla a lograr tus propósitos más inalcanzables. Ojo a tus finanzas, estás en racha. Sería un buen momento para los juegos de azar. (Pues no me vendría nada mal que me tocara algo en la primitiva…, necesito un abrigo nuevo)».

La mía. O, mejor dicho, la del bufete donde trabajo: «Guzmán Buitrago y asociados. Tradición y justicia». Eso es lo primero que se ve al traspasar la puerta, escrito en grandes letras doradas encima del mostrador de recepción.

—¡Buenos días, Mamen!

El mundo se ve de otra manera cuando entras a trabajar a las diez y media de la mañana, la verdad. Recordé la primera vez que crucé ese recibidor, hacía algo más de cinco años. Aquello se parecía más a una sacristía que a una oficina: mucho mueble castellano, pinturas tétricas enmarcadas con ostentación y más dorados que el Salón del Trono del Palacio Real… ¡Qué impresión! Y no es que fueran feos. Para nada. Si de algo sé, es de antigüedades, pero me pareció que ese lugar desprendía un olor a rancio capaz de disecarte las pestañas a poco que te distrajeras. Pero claro, ya sabéis el dicho: a situaciones desesperadas, soluciones desesperadas, y en aquel momento de mi vida yo necesitaba desesperadamente ese puesto de administrativa para el que me entrevistaron, así que cuando me pusieron delante el contrato, respiré profundo, cerré los ojos y garabateé mi firma en el papel. Me dije que solo serían seis meses y se acabó.

Pues no. Cinco años después, ahí seguía, en Guzmán Buitrago y asociados, lidiando con procedimientos administrativos y expedientes legales que se amontonaban sobre mi mesa.

Que conste que no me puedo quejar: era un trabajo como otro cualquiera. Un trabajo estable en un bufete de carácter familiar, y con un sueldo en el límite de la dignidad, que es más de lo que puede decir alguna gente que conozco con la treintena bien asentada. Y aun así… Bueno, digamos que me gustaba imaginarme en la trastienda de un anticuario, sudorosa y empolvada hasta las cejas de tanto lijar y lijar, respirando el olor de las ceras, los tintes y el aceite de linaza sobre la madera… Tal vez algún día… A fin de cuentas, soñar es otra forma de resistencia.

—¡Cuidado, señorita!

—¡Aaay! ¿Pero qué narices…?

Un paso más y casi me estampo contra el bajo de una estantería de madera que cargaban dos operarios sobre sus hombros.

—Perdone, perdone…, ¡ha sido culpa mía! Iba pensando en mis cosas…

Me pegué a la pared del pasillo como si fuera un sello y dejé que pasaran con la estantería. Detrás de ellos los seguía otro hombre escondido por un cuadro enorme.

—Buenas… Oye, ¿alguien está redecorando su despacho? He visto a unos tipos llevándose una estantería y una de esas pinturas de cacerías inglesas más viejunas que el transistor.

—¡Madre mía, Beatriz!

—¿Qué pasa?

—Pero ¿tú te has mirado al espejo esta mañana?

—¡No! ¿Por qué?, ¿qué ocurre? No me asustes, Vera… ¿Qué tengo?

—Es que no me lo puedo creer, qué fuerte, ¿la habéis visto?… ¡Pero si tienes cara de treinta y tres añazos!

—¡Seréis cabronas! Ya es duro cumplir años como para que encima os burléis de mí… No sé si invitaros a gominolas… Y que conste que he traído un tarro entero.

Mis compañeras se lo tomaban a cachondeo porque me sacaban casi una década, tenían sus vidas más o menos encauzadas, con sus problemas familiares y tal, pero encauzadas, y a pesar de eso, no dejaban de decir que envidiaban mi libertad, mi independencia, mi juventud y blablablá… Chorradas.

—Vale, y ahora de verdad, ¿por qué se están llevando las estanterías? ¿Han despedido a alguien?

—Qué va. Llevan desde primera hora sacando algunos muebles de los despachos. Dicen que van a renovar el mobiliario de todo el bufete para darle un aire más funcional y moderno.

—¿Así, de repente? Pero si no hace mucho tiempo, el gerente quiso hacer algunos cambios en su despacho y no le permitieron tocar ni un aplique…

—Pues ya ves. Debe ser parte de esa estrategia de captación de nuevos clientes de la que tanto hablan. Como últimamente todo gira en torno a eso… Ya sabes lo que se dice por aquí: o renovarse o todos a la calle.

Era la misma cantinela de siempre. En la última reunión de personal nos habían dicho que el bufete atravesaba un momento muy delicado. El semestre anterior habían perdido a dos clientes importantes y habían saltado todas las alarmas. Sí, sí, algo así. El problema era que todos los años atravesábamos el famoso «momento delicado», por una u otra razón. Así que, a estas alturas, era como el cuento de *Pedro y el lobo*, que de tanto repetirlo, no había quien se lo creyera.

—Ya, bueno, lo de siempre, entonces… Y aparte de eso, ¿ha ocurrido algo importante en mi ausencia? ¿Algún desastre contable irreparable?

—Estela ha preguntado por ti. Hoy ha venido con el morro torcido. Se ha vuelto a quejar a voz en grito de tu ficus, dice que está descontrolado. Que o lo podas o llama al conserje para que se lo lleve de aquí.

—¿Mi ficus? ¿Por qué? ¿Qué le ha hecho?

Con lo que me había costado sacarlo adelante en ese rincón al que apenas le llegaba un poco de luz mañanera… Cuando entré a trabajar allí era una plantita escuálida con cuatro tristes hojas a punto de morir, y había que verlo ahora: se había convertido en una planta fuerte y frondosa que me llegaba a la altura de los hombros.

—Tú ni caso. Le debe haber sentado mal el alpiste ese que toma en el desayuno… Ah, y dice que necesita la documentación completa del expediente de las pizzerías antes de las doce. Y que no se te olvide el escrito de solicitud a Sanidad.

¡Como si alguna vez se me hubiera olvidado algo! Pero mi jefa tenía esas cosas. Te ataba en corto, para que no olvidaras quién mandaba allí. Estela era la directora del Departamento de Administración. Una de esas personas obsesivas e hiperexigente que no sabía dirigir un equipo si no era a cara de perro, con cero empatía. Su humor era tan cambiante, que no sabías por dónde iba a salir cuando te llamaba a su despacho para endosarte algún marrón de última hora. Tres años llevaba pidiéndole una promoción o un traslado a otro departamento, que claramente me había ganado a pulso, y tres veces me lo había negado, como le hizo el apóstol Pedro a Jesús. ¿O fue Judas? Ahora mismo no me acuerdo… La cosa es que siempre se buscaba una buena justificación para rechazarlo: que si todavía no estaba preparada, que si me faltaba formación… Yo creo que en el fondo, muy en el fondo, de su corazón chungo, en realidad no me soltaba porque le sacaba muchas castañas del fuego. Pero eso no me impedía que yo siguiera erre que erre, y por ello ese año lo había vuelto a solicitar. Tenía la antigüedad y los méritos más que necesarios para que mi promoción fuera casi automática. Si me lo volvía a negar, ardería Roma o lo que hiciera falta. Desde luego, no me quedaría calladita. Esta vez no.

—La tengo casi terminada, incluida la solicitud. Solo me falta recopilar los informes técnicos. Ahora me pongo con ello, pero antes voy a por un café rápido y vuelvo enseguida, que con las prisas, no me ha dado tiempo a desayunar.

Enfilé el pasillo en dirección a la cocina pensando en la cantidad de tareas rutinarias que tenía por delante. A mitad de camino vi salir a Rodrigo de su despacho con el gesto muy serio, y pegado al móvil, como era habitual en él. Me dirigió una mirada fugaz antes de darme la espalda, no por descortesía quiero pensar, sino por simple discreción, para que no pudiera escuchar su conversación. Un instante después, colgó y lo vi guardarse el móvil despacio, con gesto pensativo. Y de repente, se volvió a mirarme.

—¡Eh, Beatriz! ¡Espera un momento!

¿Me lo decía a mí? Eso era lo que parecía… Me detuve en el umbral de la puerta de la cocina y aproveché para darle un buen repaso a nuestro Thor particular, un repaso de la cabeza a los pies, sin demasiado disimulo. Pelo suave y ondulado de color castaño claro, ojos de un azul grisáceo cambiante, cuerpo esbelto… Yo le echaba unos treinta y seis o treinta y siete, no más. Exudaba atractivo por los cuatro costados, empezando por esa voz tan varonil, y continuando por el traje

de tres piezas gris acero que lucía con el aplomo de alguien muy seguro de sí mismo. Aries tenía que ser, por supuesto. Es decir: impetuoso, enérgico, mandón… y bastante compatible con nosotros, los Sagitario, a los que nos va la marcha.

—Necesito que me hagas un favor…, es importante.

—¿Perdón?

—Mi secretaria está ocupada y tengo bastante prisa… ¿Tú podrías encargarte de preparar un desayuno para una reunión que tengo en un rato con un posible cliente?

—Yo no me encargo de esas cosas. Pregúntale a Mamen o a otra…

—No tengo tiempo de buscar a nadie y explicárselo. ¿No podrías hacerme el favor?

Me lo acaba de pasar don Guzmán, porque al parecer, es un contacto suyo, un anticuario muy conocido en la ciudad. Me ha pedido que le demos un trato exquisito…

—No serán Ignacio o Jaime Durango, ¿no?

—Sí, Ignacio. Ignacio Durango. ¿Lo conoces?

—Eeeh, personalmente no. Pero lo conozco de oídas, o mejor dicho, de vista. Estudié Conservación y Restauración de Bienes Culturales antes de empezar a trabajar aquí, así que sé quién es…

—¿En serio? Vaya, vaya…, jamás lo hubiera dicho, señorita Barea. Bueno es saberlo.

—En el mundillo del arte y las antigüedades los Durango son toda una institución…

—Eso me han dicho. Y también que Ignacio es una persona un tanto excéntrica. Debería recibirlo con un desayuno de lujo, ya sabes: café, té, zumo natural, pastas y bollería fina. Con servilletas de hilo y toda esa parafernalia. ¿Puedes ocuparte?

No, no podía. Ese no era mi trabajo, para eso había varias secretarias en el bufete a las que podía pedírselo.

—Pues es que debo terminar la documentación del expediente de una cadena de pizzerías para Estela…

—Solo te llevará media hora, como mucho. Se lo pediría a otra persona, pero tengo un compromiso ineludible dentro de… diez minutos. Debo marcharme ya.

¿Alguna vez habéis intentado sostenerle la mirada a un aries decidido a doblegar tu voluntad? Ni lo intentéis. Es inútil.

—Bueno, supongo que…

—Perfecto. Sabía que podía contar contigo. La reunión es dentro de una hora, en la sala ovalada.

Si Estela te pone alguna pega, dímelo y hablaré con ella. ¡Que nos lo sirvan allí! ¡Y recuérdame que te invite a una copa un día de estos, al salir del bufete!

—A tus órdenes... Mamen, ¿puedes por favor llamar a la pastelería de La Duquesita y que nos preparen una bandeja surtida de bollería y pastas de desayuno para… seis personas? Diles que mandaremos a alguien a recogerlo lo antes posible.

Poco antes de la hora de la reunión, ya lo tenía todo listo. Eché un último vistazo al desayuno sobre la mesa: cristal de bohemia no teníamos, pero sí un juego de café inglés de época victoriana con cucharillas de plata, que se guardaban bajo llave para los clientes importantes.

Justo cuando salía, vi llegar a un matrimonio de mediana edad, muy elegante. Los reconocí al instante. Era Ignacio Durango, acompañado de su mujer, Arantxa. A él no lo conocía en persona. A ella sí, aunque dudo que se acordara de mí. Cuando yo estudiaba, vino a dar una charla en mi escuela y, al finalizar, mi profesor, don Julián, nos presentó y me recomendó para las prácticas que ofrecían cada año los Durango a los estudiantes de la escuela. Al final no las pude hacer porque…, bueno, qué más da. Ahora no viene al caso. Los Durango estaban allí. Y antes de que pudieran emitir un dictamen sobre la calidad de los cuadros colgados en la recepción, apareció Rodrigo, que los saludó muy ceremonioso y los invitó a acompañarle a la sala de reuniones.

—Disculpen el ruido, están reformando algunos despachos. La idea es darle un aire más moderno y profesional, pero sin perder su esencia de bufete cercano y de confianza con el que nos identifican nuestros clientes. Pasen, es por aquí.

—Ejem… Señor Velasco…

—Ah, Beatriz, lo siento. Ahora estoy ocupado. Luego hablamos.

Me dejó allí plantada con un palmo de narices, ignorándome. Continuó andando, y cuando abrió la puerta de la sala lo vi contemplar sorprendido el magnífico desayuno dispuesto sobre la mesa. Entonces se volvió a mirarme, me guiñó un ojo y me hizo con la mano el gesto de «perfecto», como si no hubiera pasado nada.

—Beatriz, ¿dónde te metes? Ven corriendo, que Estela está que trina. Quiere el expediente de las pizzerías ya.

Y si la jefa trinaba, había que estar preparada para lo que fuera. Pero no me preocupaba lo más mínimo porque el expediente estaba terminado y listo sobre mi mesa.

—Oye, Beatriz…, que muchas gracias por ocuparte del desayuno. Ha quedado perfecto.

—Ah, vale.

—Por cierto…, el señor Durango será muy exquisito y todo lo que tú quieras, pero lo he visto mojar el cruasán en el café como cualquier hijo de vecino. Y su mujer, otro tanto de lo mismo con las pastas… Así que puede que algo del mérito de conseguir al cliente también haya sido tuyo. Quería que lo supieras.

—Ah, no ha sido nada. Me alegro de que haya salido tan bien… Y ¿por qué han venido? Si puede saberse, claro…

—Un tema de herencias, un conflicto entre los hermanos, poca cosa… Pero nos interesa mucho como paso previo a hacernos con los asuntos jurídicos de su empresa aquí y en el extranjero, porque están ampliando el negocio al mercado internacional. Dicen que los rusos y los chinos pagan cantidades astronómicas por el arte y las antigüedades europeas.

Eso me interesaba. Y mucho. Si querían expandirse, tendrían que aumentar su catálogo de antigüedades. Y para aumentar su catálogo, necesitarían contratar más personal. Si los Durango se habían cruzado en mi camino justo ahora, debía significar algo: a lo mejor era la oportunidad que esperaba para darle un giro a mi vida profesional.

—Ah, sí, eso he oído yo también: que los magnates rusos y los chinos son los nuevos ricos del siglo xxi.

—Exacto… Me voy, que tengo jaleo. Que sepas que te debo una, que no se te olvide.

—¡Descuida! Ya me lo he apuntado, por si se te olvida a ti…

—Tranquila, tengo buena memoria para estas cosas… No se me va a olvidar.

¿Era imaginación mía o Rodrigo Velasco estaba tonteando conmigo?

De regreso a casa después del trabajo, me detuve en el supermercado más cercano. Compré lo que me había pedido Amalia, cogí alguna cosa para mí también y cuando estaba ya en la caja pagando, oí retumbar sobre mi cabeza un trueno descomunal. Algo debió romper allá arriba, en el cielo, para que de pronto cayera una tromba de agua que ni en los tiempos de Noé. Esperé bajo el techado un rato, pero como aquello no arreciaba, me lie una bolsa a la cabeza y eché a correr como una posesa hasta el portal.

—Ya va, ya va… ¡Hola, Beatriz!

—Hola, Amalia, le traigo la compra.

—Ay, hija, qué bien que te hayas acordado… ¿Y estas flores?

—Eran los dos últimos ramos que quedaban en el puesto, casi me los han regalado. Se han quedado un poco chuchurríos por la lluvia…

—Pasa, pasa… ¡Pero si vienes toda mojada!

—Es que se ha puesto a diluviar cuando estaba a punto de salir del supermercado y me ha pillado de lleno.

—Ay, Dios mío, niña, que te vas a poner mala. Quítate enseguida ese abrigo y entra adentro que te voy a preparar una taza de leche calentita con miel. ¿O prefieres otra cosa?

—No, no. La leche con miel me encanta, me trae recuerdos de los inviernos en mi pueblo.

Con eso y el calorcito que se respiraba allí, me sentía como en casa. La seguí por un pasillo poco iluminado hasta la pequeña cocina de decoración psicodélica y ochentera, como sacada de una peli de Almodóvar.

—Le dejo el tique y las vueltas aquí en la encimera, al lado de la compra, Amalia.

—¿Qué vueltas? ¿Es que ya te había dado el dinero?

—Me lo ha dado esta mañana, en el rellano. Un billete de veinte euros. ¿No se acuerda?

—Uy… Pues porque lo dices tú, que si no… Yo no me acordaba para nada.

—¿Quiere que la ayude con algo?

—No, deja, deja. Yo me apaño.

—¿Dónde quiere que le coloque las flores?

—Ah, ahí tienes un jarrón de cristal. Llévalas a la salita, te sientas a la mesa camilla y me esperas allí, que voy enseguida.

No tuvo que repetírmelo. Tenía tal tiritona en el cuerpo, que recorrí el pasillo casi a la carrera hasta llegar a la salita de estar y, por favor, ¡qué gusto! Tan calentita y acogedora. Debía de ser por la estufa de butano que llameaba en un rincón. Había oído que emitían más calor que cualquier radiador, pero no lo había comprobado hasta ese día. Y era cierto, sí que calentaba, sí. Me distraje curioseando la colección de adornos, fotografías antiguas y objetos de todo tipo que llenaban los estantes de un bonito aparador antiguo con detalles modernistas.

—Ya estoy aquí.

—Estaba admirando esa mano de marfil…

—Ah, mi rascador de espalda… Me lo regaló hace muchos años uno de mis admiradores, un hombre majísimo que venía a todas mis funciones. Lo conocí cuando yo representaba en el Teatro Variedades *Cinco horas con Mario*, la obra de Delibes, ¿la conoces?

—La del monólogo de la mujer velando el cadáver de su marido, ¿verdad? La leí en el instituto.

—Ven, siéntate aquí. La leche está calentita, pero no quema… Hay que removerla un poco, que la miel se ha quedado en el fondo. Pues ese admirador mío, Antonio Fonseca se llamaba, vino a verme en esa obra siete veces. ¡Siete! La última vez que se presentó en mi camerino me propuso matrimonio, ¡imagínate! Espera un momentito, que te saco unas rosquillas que tengo aquí, en el aparador…

—No saque nada más, Amalia. No hace falta…

—Sí, mujer. Tienes que acompañar la leche con algo sólido.

—¡Qué caja de galletas tan bonita! Con todas esas florecitas pintadas en la tapa de metal… Estas

ya no se fabrican.

—Venían con las galletas Artiach, que a mi marido le gustaban muchísimo. Siempre teníamos esas galletas en casa y cuando se terminaban nunca tiraba la caja, la utilizaba para mis cosas. Coge una rosquilla, anda…

—Mmm, están riquísimas… ¿Y qué pasó con el señor Fonseca? ¿Se casó con él?

—Uy, no, ¡qué va! ¡Pero si yo estaba requetecasada! Ahora, que también te digo una cosa: no había semana que no viniera algún caballero a declararse, y a mi marido se lo llevaban los mil demonios… No es por presumir, pero aquella obra fue la mejor interpretación de mi carrera, y no lo digo yo, lo decían los críticos teatrales de entonces. Hasta me valió un premio, la medalla del Círculo de Bellas Artes…

—¡Hala! Y esta foto, en la que aparece rodeada de mucha gente, con el cartel de la obra detrás, ¿se la hicieron cuando le dieron la medalla?

—Eso es. Tres años estuvo en cartelera y con lleno cada noche, ¿eh?. Claro, que eran otros tiempos. La gente tenía mucha costumbre de ir al teatro, y era maravilloso sentir el aplauso del público, aunque a los actores y actrices no creas que nos pagaban mucho… Pero eso sí: cada día después de la función, me encontraba flores o bombones o cualquier fruslería en mi camerino, obsequio de algún admirador.

—Eso es porque era una actriz maravillosa y muy guapa, Amalia.

—¡Ay, hija! Y sobre todo, ¡joven! La juventud es una época tan agradecida para todo… Ahora ya ni siquiera los compañeros de profesión se acuerdan de mí. ¿Y tú tienes algún admirador por ahí? Alguno habrá, con lo guapa y cariñosa que eres…

Y ahí estaba… el «momento marmota» que se repetía en cada una de mis visitas: el de los novios que, según ella, debía de tener haciendo cola a la puerta de mi casa para salir conmigo.

—¡Qué va! Ni admiradores ni novios.

—Anda, anda… Será porque no quieres. Coge otra rosquillita, venga, que estas no engordan… Tú hazme caso, que sé lo que me digo: disfruta todo lo que puedas y no tengas prisa por casarte, que ya tendrás tiempo de sentar la cabeza…

—No tanto, Amalia, que acabo de cumplir treinta y tres.

—¡Uy, treinta y tres!… ¡Pero si eres casi una niña! Con lo que os cuidáis ahora y esos cuerpecitos que tenéis, que parecéis todas unas maniquís…

—Pues en sus tiempos, ya estaría para vestir santos.

—En eso te doy la razón, sí… Nos casábamos a ciegas, sin saber dónde nos metíamos. Fíjate que yo no tenía ni los dieciocho años cumplidos cuando me casé con Fermín, y él acababa de hacer veinte. Los dos éramos unos críos… Ahora, otro gallo nos cantaría. Lo que tienes que hacer es

elegir bien, que sea un buen chico, eso es lo principal.

—Buen chico, guapo y con dinero. De esos hay a porrillos en las webs de citas…

—¿En dónde dices?

—En los mundos de Antoñita la Fantástica, Amalia. No me haga caso, era una broma. Creo que es más fácil que me toque la lotería.

—Déjate, déjate, que la lotería es un engañabobos. ¿Cuándo has visto tú que toque? La gente de hoy en día solo piensa en eso, dinero, dinero y dinero. En nuestros tiempos, la mejor lotería era un trabajo decente que te diera para comer… Y si tú ya tienes un buen trabajo, ¿para qué quieres más?

—Pues para muchas cosas, Amalia… Para estar más tranquila. Para vivir yo sola en un piso, cuando llegue el momento… Para hacer algún viajecito… Pero, sobre todo, porque me gustaría montar mi propio taller de restauración en un local grande, con mucha luz natural y un patio que llenaría de plantas y flores… No es que necesite mucho, un pellizquito solo… Pero hasta que eso llegue, me conformaría con darle un repaso a este aparador suyo tan bonito, con la tapa de mármol rojo y los cristales esmerilados de color verde…

—¿Este? Uy, hija, pero si no merece la pena… ¿Para qué? Era de mi madre, así que fíjate si es viejo. Más que yo, que ya es decir. Cuando me muera, que hagan lo que quieran con lo que hay aquí. Esté donde esté, cielo o infierno, no voy a protestar.

—No diga esas cosas, Amalia… Algunos de estos muebles tienen bastante valor…

—Bah. Solo valor sentimental, nada más. Ya nadie los quiere. Dudo que a mi sobrino el de Bélgica le interese nada de lo que hay aquí. Y como es la única familia que me queda, si es que se le puede llamar así, que haga lo que quiera.

—¿Le ha preguntado?

—¿A quién? ¿A Beltrán? Si hace que no le veo… ¡Ni me acuerdo! Me llama de vez en cuando. Muy cariñoso, eso sí. Siempre me dice que tiene muchas ganas de venir a España, pero con la vida tan ajetreada que llevan allí, nunca ven el momento. Qué se le va a hacer, hija. Lo que es muy importante para mí son los recuerdos de mis años artísticos, los libretos de las funciones, los carteles, el álbum de recortes de las críticas, los premios…, y todo eso lo he legado a la Unión de Actores y Actrices, que es donde mejor estarán…: Ahora que lo pienso, sí que hay una cosa que a lo mejor me podrías arreglar…, pero…, ay, ¿dónde lo he guardado?

—Vaya, mi teléfono… Perdona …

Mi padre, otra vez. Tenía el don de la inoportunidad… El día anterior me llamó en mitad de una reunión de trabajo para felicitarme por mi cumpleaños y no pude cogérselo, así que me dejó un mensaje larguísimo en el móvil. Decía que me deseaba un feliz día, que se acordaba de mí, que tenía ganas de verme, que le llamara en cuanto pudiera. Le habría devuelto la llamada enseguida si no hubiera oído la voz de Maruja por detrás, diciéndole que me felicitara de su parte. Ahí

terminaron mis buenas intenciones.

—Por mí cógelo, no te preocupes…

—No pasa nada. Es mi padre, luego lo llamo.

—Razón de más. Cógelo, hija, no vaya a ser algo urgente. Mientras tanto, voy a ver si encuentro eso que te he dicho.

Lo descolgué, qué remedio. Antes o después tendría que hablar con él.

—Hola, papá.

—¿Beatriz? ¡Hola, hija! ¿Cómo estás?

—Bien, bien, papá. Ahora no puedo hablar mucho, estoy en casa de una vecina…

—¿Oíste mi mensaje de cumpleaños? Me hubiera gustado hablar contigo ayer y felicitarte… ¿Qué tal lo pasaste? ¿Lo celebraste con tus amigas?

—Sí, salimos por la noche a tomar algo. Estuvo bien.

—Muy bien, muy bien, cuánto me alegro. Yo te he comprado un regalo para cuando nos veamos.

—¿Por qué? ¿Es que vas a venir a la ciudad?

—¿Yo? No, no… Pero la Navidad está a la vuelta de la esquina y… vendrás a casa, ¿verdad? Hace mucho que no vienes por aquí. Para Nochebuena voy a cocinar mi receta especial de cabritillo a la leña, ¿qué te parece? Tendrías que verme, estoy hecho un cocinillas…

—¿Tú? Eso sí que es nuevo. Pero estaremos solo la tita, los primos tú y yo, ¿verdad?

—Bueno, y también Maruja, ya sabes…

—Ya. Pues no sé si podré ir, papá. Me he metido en un par de cosas y estoy muy liada. Además, tampoco sé aún cuántos días de vacaciones me quedan, ya te avisaré.

—Vale…, bueno… También te llamaba para darte una buena noticia: Maruja y yo ya hemos fijado la fecha de nuestra boda.

—No querrás que os felicite…

—Hombre, pues sería un detalle por tu parte, más que nada por Maruja, ya sabes. La boda será a principios de marzo, en el pueblo. Nada, una ceremonia sencillita, con la familia más cercana y algunos amigos íntimos, no necesitamos más. Y cuento con que vengáis las dos, tu hermana y tú, y me acompañéis al altar.

¿Acompañarle al altar? ¿Nosotras? ¿Juntas? ¿En qué mundo vivía?

—¿Se lo has contado ya a Sonia?

—¡Claro! Hablé con ella anoche, por videollamada. ¡Hasta las dos de la madrugada tuve que esperar para pillarla en su casa! ¿Sabes que se ha mudado a San Diego?

—No, no lo sabía.

—¿Todavía seguís sin hablaros? Si os viera vuestra madre…

—Ay, déjalo, papá…, siempre lo mismo. Ya somos mayorcitas las dos.

—¡Razón de más…! ¡Que parecéis dos crías!. Bueno, tienes razón, no vamos a discutir ahora por eso. Pero que sepas que tu hermana me ha dicho que te va a llamar.

—Sí, ya… Siempre dice lo mismo… ¿Y qué se cuenta?

—Poca cosa. La he visto muy bien, dice que trabaja mucho y que la han ascendido a no sé qué en el hospital… Pero me ha prometido que vendrá. Todavía no sabe si con Stuart o sin él, pero vendrá.

Ya. Eso era lo que llevaba diciendo tres años, y al final surgía cualquier problema que lo impedía. Hasta que no la viera llegar con mis propios ojos, no me lo creería.

—Ya lo veremos… Papá, ahora estoy en casa de una vecina, no puedo hablar. Ya te llamaré.

—Oye, pero que te esperamos en Navidad, ¿verdad?

—Todavía no lo sé… Ya hablaremos, ¡adiós!

—Mira, lo he encontrado. ¿Ya has hablado con tu padre? ¿Todo bien?

—Sí, no era nada. Solo quería decirme que se va a casar.

—Ah, ¡mira qué bien! Si es que es ley de vida…, los hombres no saben estar solos. En cuanto se quedan viudos, no saben dónde tienen la mano derecha y dónde la izquierda… Nosotras, en cambio, nos apañamos mejor. Mi Fermín se murió el 3 de marzo de 1982. Yo iba a cumplir los cincuenta y ahora tengo ochenta y seis, así que haz la cuenta…

—¿Y no se volvió a casar?

—Uy, no, no. Ni hablar. Amigos y eso, sí, que en el mundo del espectáculo siempre había compañeros agradables y de buen ver, pero allí todos sabíamos de qué pie cojeaba cada cual. No, no…, habría sido un desastre. Mira, te he traído lo que te decía…

Amalia depositó sobre la mesa con mucho cuidado un retrato suyo al óleo de cuando era una jovencita de ojos brillantes, pintado con más voluntad que talento.

—No sé cómo, pero se cayó al suelo y el marco se rompió… Me dio una pena… La pintura en sí es normalita, pero el marco lo talló mi hermano, porque tenía muy buena mano con la madera,

¿sabes?

—No me extraña, es precioso… La talla es muy delicada… Debía de ser muy habilidoso porque no es fácil hacer esta filigrana… ni tampoco ese remate simulando hojas de parra.

—Sí que lo era, sí… Mira aquí, en esta parte, se han roto las puntas de las hojas… ¿Crees que tiene arreglo?

—Claro que sí, todo tiene arreglo. Me lo llevaré a casa y veré qué puedo hacer.

—¡Ay! Eres un sol, niña.

—¡Uy, se ha hecho muy tarde! Me tengo que ir ya, Amalia.

—¿Qué hora es? Ahora que anochece tan pronto, no sabe una ni en qué hora vive.

—Usted no se levante, que no hace falta. Quédese ahí. Y muchas gracias por la merienda…

—Quita, quita… Gracias a ti por el recado.

Una cosa menos. Estaba deseando llegar a casa, picar cualquier cosa y acostarme prontito. Mientras subía las escaleras, escuché el murmullo de unas voces en uno de los rellanos. Con cada escalón, las voces se hacían más y más claras hasta que llegué al último tramo antes de mi rellano. Me encontré con el vecino nuevo, el tal Daniel, apoyado tranquilamente en el quicio de nuestra puerta, charlando con Sara como si fueran amigos de toda la vida. ¡Lo que me faltaba!

—¡Bea! ¡Por fin llegas! ¿Conoces a Daniel? Es el nuevo vecino. Se ha mudado hoy. Ha bajado a presentarse.

—Sí, nos hemos conocido esta mañana.

—Esto…, sí. —. Aunque creo que no ha sido en las mejores circunstancias.

—¿Y eso? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No, nada, nada.

—Solo fue un pequeño desencuentro durante la mudanza. Acababa de tener una bronca por teléfono y estaba un poco alterado, así que cuando me encontré con Isidro y Beatriz en la puerta puede que no estuviera demasiado amable. No he entrado con el mejor pie, que digamos… Por eso he bajado, quería disculparme también contigo, Beatriz.

—Muy bien, disculpas aceptadas. Ahora, si me dejas pasar… Es que vengo bastante cargada con la compra.

—Sí, claro, perdona… Bonitas flores… ¿Te ayudo con algo?

—No. Puedo sola, gracias.

—Le he dicho que se quede a cenar con nosotras, porque estoy segura de que tienes la casa llena de cajas.

—Conmigo no contéis. Me voy a dar una ducha caliente y me iré a la cama…

—No, si yo me tengo que ir… Pero gracias por la invitación, Sara. No os molesto más.

—No molestas, ¡al contrario! Por fin tenemos un vecino de menos de sesenta años en el edificio. Eso es todo un acontecimiento…, ¡deberíamos celebrarlo!

—En otra ocasión, quizá. Hoy no es un buen día… ¡Chao! ¡Ya nos veremos!

—¡Tía, qué raspa! . Pobre chico. Ni que fuera el cobrador del frac.

—¿Sabes si quedan uvas pasas? No las encuentro…

—Me suena haberlas visto en el armario de las especias…

—Sí, aquí están. No sé por qué me llamas raspa… Creo que he sido bastante amable con él, dadas las circunstancias…

—«Conmigo no contéis». ¡Meeeec! «Me voy a acostar pronto…». ¡Meeeec! ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¿Qué te ha hecho el pobre chico para echarlo de aquí sin cenar?

—Buf, no me apetecía nada, qué quieres que te diga. Y eso de que es majo… Si lo hubieras conocido esta mañana, no te lo hubiera parecido tanto.

—Tía, a veces eres de un quisquilloso… Si hasta ha venido a disculparse contigo. Garcilaso, ¡bájate de ahí ahora mismo! ¡Te tengo dicho que no te subas a la nevera!

—Ha venido porque sabe que se ha pasado tres pueblos. Y espero que primero haya ido a disculparse con Isidro. ¿Vas a querer ensalada? Me estoy preparando una…

—Sí, pincharé un poco. Ya habló antes con Isidro, me lo ha dicho. Oye, es guapete, ¿no crees? A mí me parece que está bastante bien…

—Tiene una nariz enorme y aguileña…

—Qué exagerada… Es una nariz con personalidad…Y le queda bien, le hace más interesante, como el Velencoso… Además, ¿sabes que es guionista? Trabaja en un programa de la tele.

—Sí, ya me imaginaba algo así… Pues nada, todo tuyo. La ensalada ya está, me la llevo al salón. Coge platos, tenedores y servilletas.

—A mí no me interesa, que ya tengo novio…

—Sí, a diez mil kilómetros de distancia…

—Espera, que pongo un mantelito, no quiero que se manche el cristal.

—Oye, ¿y este libro? -*Escucha tu voz interior*. *Cómo escapar de tu zona de confort y encontrarte a ti misma*. ¿Lo has comprado tú?

—Ah, sí… Es para ti. Me lo ha recomendado muchísimo una compañera y he pensado que te vendría bien.

—Pues no sé por qué…, yo no me siento nada perdida…

—Ya, mujer, no es eso… Pero como no paras de repetir que estás estancada, que no sabes qué hacer con tu vida, que necesitas un cambio de rumbo, y todo eso… Por lo que me ha contado mi colegui, me ha dicho que está genial, que te da un subidón…

—Uf, qué pereza…

—Creía que los libros de autoayuda te encantaban…

—Eso fue hace tiempo, antes de darme cuenta de que cuando terminaba de leerlos me sentía peor que al empezar, porque o no conseguía poner en práctica lo que decían, o no me funcionaba… Así que he dejado de leerlos… Pero muchas gracias de todos modos.

—Vale, no hay problema… Se devuelve y listo… ¿Y eso de allí qué es? ¿Otro proyecto benéfico de los tuyos?

—Es de Amalia. Se le ha roto el marco y voy a arreglárselo… Buf, esta ensalada me llena un montón. No puedo más. ¿Quieres fruta o algo de postre?

—Mmm… No, pero si me traes un vaso de agua… Restaurando cosas gratis no vas a llegar a ninguna parte, Bea… Deberías empezar a cobrar algo…

—Nah. Pero si casi tengo que suplicarles que me dejen arreglárselos. A ellos les valen así como están, son sus recuerdos, parte de su vida… Toma, tu agua. No puedo hacer eso. Por cierto, ¿a que no sabes quién ha venido hoy al bufete?

—Ni idea.

—Los Durango, los anticuarios.

—¿Los de las subastas?

—Esos. Pero no solo organizan subastas, también se dedican a la compraventa de muebles y objetos decorativos, y tienen sus propios talleres de restauración. El abogado que les va a llevar el caso, Rodrigo, me pidió que le ayudara con…, bueno, que le echara una mano para la primera reunión con ellos, porque quería darles buena impresión y tal, y como sabe que yo conozco ese mundillo…

—¿Y les has contado que eres restauradora?

—¡Qué va! Tampoco es que hubiera ocasión, y de todas formas, no era el lugar ni el momento. Pero no importa. La reunión ha ido fenomenal y Rodrigo ha salido tan contento que después ha

venido a darme las gracias.

—¿Y quién es ese Rodrigo? ¿Es guapo?

—Le llamamos Thor, con eso te lo digo todo. Es uno de los jefes de departamento, el que lleva derecho de familia. Se da un aire un poco prepotente, pero… Nada. Hemos quedado en que un día iremos a tomar una copa juntos al salir de la oficina.

—Uf, si es uno de tus jefes, no creo que sea buena idea, Beatriz.

—¿Por qué no? Para una vez que se fija en mí, no voy a rechazarlo. Además, que sepas que la vidente me dijo que este año me voy a enamorar de alguien con quien trabajo, y el único que merece la pena en el bufete es Rodrigo…

—Tía, Beatriz… A ver, céntrate. Que esto ya lo hemos hablado largo y tendido. Vamos a olvidarnos por el momento de la bruja y sus predicciones. Tú y yo habíamos quedado en que no tienes muy buen ojo con los hombres, ¿no?

—Más o menos. A veces bizqueo un poco.

—A eso me refería. Hasta ahora has tenido tres relaciones más o menos largas con tres hombres y con dos de ellos has salido escaldada. ¿Sí o no?

—Sí, pero por razones distintas…

—Eso da igual. La cuestión es que fueron unos capullos. ¿Sí o no?

—Sí, pero uno más que otro…

—Y por eso, habíamos acordado que a partir de ahora yo sería tu consejera de hombres, te diría si un tío te va bien a ti o no, y tú me harías caso.

—Ya, pero…

—Mierda. Es mi jefa, tengo que cogerlo. Dame un minuto, que esta conversación no ha terminado aún.

No sé en qué momento se me ocurrió decirle a Sara que fuera mi consejera sentimental… Bueno, sí lo sé. Fue la tarde en que me enteré de que Alberto me había puesto los cuernos con una compañera suya de trabajo. Lo malo de Sara es que era una tía de negros o blancos, de todo o nada, y se tomaba demasiado en serio su papel megaprotector en todo lo que tuviera que ver conmigo y los hombres.

—Vale, ya está. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Beatriz, en serio, escúchame, ese Rodrigo no te conviene por mil razones, que se resumen en una sola: es tu jefe y liarse con un jefe es la peor idea del mundo mundial. Además, ¿no has dicho que es un prepotente?

—Esa es la impresión que da, pero en las distancias cortas, gana muchísimo… Y ha tenido el detalle de venir a mi mesa a darme las gracias por lo que he hecho y…, no sé, tía…, ha sido raro,

me ha parecido notar que podía haber algo más…

—¡Pero qué dices! ¡Que no, Bea! ¡Que no puedes salir con ese tío! ¡Quedamos en que me harías caso! Recuerda que hasta me diste permiso para encadenarte a la pata de la cama si te empeñabas en salir con otro impresentable. Así que, ¡prométemelo! Si tu jefe te invita a una copa, dirás que no, gracias.

—¡Anda ya! ¿Solo por una copa? ¡Ni que fuera un vampiro!

—Vale, como tú digas. Pero luego no me vengas quejándote ni me digas que no te lo advertí. No querré saber nada de nada…

—Venga, vaaaleee… Está bien: si me invita, te prometo que me mantendré firme como una soldado en una parada militar.

Capítulo 3

Hacía algo más de una semana que había cumplido los treinta y tres, y qué queréis que os diga: ahora que me había hecho a la idea, no era para tanto. Peor habría sido si hubiera tenido que escapar de mi hogar con lo puesto por culpa de una guerra o si hubiera nacido en países como Irán o Afganistán, sin más horizonte que el del burka y sometida a los designios de unos fanáticos religiosos. Puede que ni siquiera hubiese llegado a cumplir los treinta y tres, así que mejor no quejarse. Era una mujer adulta, autónoma, libre… Y sí, vale, lo reconozco: con cierta tendencia a preocuparme antes por los sentimientos e intereses de los demás que por los míos propios. Pero eso ya había empezado a cambiar, lo presentía. Los astros se estaban alineando para que, por fin, ese fuera MI año. ¿Qué más podía pedir?

—Si hasta te tengo a ti para dormir conmigo cuando Sara se va y nos deja solos, ¿verdad?. Pues venga, vamos a desayunar, que no quiero llegar tarde al trabajo.

Hacía un par de días que Sara se había marchado de viaje. Su jefa la había llamado para pedirle que cubriera la baja imprevista de una de sus compañeras de vuelo y luego enlazaría con sus rutas habituales.

—¿Y vas a volar tres semanas seguidas? ¿Sin descanso?

—Ya descansaré a la vuelta. Este mes todo mi cuadrante de rutas está dentro de Europa, no me importa algo extra. Siempre viene bien por la pasta y porque…, adivina: ¡es la ruta de Copenhague! ¿Cómo iba a rechazarlo?

Ya me extrañaba a mí. En Copenhague vivía Lars, ese medio novio danés que había conocido un año atrás en Italia y con el que mantenía una extraña relación a distancia, con intensos y fugaces encuentros durante los cuales hacían temblar los cimientos de todo el edificio. La mayoría de las veces venía él, pero otras, cuando su enrevesado calendario de vuelos se lo permitía, se escapaba ella a la capital danesa. Esa misma mañana me había escrito un mensaje diciéndome que ya estaba allí y que hacía un frío insoportable. ¿Qué esperaba? A mí me sonaba que Dinamarca estaba muy cerca del Polo Norte y ya estábamos a finales de noviembre…

—A ver, a ver…, mira lo que tengo aquí. Paté de atún o gelatina de carne… ¿Qué prefieres comer hoy?. Vale, pues paté de atún para el señor don gato. Quédate ahí, que mientras sale el café, te lo sirvo en tu cuenco… Ya está, aquí lo tienes.

En realidad, estaba contenta. O para ser totalmente sincera, había más días buenos que malos. Más días en los que me olvidaba de mis neuras y me sentía muy a gusto con mi vida, que esos otros en los que me venía un poco abajo y me daba por pensar que echaba de menos tener a alguien a mi lado, alguien a quien abrazar, con quien reírme y desahogarme cada noche, si es que existía alguien así; un hombre con quien pudiera hablar de cosas tontas o serias, contarle mis proyectos o imaginar planes de futuro, sin miedo a que saliera corriendo, como me había pasado alguna vez.

—¡Mierda! ¡Las siete y media y yo todavía en pijama!

Dejé la taza en el fregadero y eché a correr por el pasillo. Cuando Sara viajaba, yo me quedaba a cargo del piso, de su gato, de sus plantas y de su armario, que abría de par en par. Creo que no conozco a nadie que tenga tanta ropa como ella. Ropa de todo tipo: desde la más estrambótica y sofisticada a la sudadera más informal. Desde marcas de moda carísimas a otras de tiendas como Zara, o incluso de mercadillos de segunda mano, le daba igual. Hay que reconocer que aunque fuera una tía caprichosa, tenía buen ojo para la moda… También es cierto que se lo podía permitir. Había heredado de su familia el piso, así que, sin hipotecas que pagar, y con su sueldo de altos vuelos, se recorría las tiendas y mercadillos retro de las ciudades hasta dar con auténticas maravillas. Rebusqué entre las perchas hasta dar con el elegante abrigo color camel que me encantaba.

«Y ahora las llaves, ¿dónde están las llaves? Las dejé… ¿Dónde? Siempre lo mismo…».

—Seguro que tú sabes dónde están, ¿a que sí?¡Ah! ¡Aquí están! Vale, a ver: que no se me olvide nada… El monedero, el móvil, los guantes, el paraguas… ¿Quién puede ser tan temprano?

—¡Hombre, Isidro!

—¡Buenos días! Perdona que te moleste a estas horas, pero ayer vine varias veces y no había nadie, así que… ¿Tienes cinco minutos?

—Uy, pues… es que ya me iba, tengo un poco de prisa.

—Ah, bueno… Entonces, ya volveré en otro momento.

—Espera, Isidro. Cuéntame, que cinco minutos sí tengo. Un segundo, que encierro a Garcilaso, que si no, se me escapa. Venga, vamos, para dentro, sé bueno y pórtate bien. Ya estoy aquí.

—Solo venía a darte esto…

—Pero… ¿Y eso por qué? ¿Qué es…? ¡¿Un kit de iluminación?!

—Es muy básico, no te vayas a creer. Esos videos tuyos están muy bien, pero es cierto que salen un poco oscuros, necesitan un poco más de luz para que se vean bien.

—Quedamos en que no me darías nada, Isidro, ya te lo dije. Fui yo quien insistió en restaurarla, y tú me hiciste un favor al confiar en mí.

—Tonterías. Es solo un pequeño detalle. Ya que no quieres cobrarme nada, al menos, déjame que te regale esto.

—¡Un foco led y otro para *streaming*! En serio, Isidro, no tenías que hacerlo. Te habrá salido carísimo.

—¡Qué va! Mucho menos de lo que piensas.

—No sé cómo agradecértelo…

—Nada, nada. Es lo menos que podía hacer… Tienes muy buena mano con la madera y ya sabes que sé de lo que hablo.

—Muchas gracias, de verdad, Isidro. Este mismo fin de semana lo estrenaré.

—Ah, ahora que mencionas el fin de semana: no os olvidéis de que este sábado vienen los de las termitas a inspeccionar vuestro piso.

—¿Este sábado? No lo sabía…

—Se lo dije a Sara hace unos días.

—Sara no está, ha salido de viaje… Se le debió de olvidar avisarme.

—Pero tú sí estarás, ¿verdad? Yo es que tengo una comida fuera, así que no podré estar pendiente.

—Claro, claro. No te preocupes.

—Es que están examinando la viguería de todos los pisos, casa por casa. Debemos asegurarnos de que la colonia de termitas que apareció en la escalera no haya afectado a la estructura del edificio. Solo queda por inspeccionar el vuestro y el de Daniel, el vecino nuevo.

—Ah, nuestro querido vecino gruñón… ¿También vino a disculparse contigo?

—Ah, sí, apareció en mi puerta ese mismo día. En realidad, no es mal tipo… ¿Sabes que he conocido a su madre? Una señora muy agradable, por cierto. Me la encontré en la escalera…

—¿Vive con él?

—¿La madre? No, no. Pero debe venir mucho porque me preguntó si conocía a alguien que viniera a limpiar unas horas la casa de su hijo… En fin, no te entretengo más… Acuérdate de lo del sábado.

—No te preocupes, estaré pendiente. No me moveré de aquí hasta que lleguen. Me voy pitando… ¡Gracias otra vez, Isidro!

—Adiós, adiós…

*****

La mañana en la oficina fue bastante ajetreada, y la tarde no se presentaba mucho mejor: tenía por delante una apasionante relación de facturas que debía revisar.

—Te he traído un trocito de una tarta que han dejado en la cocina… Al parecer, los del departamento de laboral han estado de celebración y nos han dejado las sobras.

—Mmm…, ¡gracias! No hay nada como el chocolate para endulzar un Excel soporífero.

—Eso mismo he pensado yo… Me salen las nóminas por las orejas…

—Humm… Esta tarta está de muerte…

—Oye, ¿no crees que a este ficus tuyo le pasa algo? Últimamente está como… mustio.

—Ya, pobrecito mío, no sé qué le pasa. Lleva varios días perdiendo demasiadas hojas. Se secan y se caen, así, de repente, sin ninguna explicación.

—¿No será por el otoño?

—¡Qué va! Es una planta de hoja perenne, hasta ahora nunca le había pasado eso.

—A lo mejor le falta agua.

—Pero si tiene una maceta con autorriego… y mira, toca, la tierra está húmeda. No es por falta de agua…, tiene que ser otra cosa.

—Entonces puede ser por la calefacción, que no le sienta bien.

—Pero si lleva en este mismo sitio cinco años, ya está más que adaptado a la luz y al calor de la oficina.

—Pues, chica, ya no se me ocurre qué más decirte…

—¡Hola! ¿Está Estela en su despacho?

—Creo que sí…, acaba de volver de una comida…

—Estela, ¿tienes un minuto?

—Uy, uy… Nuestro querido Thor por aquí… ¿Qué querrá?

—Ni idea, pero parece que están discutiendo…

—Habla con don Guzmán, si es lo que quieres, pero me la llevo. Estará fuera toda la tarde. Beatriz, ven conmigo. Nos vamos.

—¿Ahora mismo? Pero… pero… ¿A dónde?

—¿Este es tu abrigo?… Humm, creo que dará el pego…

—¡Oye! ¿Cómo que dará el pego? ¡Que es un abrigo de categoría!

—Vale, pues póntelo. Date prisa.

—Yo no doy un paso más sin saber a dónde voy y para qué.

—Necesito que me ayudes con un asunto de Durango… ¿Vienes o qué? Me están esperando…

—¿Ignacio Durango? Eso es otro cantar… Espera un segundo, que salvo este documento y… voy contigo.

—Deprisa. No tenemos mucho tiempo. Te contaré los detalles por el camino. Debemos de estar en la otra punta de la ciudad dentro de veinte minutos.

*****

—¡Taxi! ¡Taxi! . Sube, aprisa. Vamos a la calle Infiesta, 13, por favor.

..Sí. Ya estamos de camino. Diles que esperen junto a la puerta, llegaremos en diez minutos.

—¿Me lo vas a contar ya o qué?

—A ver. Hace un rato me ha llamado Ignacio Durango: se ha enterado de que su hermano Jaime ha organizado en secreto una subasta a puerta cerrada en lo que fue la antigua sala de exposiciones de la empresa. Cree que su hermano intenta vender dos de las obras que Ignacio le reclama como parte de la herencia del padre.

—Pero eso no es nada fácil sin la documentación que acredite la propiedad de la obra.

—Pues, al parecer, podría ocurrir. Lo único que necesitamos es saber si esas dos obras se van a subastar hoy, para impedirlo.

—Me parece muy bien, pero ¿qué pinto yo aquí?

—Porque eres la única persona que se me ha ocurrido que podría reconocer unas antigüedades. Y no tenía tiempo de buscar a nadie más. Además, Jaime Durango no te conoce de nada.

—Pero si es a puerta cerrada, necesitaré una invitación o algo…

—De eso ya se ha ocupado Ignacio. Entrarás como acompañante de los señores Barrientos, un matrimonio conocido suyo que ha confirmado asistencia. Son los que han avisado a Ignacio.

—Joder, ¡vaya historia! Esto parece una película de intriga… ¿Y qué tendré que hacer, exactamente? Oye, no será nada peligroso, ¿verdad?

—Creí que eras una mujer de recursos.

—Y soy una mujer de recursos, pero no soy tonta. Y tampoco me gusta que me utilicen.

—No te estoy utilizando, esto también es un trabajo para el bufete. Un segundo, que busco las fotografías en mi cartera… Aquí están. Estas son las dos obras que podrían intentar subastar: un cuadro de un tal Benlliure, un pintor del xix y esta es una…

—¡Una criselefantina!

—Una ¿qué?

—Una criselefantina… Son unas figurillas que se fabricaban a finales del xix con una técnica que mezclaba marfil y bronce o marfil y otros materiales. Yo diría que esta es una de las bailarinas de Claire Colinet, una escultora de principios del siglo xx muy cotizada por su…

—Sí, sí, sí… Por lo que sea, ahora mismo no me interesa. Escúchame bien: tendrás que estar muy atenta y fijarte si este cuadro o la figurita entran en la puja. Si aparece alguno de los dos, me mandas un mensaje y entraré de inmediato a detener la subasta, ¿de acuerdo?

Al bajarme del taxi, vi a los señores Barrientos, una pareja ya entrada en años que me esperaba junto a la entrada. Debían de haberles aleccionado bien: la mujer me saludó muy efusiva, como si me conociera de toda la vida, y se enganchó de mi brazo mientras pasábamos por delante del mostrador que controlaba el acceso a la sala. Yo evité mirar al guardia, porque me conozco, y basta que me pidan que disimule para que mi cara sea como un libro abierto en el que se puede leer escrito en mayúsculas: «¡Soy culpable!».

Cuando por fin conseguimos acceder al interior, la subasta ya había comenzado. Había unas treinta personas en la sala, y estaban mirándose de reojo unas a otras, como si quisieran adivinar qué interés tendría cada uno y quiénes serían sus rivales más fuertes en la siguiente puja.

—¡Adjudicado por 8700 euros a la señora!. A continuación, presentamos este bargueño de madera de nogal tallado. Cuenta con ocho gavetas, doble puerta y cajón central. El precio de salida es de…

Ah, no me digáis que no es fascinante el espectáculo de las subastas… Todo se mueve en secreto, con disimulo, como una partida de póker, hasta que llega el momento de la puja y entonces cada uno desvela sus cartas sin revelar sus verdaderas intenciones… Me encantaba. Me sentía en mi salsa, como si estuviera en primera fila en un concierto de Camela. Fueron pasando arcones, una sillería, un juego de candelabros de plata, una mesa victoriana… Objetos y mobiliario de distintas épocas y estilos que bien podrían haber decorados las mansiones más espléndidas de Europa.

—¡Adjudicado al caballero con el número 5!. La última es una obra muy especial: retrato de dama, del pintor José Benlliure Gil. Óleo sobre tabla. Firmado en la esquina inferior como Pepito Benlliure. El precio de salida es de 6000 euros.

—¡Aquí está! ¡Te pillé! —¡Alto! ¡Exijo que detengan la subasta!

—¿Perdone? ¿Y quién es usted?

—Rodrigo Buitrago, abogado de Ignacio Durango. Traigo el documento que acredita que esa obra no puede ser subastada hoy aquí. Se encuentra sometida a un proceso judicial entre mi cliente y su hermano Jaime Durango, por lo que cualquier oferta sobre ella, será inválida a ojos de un tribunal.

—Por favor, señores, mantengan la calma. Les garantizamos que el resto de los objetos subastados esta tarde cumplen con todos los requisitos legales. Si tienen cualquier duda, pueden pasar por la oficina y estaremos encantados de atenderlos. En este instante, damos por finalizada esta subasta. Disculpen las molestias y muchas gracias por su asistencia.

—Bueno, pues no ha ido tan mal, ¿no te parece?

—Nada mal… Ya he hablado con el señor Durango y está muy satisfecho.

—¿No va a aparecer por aquí? Tengo ganas de conocerlo en persona…

—Hoy, imposible. Está en París. De todas formas, usted, señorita Barea, lo ha hecho muy bien. Muchas gracias.

—Ya…, muchas de nadas.

—De hecho…, creo que nos hemos ganado una copa. ¿Tienes algo que hacer ahora?

De hecho, sí. Debía de preparar el guion para la grabación del vídeo, y pasar por el súper para comprar algunas cosas que me faltaban y… Saqué el móvil de mi bolso para ver si tenía algún mensaje o llamada importante, pero no. No tenía nada. Entonces alcé la vista y lo vi mirándome con una sonrisa tan bonita y estaba tan guapo, que le respondí:

—No, no tengo nada que hacer, que yo sepa.

—Vamos, conozco un sitio aquí al lado donde sirven unos cócteles muy originales.

—¿Te refieres a ese de ahí? ¿La Sultana?

—Sí, ¿lo conoces? ¿Has estado alguna vez?

A ver, es cierto que estábamos muy cerca y que era el garito de moda en ese momento. Pero que Rodrigo me hubiera traído a ese lugar precisamente, el mismo donde Luna Esmeralda me echó las cartas, no podía ser tan solo una coincidencia. Pero incluso si fuera una coincidencia, nadie podía negarme que tenía que significar algo. Si eso no era una señal más grande que Júpiter, ¿qué otra cosa podía ser?

—¿Qué quieres tomar?

—No lo sé…

—Si te gusta el cava, te recomiendo que pruebes el Mona Lisa. Es dulce y tiene un toque refrescante… Un poco como tú.

—Si lo dices así, tendré que hacerte caso.

—Así…, ¿cómo?. Oiga, ¿nos sirve aquí? Pónganos un Mona Lisa y un gin fizz, por favor.

—Pues así, en plan adulador…

—¿No te gustan los halagos? Si son auténticos, no veo qué tienen de malo…

—No tienen nada de malo, si no procedieran de uno de los jefes del bufete.

—Técnicamente, no soy jefe tuyo.

—Eres jefe del Departamento de Derecho de Familia, así que yo diría que sí, que eres uno de mis jefe.

—Pero ahora no estamos en el bufete, ¿verdad? Y no estamos haciendo nada reprochable, que yo sepa. Solo estamos tomando una copa, celebrando un buen trabajo como compañeros. Pero, oye, si te estoy haciendo sentir incómoda, solo tienes que decírmelo y nos vamos.

—No, estoy bien. Entonces, ya lo tenéis, ¿no? Lo de los Durango…

—Ah, no. Esto es solo el principio. Y todavía queda localizar a la elefantita esa. El gin fizz para mí, gracias. El Mona Lisa para ella. Y cóbremelo, por favor.

—¿Qué elefan…? Aaah… ¡Te refieres a la criselefantina!

—Esa misma. Tendremos que revisar el inventario a conciencia hasta dar con ella. Ignacio Durango asegura que esa figura estaba allí cuando murió su madre y dice que tiene mucho valor. Lo cual me recuerda que vamos a necesitar a un experto en arte, un tasador que nos asesore…

—Ignacio Durango conoce a los mejores. Él te podrá recomendar alguno.

—Necesitamos uno independiente. ¿Conoces a alguien de confianza?

—Mmm… Puede que sí. Era profesor en la escuela donde estudié restauración de antigüedades y sé que colaboraba con casas de subastas. Hace tiempo que no hablo con él, pero podría intentar localizarlo.

—Eso sería perfecto… ¿Ves como eres una chica con muchos recursos, Barea?

Yo no tenía ninguna duda de eso, pero, al parecer, mi jefa no lo veía tan claro como él.

—Mmm… Había pensado que podría ayudaros con el caso de los Durango… Podría revisar documentación y encargarme del papeleo, como hago en mi departamento.

—¿Qué? La verdad es que ya tengo una secretaria en mi departamento para esas cosas, así que no lo veo necesario.

—Pero yo conozco bien el mundillo de las antigüedades. Solo tendrías que pedirle a Estela que me asignara ese expediente, y así podría dedicarle parte de mi tiempo…

—No sé… Déjame pensarlo. Debe ser tarde ya, ¿qué te parece si te invito a cenar?

Sí, ya sé que le había prometido a Sara que solo quedaría con Rodrigo para tomar una copa inocente, sin más; y que en caso de que intentara seducirme, me mantendría firme como una roca, pero si soy sincera, hasta ese momento no era consciente de lo mucho que necesitaba que un hombre atractivo me mirara como me estaba mirando Rodrigo Velasco en ese instante.

Capítulo 4

Le tenía mucho cariño a Sara, y de veras que nuestra convivencia era casi modélica, pero, al igual que ocurre en cualquier pareja bien avenida, yo estaba muy a gusto en su ausencia. Y más si de esta manera me evitaba darle explicaciones de por qué mi inocente copa con Rodrigo se había convertido en una cena que había acabado en… Bueno…, digamos que la conversación comenzó a discurrir por derroteros más que insinuantes y concluyó en un acalorado magreo dentro de su coche antes de dejarme delante de mi portal. Estuve a un tris de invitarle a subir, pero de repente tuve la sensación de que con alguien como Rodrigo habría sido demasiado… ¿fácil?, ¿previsible?, ¿insensato? Si soy sincera, me gustaba Rodrigo. Bastante. Lo suficiente como para que empezara a hacerme algunas ilusiones… Así que esa noche, en su coche, decidí desenredarme despacito de sus abrazos y sus besos, abrí la portezuela y ahí lo dejé, con una sonrisa lobuna en sus labios.

Desde entonces, habían transcurrido dos días y, llamadme tonta, pero el sábado por la mañana, todavía seguía saboreando sus labios mientras hacía mi lista de planes para el fin de semana. Planes como poner dos lavadoras, limpiar el baño, quedar esa noche con Miriam y Cris tras comprobar mi estado bancario y, lo que más me apetecía de todo, empezar a restaurar el marco de Amalia.

Despejé una zona del salón y monté la mesa de trabajo colocando con mimo mis herramientas. Luego dispuse alrededor toda la parafernalia para la grabación del vídeo: el trípode con el móvil, el micro y, por supuesto, las flamantes luces que me había regalado Isidro.

—Hummm… Esta mesita la voy a dejar aquí, porque no me molesta… ¡Garcilaso, apártate de ahí ahora mismo! ¡Vas a tirar el foco!

—Joder, con el gato cabezón… ¡Ven aquí! ¡Te vas a enterar! —Ven aquí, gamberro… Tú lo has querido: a la habitación, castigado. —Como si no tuviera bastante con el lío que tengo aquí montado…

—Mecagüen…, ya hasta los gatos saben qué tecla tocar para hacerme chantaje emocional. Venga, anda, sal. Pero quédate ahí quieto, en el sofá… Tienes que estar calladito mientras grabo. Si no, te vuelvo a encerrar, ¿entendido?

Cuando estuvo todo listo, me coloqué frente a la cámara, apreté el botón rojo de grabación y… ¡acción! Pronto me di cuenta de que tal vez había sido demasiado optimista al pensar que podría apañármelas sola frente a la cámara. Lo cierto era que cuando no me salía de plano, me equivocaba al hablar o Garcilaso se subía a la mesa y se colaba en la pantalla. Al cabo de dos horas de suplicio, casi no había avanzado nada.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? ¿Quieres salir al balcón? ¿Eso es lo que quieres? Tú no te muevas de ahí, que voy a abrir.

—Buenas. Somos de la empresa de las termitas. Venimos a examinar las vigas del piso.

—Ah, sí. Es verdad, me lo dijo Isidro. Ya no me acordaba… Llegan un poco tarde, ¿no?

—Sí, ya… Es que hemos empezado por el piso de arriba, el cuarto.

—Vale, no importa. Pasad, pasad… Perdonad el jaleo que tengo montado en el salón, espero que no os moleste…

—No, no hay problema… Eeeh…, esto…, perdona…, el gato. Que se escapa.

—¡Mierda! ¡Garcilaso! ¡Vuelve aquí! ¡Joder!…

¿Y ahora qué? ¿Dejaba a dos extraños solos en el piso o esperaba a que se fueran para salir a buscar a Garcilaso? Parecían de fiar y habían estado ya en los otros pisos, así que…

—Voy a bajar un momento al portal a por el gato y vuelvo enseguida. ¿Os importa? ¡No tardo nada!

—No, no. Tranquila. Nosotros nos ponemos con esto.

Bajé corriendo las escaleras hasta el portal pensando «Porfavorporfavor, que no haya salido a la calle, porque entonces me da algo». Menos mal que la puerta estaba cerrada, aunque no había ni rastro del gato. Me di media vuelta y me dirigí hacia la parte trasera. La portezuela que daba al patio de luces del edificio estaba entreabierta, seguro que se había colado por ahí. Era un espacio no muy grande al que daban las ventanas de los cuartos interiores de cada piso, así que no podía haber ido muy lejos.

—Garcilaso, ¿dónde estás?. ¿Garcilaso?

Allí estaba. Subido a un pequeño voladizo de la fachada, a la altura del segundo piso. No supe cómo se había podido encaramar hasta allí, pero lo que estaba claro es que el dichoso gato estaba atrapado y no sabía cómo bajar.

—Pero ¿se puede saber cómo has podido subir ahí?. Creí que eras un gato listo… Vamos, ven, Garcilaso, ¡salta! ¡Yo te cojo!

Lo intenté varias veces, pero no hubo forma. Era un gato cobardica. Miré a mi alrededor y entonces vi tirada en el suelo una estructura metálica que parecía el lateral de un andamio. Lo levanté, lo apoyé contra la pared y subí los dos primeros travesaños. Alcé los brazos hasta casi tocarle las patas y le dije:

—Vamos, ven aquí. Agáchate y deja que te coja… ¡Así! ¡Muy bien! ¡Ya te tengo! ¿Ves lo que pasa cuando te escapas? Eres un gamberro. ¡Vaya susto me has dado!

Regresé al portal con el gato en brazos y subí hacia mi casa. Entre el segundo y el tercer piso, me crucé con los operarios de la empresa de termitas, que bajaban las escaleras.

—Nosotros nos vamos, ya hemos terminado. Ha sido rápido; hemos pasado la máquina y no hemos visto nada. Las vigas están limpias.

—Ah, estupendo. Menos mal.

—Hemos tirado de la puerta, porque nos daba cosa dejarla abierta…

—¿Cómo? ¿Han cerrado la puerta del piso? ¡Pero si no tengo llaves! Y ¿ahora cómo entro?

—Pensamos que las habrías cogido…

—¿Cómo iba a cogerlas, si he salido corriendo? ¿No lo habéis visto?

—Mira, lo siento, lo hemos hecho pensando que era lo mejor.

—Ya, ya… Joder, ¿y ahora qué hago?

—¿No hay ningún vecino que guarde otro juego de llaves?

—No… y mi compañera de piso está de viaje fuera de España… Mierdamierdamierda… ¿Y cómo entro yo ahora?

—Podrías llamar a un cerrajero…

—¿Cómo voy a llamarlo? ¡Tampoco tengo el móvil! ¡Está todo dentro del piso!

—Bueno, en eso sí podemos ayudarte. Toma mi móvil.

—Ah, gracias… ¿Te importa aguantarme un momentito al gato en brazos? Es que no quiero que se vuelva a escapar…

—Eeeh, bueno, sí, dámelo… No morderá, ¿verdad?

—¿Garcilaso? Qué va, si es un amor de gato…

—Busca uno que esté de guardia en la zona, siempre hay alguno para casos así. Si es del barrio, puede que te salga más barato.

—Sí, buena idea… Aquí aparecen un par…

—Cualquiera te valdrá. Es un trabajo muy habitual para ellos.

—¿Hola? Sí, mire, es que se me ha cerrado la puerta de mi piso y no tengo llaves para entrar. Necesito que venga alguien lo antes posible a abrirme. ¿Ustedes tienen servicio de urgencia?

[…]

—¿Media hora? Ah, genial…

[…]

—¿Cuánto? ¿Cuatrocientos euros solo por abrir una puerta? Puede que sea sábado, pero ¿no cree

que es un poco abusivo?

[…]

—Bueno, será la tarifa habitual y todo lo que usted quiera, pero…

[…]

—Oiga, que yo no le he insultado. Solo le he dicho que lo que piden por venir a abrir una maldita puerta me parece excesivo…

[…]

—Mire, ¿sabe qué? Déjelo. Prefiero tirarla abajo a martillazos antes que contratar sus servicios. ¡Tendrán jeta! Toma tu teléfono… Pero ¡qué abuso! No sé cómo no se les cae la cara de vergüenza…

—Pues ya ves… Como saben que no hay otra alternativa…

—¿Y eso no es aprovecharse de la desgracia ajena? Pues se van a quedar con las ganas, porque lo que es yo, no pienso pagar ese dineral.

—Sí, vale… Lo entiendo. Ya lo siento, pero nosotros debemos irnos. Nos queda todavía trabajo.

—Sí, sí. Marchaos, no hay problema. Ya se me ocurrirá algo…

—Toma, te devuelvo tu gato. Deberías ponerlo a dieta, no veas cómo pesa…

—Qué va, es que tiene mucho pelo… Ven a mis brazos, príncipe. Ah, y gracias por el teléfono, ¿eh?

—Qué menos… ¡Espero que lo soluciones pronto!

—Vaya mierda. Y ahora ¿qué hacemos? ¿Ves lo que has conseguido?. Si no te hubieras escapado, no estaríamos ahora aquí, en chanclas, sentada en la escalera. Aunque se me está ocurriendo una idea… Si estuviera Isidro, podría saltar desde su balcón al nuestro. No creo que estén tan separados… Vamos a llamar, a ver si está en casa…

—No está… Tendremos que esperar a que vuelva… ¡Qué desastre! Ya, yo también estoy cansada y tengo hambre. Ven aquí. Vamos a sentarnos un rato en la escalera, necesito pensar.

Lo que me faltaba… Justo en ese momento tenía que bajar el vecino del cuarto y encontrarme allí en medio… ¡Qué vergüenza! Y encima tenía unas pintas que mejor ni os cuento… Me arrimé a la pared todo lo que pude, miré a otro lado distraída y aguanté la respiración, a ver si así me podía volver invisible…

—Hola…

—Hasta luego.

Fue alucinante… ¿Os podéis creer que el tío pasó de largo y casi ni me miró, el muy capullo? ¡Como si fuera lo más normal del mundo encontrarse a una vecina sentada en mitad de la escalera con su gato! Eso sí, parecía haberse duchado en agua de colonia, porque a su paso dejó una estela de perfume que un poco más y me caigo redonda al suelo del mareo…

—Eeeh…, perdona, no pretendo ser indiscreto, pero… ¿estás bien? ¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¡No…! ¡Nada! Solo estamos… Quiero decir… Mira, para qué te voy a engañar: la verdad es que sí me pasa algo, tengo un problemón. Nos hemos quedado fuera de la casa, sin llaves y no tenemos forma de entrar…

—Joder, vaya faena… ¿Y eso?

—Se ha escapado el gato, se ha cerrado la puerta del piso y las llaves se han quedado dentro. Sara está de viaje, nadie tiene llave de repuesto, no tengo el móvil encima ni la cartera… No tengo nada…

—Bueno, tranquila, algo se podrá hacer… Si quieres puedo llamar a un cerrajero…

—Ni hablar. Nada de cerrajeros. ¿Sabes cuánto cobran por un servicio urgente? ¡Cuatrocientos pavos!. Y como comprenderás, paso de soltar esa pasta solo por que vengan, metan un ganchito y me abran la puerta en cinco minutos.

—¿Pero ya lo has preguntado?

—¡Hombre, claro! El tipo de la empresa de termitas me ha prestado su móvil y he llamado a uno. Y encima parece que es la tarifa habitual en estos casos. Así que solo se me ocurría saltar desde el balcón de Isidro al mío…, pero resulta que no está y claro… ¡Oye! ¡Podríamos subir a tu casa y saltar desde tu balcón!

—¿Saltar desde mi balcón? ¿Estás chalada? ¿Para que alguien acabe despatarrado en la acera? ¡Ni de coña!

—¡Pero si están uno debajo del otro! No creo que sea peligroso, sé cómo habría que hacerlo. Solo tendría que atarme una cuerda alrededor de la cintura y tú te encargarías de bajarme despacito hasta que pudiera dejarme caer en mi balcón… A lo «misión imposible».

—¿Dejarte caer? Tú eres un poco peliculera, ¿no? Olvídate. No vamos a saltar. Ni tú ni yo ni nadie. A ver, apártate un segundo, que voy a comprobar una cosa en la puerta… ¿Sabes si está blindada?

—Que yo sepa no.

—Y la llave no está echada, ¿verdad?

—No, de eso estoy segura. ¡Estate quieto, Garcilaso! No te pienso dejar en el suelo, que te escapas. Es la puerta de madera original, la misma que tienen todos los pisos…

—Podría intentar una cosa… Espera, que saco la cartera… Pero no se lo cuentes a nadie o cualquier día vendrán a meterme en la cárcel…

—Tranquilo, seré una tumba. Pero, oye, ¿qué vas a hacer con tu tarjeta de crédito?

—Es una que no utilizo, la llevo en la cartera por si acaso… Si la puerta es un poco vieja y no tiene… el cerrojo echado… no es tan difícil… ¡abrirla!… ¡Ya está! Ya puedes pasar.

—¡Joder, qué crac! . ¡Menos mal, qué alivio! No sabes cómo te lo agradezco… ¿Dónde has aprendido esa técnica de delincuentes? ¿En internet? No me digas que llevas esa tarjeta encima porque en tus ratos libres te dedicas a robar casas…

—Es muy útil cuando mi madre se olvida las llaves dentro de su casa… Lo aprendí en una película policíaca hace años…

—¡Ja! ¿Quién es ahora el peliculero?

—Pero con esto no había que jugarse la vida, y con tu idea sí. Además, este sistema es bastante más limpio y eficiente, ya lo has visto.

—Y un poco menos emocionante. Pasa, por favor, déjame invitarte a una cerveza o lo que sea.

—Mmm… No puedo, lo siento, tengo que…

—Vamos, hombre, no seas así. Una rápida y hacemos definitivamente las paces.

—¿Qué hora es?

Los dos miramos la hora. Él en su móvil, yo en el reloj de la entrada. Las trece y treinta y tres. Cómo no… Los treses me perseguían por todas partes volviéndome loca, no conseguía descifrar qué significaban, qué me querían decir. Tenían que ser señales de algo, eso estaba claro, pero ¿de qué? ¿Acaso debía de ocurrir algo especial en ese momento concreto y no me había dado cuenta?

—Vale, pero solo una y rápida. Tengo un poco de prisa.

—¿Qué es esto? ¿Has montado un plató en tu salón?

—Ah, sí. Es que hago restauraciones de antigüedades, o de antiguallas, mejor dicho. Las grabo en vídeo y luego las subo a mi canal de YouTube.

—¿En serio? Vaya… Me gustaría verlos. ¿Cómo te encuentro?

—Eeeh… Si pones en el buscador «El atelier de Beatriz», te saldrán.

—Cierto, aquí estás… A ver…

—Antes de que digas nada, los últimos vídeos están un poco apagados, lo sé. Es por la luz de las lámparas de mesa. Pero ahora tengo focos nuevos, así que espero que el próximo salga mucho mejor… ¿Qué te apetece beber? Tengo cerveza, vino, zumo de tomate y… agua del grifo.

—Una cerveza está bien, gracias. Pues sales muy natural ante la cámara, como si lo hubieras hecho toda la vida.

—Será que después de repetir mil veces lo mismo, llega un punto en el que estoy hasta el moño, me suelto y parezco más natural.

—Lo que sea, pero das muy bien a cámara… Si quieres un consejo, estos focos están bastante bien, pero no deberías dirigirlos directamente a ti. Necesitas un difusor para que la luz no sea tan dura y no provoque tantos contrastes.

—¿Un difusor? ¿Y no valdría una sábana o algo así?

—Eh…, no. No creo que te sirva. Pero puede que yo tenga un difusor por casa. Pásate alguna tarde de la semana que viene y te lo doy. De todas formas, para no ser profesional, está muy bien… y tienes bastantes visualizaciones.

—Sí, ¿verdad? Pues cuando empecé hace un año no los veía casi nadie, pero desde hace unas semanas, han empezado a aumentar muchísimo, no sé por qué. Porque yo no lo he contado por ahí, ni he hecho publicidad ni nada de nada… Y solamente publico dos o tres vídeos al mes, depende de las cosas que tenga para restaurar…

—Pues solo puede ser debido a que tus vídeos gustan o a que has tocado alguna tecla misteriosa en el algoritmo… Ahora mismo, eso casi es lo más importante. No sé a partir de cuántas visualizaciones empiezas a generar ingresos.

—¿Ingresos? ¿Como los *youtubers*? ¡Qué va! Lo mío es más básico… ¡Pero si lo hago para pasar el rato! Ya que no puedo trabajar como restauradora, al menos puedo enseñar lo que sé hacer.

—Así empezaron todos y míralos ahora.

—Ya, bueno… Pero ellos le echan horas y horas cada día… Yo le dedico todo lo que puedo, que también es bastante tiempo, pero solo en mis ratos libres… La verdad es que lo hago porque me gusta, me divierto mucho.

—Esa es la mejor filosofía… Verás como te irá bien. Debo irme ya.

—¿Tan rápido?

—Me están esperando. Imagino que se estarán acordando de mí, de mi madre y de toda mi familia…

—Bueno, diles que ha sido por una buena causa: la de ayudar a que tu vecina no tenga que dormir esta noche debajo de un puente.

—No está mal… Podría colar, pero no creo que a mi ex le sirva. Ya no se cree ninguna de mis excusas.

—Ah, pues si lo necesitas, me llamas y testifico a tu favor…

—Gracias, aunque espero que no sea necesario… Hay buen rollo entre nosotros y, además, compartimos la custodia del perro, así que…

—Ah, mira qué bien…, ¡qué civilizados! Espera, que te acompaño a la puerta.

—Entonces, ¿ya está? ¿Ya he sido formalmente aceptado en la categoría de buen vecino?

—Por lo que a mí respecta, ahora mismo, eres el mejor de todos. Puedes pedirnos lo que quieras.

—No lo repitas demasiado o puede que me convierta en el vecino pesado. ¡Nos vemos!

Vaya, vaya. Al final iba a resultar que Sara tenía razón: nuestro nuevo vecino era bastante majo. Es lo malo de dejarse guiar por las primeras impresiones o por los prejuicios, que así te pierdes muchas cosas de las personas si no les das otras oportunidades. Cuando se marchó, me puse a preparar algo de comer. Estaba agotada después de tanta emoción. Ya continuaría más tarde. Además, esa noche había quedado con Miriam y Cris para dar una vuelta por ahí, y si no descansaba un poco, era muy posible que a las doce de la noche me convirtiera en un muermo andante.

*****

—Las nueve y media ya, qué tarde… Vamos, Amalia, ábreme, que tengo prisa…

—Ya va, ya va… ¡Ah, Beatriz! ¿Llevas aquí mucho rato? Es que me había quedado un poco traspuesta… ¿Adónde vas tan guapa?

—¡Usted siempre me mira con buenos ojos, Amalia! He quedado con unas amigas para salir de fiesta…, pero quería pedirle una cosilla rápida: ¿podría dejarle un juego de llaves de nuestro piso para que lo guarde, si no le importa?

—Claro que no… Eso siempre está bien. Las mías las tiene Isidro, por si acaso me pasara algo.

—Es que esta mañana se me ha cerrado la puerta con las llaves dentro y no tenía manera de entrar. Si no fuera por el vecino del cuarto, el nuevo, todavía estaría sentada en la escalera muerta de asco. He pensado que como usted siempre está aquí…

—Sí, hija. Dámelas y yo te…¡Uf! Qué mareo de repente…

—¡Amalia, que se cae! Espere, espere, yo la sujeto. Apóyese en mí, que la llevo al sillón.

—Jesús, qué mareo…

—Siéntese despacio, así. Respire hondo…¿Dónde tiene el botón de asistencia? Voy a llamar para que venga un médico.

—No, no, no. Ya estoy mejor, no hace falta que llames a nadie… Ha sido solo un mareíllo…

—¿Qué ha comido hoy?

—Ah, pues si te digo la verdad, no me acuerdo… Ah, ¡sí! Es que ha venido el señor de la encuesta y era tan amable, que he sacado un piscolabis, y ya se me han quitado las ganas de almorzar…

—Pues eso no está bien. No puede estar tanto tiempo sin comer, Amalia. Mire lo que le pasa.

—¿Puedes traerme un vasito de agua? Tengo sed.

—Ahora mismo —[Beatriz se va a la cocina. Se la oye trastear en la cocina antes de regresar con Amalia—. Tome, el agua. Le he traído también un trozo de queso con una rebanada de pan y una taza de caldo que he calentado en el microondas y huele muy bien.

—Primero el agua. Ah, qué sed tenía.

—Y ahora el caldo. Bébaselo a sorbos, despacito.

—Está muy rico… Siempre le echo un huesecito de jamón, y está mejor, más sabroso.

—Por cierto, Amalia, ¿quién era ese señor de la encuesta?

—¿Qué señor?

—El que me acaba de decir, el que ha venido esta mañana…

—¡Ah, sí! Era uno de la consejería de asuntos sociales que quería hacerme unas preguntas. Me ha enseñado su identificación, no te creas que dejo entrar en mi casa a cualquiera.

—Y hace muy bien. ¿Y para qué era la encuesta? Por nuestro piso no ha pasado…

—Ah, pues no sé. Para algo estadístico, me ha dicho. Traía un cuestionario larguísimo para rellenar: que desde cuándo vivía aquí, que si vivía sola, que si tenía familia cerca, que si era usuaria del programa de teleasistencia municipal, que si conocía al resto de los vecinos…

—Si ya ha acabado con el caldo, tómese el queso…

—Ya estoy mucho mejor, y no me apetece demasiado…

—Coma un poquito más, anda. Si no quiere queso le traigo otra cosa, pero necesita comer algo más.

—Está bien, me tomo el queso.

—Lo que me parece raro es que ese señor de la consejería haya venido un sábado…

—¿Tú crees? Pues no sé… Ya te digo que tenía una tarjetita de identidad. Decía que iba a entrevistar a todos los ancianos del edificio…

—Igual Isidro sabe algo. Le preguntaré cuando lo vea. Siempre se entera de todas estas cosas.

—Ay, las diez ya… Deberías irte, vas a llegar tarde.

—No pasa nada. Voy a mandar un mensaje a mis amigas diciéndoles que me voy a retrasar un poquito. ¿Quiere que la ayude a acostarte?

—Sí, no me vendría mal. Pero luego te marchas.

—Ya veremos… Venga, ¡aúpa! Apóyese en mi brazo, vamos despacito… Hoy he estado restaurando su marco, lo he lijado entero y he pegado la pieza que se había roto… Ya verá cuando termine, puede que ni lo reconozca.

—Seguro que no. Eres un cielo, niña… Te mereces todo lo bueno que te pase… Venga, vete ya, que tus amigas te estarán esperando.

—Y me esperarán lo que haga falta. Vamos, recuéstese en la cama.

—Ayyy, qué gusto… Ya estoy bien. No necesito nada más.

—Ahora vamos a contactar con el servicio de teleasistencia para que estén pendientes de usted, por si necesita algo. Si no, no me iré tranquila.

—Que no, que no hace falta… Es que hay una señorita que es muy pesada…

—Pues entonces me quedaré yo…

—No, no, eso sí que no…

—Pues llame, que yo la oiga.

—Soy Ángeles, del servicio de teleasistencia. ¿En qué puedo ayudarla, señora Amalia? ¿Necesita algo? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, estupendamente, solo es…

Y allí dejé a Amalia, acostada en su cama, charlando con la tal Ángeles, a la que le pedí que estuviera un poco más pendiente de ella esa noche, por si acaso.

Capítulo 5

—¡Beatriz! Si vas a por un café, ¿me puedes traer otro a mí, porfa?

—Con leche de soja, ¿verdad?

—Y dos de sacarina. Y de paso, enséñale a la nueva dónde guardamos nuestras galletas preferidas…

La nueva era Greta, la chica que se acababa de incorporar a nuestro departamento en sustitución de Olga. Aquel era su segundo día en la oficina y desde que había llegado esa mañana, no había dejado de bufar agobiada ante la pila de documentos que tenía encima de su mesa. Se los había dejado Vera para ponerla a prueba. Supongo que me dio un poco de pena ver cómo pasaba papeles de un lado a otro, sin aclararse, y la invité a acompañarme.

—¿Te apetece venir a por un café, Greta? Y de paso, si quieres, te hago un *tour* por la oficina, no vaya a ser que te pierdas por ahí y aparezcas de repente en Mordor…

—Gracias, no sabes cómo necesitaba despejarme un poco.

—Esta sala a la izquierda es la del Departamento de Laboral, no sé si llegarás a conocerlos algún día porque nunca están.

—¿No hacemos nada para ellos?

—Ah, sí. Muchísimo. Pero todo nos los envían a través del correo electrónico. Si te digo la verdad, creo que solo conozco en persona a dos de ellos. La siguiente puerta es el Departamento de Fiscalidad. Como ves, son pocos y silenciosos. Apenas nos dan guerra. Esto de aquí es una de las salas de reuniones, y… aquí está el famoso Departamento de Derecho de Familia. Y ese que viene hacia aquí es Rodrigo Velasco, director del departamento.

—Hola, Beatriz. ¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo?

—No, no. Solo le estoy enseñando la oficina a nuestra nueva compañera, Greta…

—Ah, estupendo. Encantado, Greta. ¿Qué tal todo? ¿Bien?

—Todo perfecto, sí.

—Vas a estar en tu sitio, ¿verdad? Luego te llamo, necesito comentarte un asunto.

—Cuando quieras. No está mal, ¿verdad? En Administración lo llamamos nuestro Thor particular. Y aquella de allí, la puerta de doble hoja al fondo, es la entrada a la zona noble: el despacho del presidente, don Germán, y los socios. Territorio Mordor, para más señas.

Y ahora que ya sabes lo que hay, vamos a por esos cafés.

*****

—¡Servicio de cafetería a la carta! Aquí tiene la señora: café con sacarina y leche de soja.

—Gracias, guapi. Te han dejado un regalito sobre tu mesa…

—¿Y esto? ¿Quién ha soltado toda esta mierda sobre mi mesa?

Resulta que me ausenté veinte minutos y, al volver, mi escritorio estaba invadido por una muralla de cajas repletas de expedientes.

—Las han traído del área de informática. Dicen que ya está todo digitalizado.

—Me parece estupendo, pero ¿se puede saber por qué me los devuelven a mí?

—Orden de Estela. Oye, Greta, ¿podrías hacerme veinte fotocopias de estos documentos por las dos caras, por favor? Recuerdas dónde está la sala de fotocopiadoras, ¿verdad?

—Sí, enseguida.

—No me mires así, que yo no sé nada, Beatriz. Estela ha dicho que revises los expedientes de las cajas y que guardes en los archivos los del último año.

—¿Yo? ¡Pero si eso es cosa de Santi! ¿Cómo voy a ponerme ahora a ordenar esto con el mogollón de trabajo que tengo? ¿Y no puede hacerlo Greta?

—A mí no me digas nada… Yo soy una mandá, como tú.

—O sea, que me está castigando por algo…

—Sí, a la japonesa, ahogándote en papeles…

—Pero ¿por qué? ¿Qué he hecho ahora?

—Puede que no le sentara bien que te escaquearas el otro día con nuestro Thor. Para mí que tiene celos profesionales… Dicen que don Guzmán lo adora, y que este año no habrá bonus para todos.

—¿Y yo qué culpa tengo? Él me ordenó que lo acompañara. ¡Tú lo viste, estabas allí conmigo!

—Sí, sí. Si lo sé… Pero ya la conoces: es más retorcida que un alambre de serpentina. Yo que tú, hablaría con ella e intentaría aclarar las cosas. Aunque tendrás que esperar… Ha salido a una comida de trabajo.

—¿Y qué hago mientras con estas cajas?

—Tú sabrás… Otra cosa, ¿vas a querer décimo de la lotería de Navidad? Este año me ha tocado a mí organizarlo.

—Sí, claro. Solo me faltaba que tocara y fuera la única pringada que se quedara sin nada. Yo quiero tres décimos, a ver si es verdad que este va a ser mi año de suerte.

—Vale, te apunto tres décimos. Beatriz…, sí. Tienes que acoquinar sesenta euros antes de la fiesta de Navidad del bufete.

—¿Ya se sabe cuándo será?

—Pero ¿es que no has leído la circular? Va a ser el jueves 22 de diciembre, a modo de despedida, antes de que empiecen a marcharse de vacaciones algunos. Y cómo no, piden voluntarios para organizar la rifa solidaria… Mucho me temo que este año no nos vamos a librar: verás como Estela nos propone a alguna ser voluntaria forzosa.

—A mí no me importaría.

—¿En serio? Pasmá me dejas… Pero si desde que te conozco creo que nunca te he visto aguantar en la fiesta más de media hora… ¡Chicas, nuestra Bea, que se está haciendo mayor!

Me lo tenía bien merecido. Otros años a esas alturas, ya estaría pensando en alguna excusa para escurrir el bulto sin que se notara demasiado. Lo cierto es que me bastaba una copa para enterarme de todos los chascarrillos que se contaban en el bufete y, dicho sea de paso, era casi lo único que me interesaba. Pero este año era distinto; este año estaba Rodrigo. Salvo hecatombe mundial (y en estos tiempos, casi mejor ni mentar a la bicha), tenía planeado terminar la noche con él…, en su cama o en la mía, todavía estaba por ver.

—Departamento de Administración, dígame.

—¿Beatriz?, soy Rodrigo. ¿Qué tal?

—Ah, mira… Justo estaba pensando en ti.

—¿Sí? Eso me gusta… Espero que sea por algo bueno…

—Esto…, sí… Nada, una tontería… Mejor no te lo digo.

—Qué misteriosa te pones… Ya te lo sonsacaré en otro momento… Oye, ¿te pillo ocupada?

— No…, quiero decir, sí, tengo un poco de lío.

—Ya. Pero seguro que puedes hacer un hueco para mí…

—¿Qué necesitas? Tú dime, que igual puedo organizarme…

—A ver… Una de mis ayudantes ha revisado dos veces el inventario de objetos y muebles de la herencia de los hermanos Durango y no ha encontrado nada que se corresponda con la figurita de marras.

—¿La criselefantina?

—Exacto. No hay ninguna descripción que concuerde con ella. Y sin embargo, Ignacio insiste en que tiene que estar, así que he conseguido la llave de la casa familiar para examinarla de arriba abajo. Y por eso te llamo: necesito que vengas conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Tú sabes cómo es, y estoy convencido de que si alguien la puede encontrar, eres tú.

—Ah. Pues no sé qué decirte… Y eso ¿cuándo sería?

—Ahora. En cuanto puedas. Necesito resolver esto ya. Es el único fleco que nos queda para que podamos avanzar en el conflicto de la herencia.

Consulté la hora en mi móvil. Las tres y tres. ¡¿Otra vez?! Los treses me seguían a todas partes: el otro día con el vecino, las trece treinta y tres. Me despertaba por la noche y eran las tres y trece de la madrugada. La matrícula del autobús que había cogido esa mañana estaba llena de treses… Puede que el universo me quisiera decir algo, pero con tanta señal por todas partes, no tenía ni idea de lo que era.

—¿Marcharme contigo ahora? Uy, pues… lo veo difícil. Tengo que ocuparme de un tema que me ha asignado Estela y… A no ser que lo hables con ella…

—Estela es cosa mía, no tienes de qué preocuparte. Tú, tranquila.

Muy tranquila, lo que se dice muy tranquila no estaba. Si mi jefa regresaba y veía que me había marchado sin ninguna explicación, no saldría de la sala de archivos en lo que quedaba de año. Pero, por otro lado, tampoco quería decirle que no a Rodrigo, ahora que habíamos empezado a intimar un poco…

—No, si tranquila estoy. Pero Estela no está en la oficina y no puedo desaparecer así como así… Preferiría que ella estuviera al tanto.

—Sí. Bien. De acuerdo, yo me encargo de llamarla. Pero tú vete preparando. En cuanto hable con ella, paso por tu despacho a recogerte.

—¿Otra vez nuestro Thor? ¿Qué líos te traes con él?

—¿Lío? Ninguno. Es el mismo tema del otro día, un asunto de antigüedades para un cliente. Quiere que vaya con él a inspeccionar un sitio, pero le he dicho que no voy si no lo autoriza Estela, y así evitamos malentendidos.

—Pues por tu voz parecía que tuvieras al otro lado del teléfono al mismísimo Harry Styles.

—¡Qué cosas dices! Tienes una imaginación calenturienta…

—Sí, sí… Tú ándate con ojo, que Estela es retorcida, pero este tampoco es ningún santo. Se oyen por ahí algunas historias…

—¿De Velasco? ¿Qué historias?

—Parece que tiene prisa por llegar a socio…, o eso dicen las malas lenguas.

—Pues, chica, no sé… Pero es curioso que en este bufete basta que empieces a destacar un poco para que comiencen a circular rumores de todo tipo.

—Puede ser. Pero también te digo que él no te va a rescatar con su martillo cuando Estela se entere y monte en cólera. Nuestro Thor es demasiado listo como para enfrentarse a alguien como ella.

—Yo no necesito que Rodrigo me rescate de nada, estaría bueno. Al revés, soy yo la que le estoy ayudando a él…

—Vale, guapi, como tú digas…

*****

Me monté en el coche de Rodrigo y fuimos juntos a la vivienda familiar de los Durango. Era un piso enorme y antiguo en una de las zonas con más solera de la ciudad. Rodrigo me dijo que llevaba cerrado más de un año, desde la muerte de la madre de los Durango. Cuando entramos, subimos las persianas para que entrara un poco de luz. Las estancias aparecieron ante nuestros ojos con un aspecto un tanto fantasmal, tétrico. Habían tapado todos los muebles con sábanas y colchas viejas para así protegerlos de la gruesa capa de polvo que se podía ver por suelos, puertas y ventanas. Dejamos nuestros abrigos colgados de una lámpara de pie y nos pusimos a inspeccionar cada una de las salas.

—Esta casa es un laberinto… Llevamos casi tres horas y no hemos encontrado nada. ¡Vaya pérdida de tiempo! ¿Qué nos falta por revisar?

—Creo que solo nos queda el gabinete junto al dormitorio principal, las habitaciones de servicio y el cuarto de baño.

—Mmm, perdona, tengo que cogerlo. Sigue por el dormitorio, enseguida voy yo.

Ya, seguro. Era lo mismo que llevaba diciéndome toda la tarde. Cada vez que sonaba el teléfono, era un cliente al que no tenía más remedio que atender. ¡Pero si hasta se había traído el ordenador portátil por si le surgía algo urgente!

—Sí, Somoza, dime. ¿En qué puedo ayudarte?

—Para eso podía haberse quedado en la oficina y haberme mandado a mí sola…, pero claro, me habría negado en redondo. Y la que está aquí arremangada, agachándose para mirar en todos los rincones y rebozada en polvo, soy yo… ¡Aaaay!!! ¡Joderrr, qué susto!

—Disculpa un segundo, Somoza. Beatriz, ¿estás bien?

—Sí, sí. No era más que un ratoncito. El pobre se ha debido asustar tanto como yo…

—Ok. Ya estoy contigo, Somoza. No te preocupes, mañana mismo preparo el recurso y lo

presentamos. Claro, sí. Chao, chao. Ya estoy. ¿Dónde quieres que mire?

—Pues… allí, en aquel aparador.

—Joder, otra vez Somoza. Perdona, tengo que cogerlo.

—Sí, hombre, tú tranquilo… A lo tuyo…, que ya está Beatriz para hacerte el trabajo sucio.

Llevábamos allí más de dos horas examinando muebles, cajones y cada recoveco de la casa sin mucho éxito. La criselefantina no aparecía por ninguna parte. Mi última esperanza era que se hubiera quedado olvidada en algún lugar del gabinete, una estancia decorada con mucho gusto y detalles femeninos que, sin duda, debía de haber pertenecido a la madre de los hermanos Durango.

—Vamos a ver…, si yo quisiera ocultar una estatuilla, ¿dónde la pondría? No la dejaría a la vista sobre ninguna consola, repisa ni estantería… . Ni tampoco la guardaría en el armario… Pero, a lo mejor, sí que la ocultaría en un lugar como… el secreter francés con su compartimento secreto… Y, mira tú qué suerte, tiene hasta la llavecita puesta… . Aquí estás… Al fin te encontré… Y qué preciosidad… ¡Rodrigo! ¡La tengo! ¡La he encontrado!

—¡Al fin! ¡Menos mal! Ya estaba empezando a pensar que no aparecería… A ver, déjame verla… De modo que esta es… Pues no es para tanto, con lo que nos ha costado encontrarla…

—Bueno, en algún sitio tenía que estar, ¿no?

—Eso mismo decía Durango, y no había sido capaz de encontrarla… Ya sabía yo que darías con ella. Voy a llamarle para decírselo, estará esperando noticias.

—Mientras, voy a buscar una caja o algo donde guardarla.

—Estupendo. ¿Señor Durango? Ya está, la tenemos en nuestras manos.

—[…]

—Sí, hemos examinado la casa palmo a palmo y, al final, la hemos hallado en uno de los dormitorios, medio escondida dentro de un mueble.

—[…]

—Por supuesto, cuente con ello. Mañana mismo me reuniré con el abogado de su hermano y le entregaré nuestra propuesta de reparto. Confío en que no haya más obstáculos.

—[…]

—Muchas gracias, aunque todavía no podemos cantar victoria.

—[…]

—Sí, claro que sí. Allí estaré. Listo.

—Supongo que estará contento.

—Mucho. Y yo más… Me he quitado un gran peso de encima y un buen quebradero de cabeza. Tendré que buscarle un sitio donde guardarla como oro en paño.

—¿No se la vas a llevar ahora? Podría acompañarte. Me gustaría ir contigo cuando se la entregues…

—No, ahora no. He quedado en llevársela yo mismo mañana a su oficina.

—Me da la sensación de que quieres evitar que los conozca…

—¿Cómo? Qué tontería… No entiendo por qué dices eso… Los dos estamos al servicio del cliente, eso es lo único que importa.

—Ya, eso está muy bien, pero si lo llego a saber no vengo. Mucho decir que me necesitabas aquí y luego me tratas como si fuera invisible. Debí haberme quedado en la oficina. Al menos, no me habría sentido tan estúpida.

—Venga, Beatriz… No te lo tomes así, no puedo dejar colgado a un cliente como Somoza… Sabes que sin ti no lo habría encontrado.

—Hummm… De eso estoy bastante segura, no tengo ninguna duda. Le diré a Estela que le facture a Durango estas horas que le he dedicado. Por lo menos, que no le salga gratis.

—Tú no le digas nada a Estela. Se lo diré yo, que para eso es mi cliente.

—Pues vale. Haz lo que quieras. Yo me voy, que estoy cansada, sucia y tengo pocas ganas de tonterías.

—Espérate, mujer… Ven aquí, anda. No te enfades…

—Déjame, estoy llena de polvo por todos lados…

—Es verdad, pareces un espectro… Y tienes pelusas enredadas en el pelo…, espera que te las quito…

—Creo que me voy a meter debajo de la ducha así como voy, sin desvestirme ni nada.

—Bueno… Se me ocurre que puedo llevarte a tu casa y, si te parece, te ayudo con lo de la ducha…

—Mmm…, pues no es mala idea…

—Un segundo, tengo que mirar… Vaya. Lo siento…, se me había olvidado de que había quedado con un…un colega. Tengo que marcharme.

—¿Ahora?

—Sí. Lo siento de verdad, pero es que me había comprometido a echarle una mano con un caso que tiene y…

—No me lo puedo creer…

—Ya te he dicho que lo siento, Beatriz. Pero mira, el próximo viernes los Durango dan un cóctel en su casa nueva y me han invitado. Vente conmigo. Así los conocerás.

—¿El viernes que viene?

—Sí, a las siete. Te recojo después del trabajo y vamos juntos.

—Bien. Vale.

—¿Quieres que te acerque en mi coche a algún sitio? Te puedo dejar de camino…

—No, déjalo. Iré paseando un rato, así me da un poco el aire.

Necesitaba respirar profundo y soltar toda la decepción y la irritación que sentía conmigo misma por amoldarme tan fácilmente a las pretensiones de Rodrigo. ¿A qué jugaba? Tan pronto parecía que se sentía atraído por mí, como perdía todo interés y su atención volaba en otra dirección totalmente opuesta.

—¿Estás segura? Ya es casi de noche.

—Sé cuidarme solita, gracias.

—Como quieras. Te dejo, entonces. Nos vemos en la oficina.

—Sí, claro. Hasta mañana.

Rodrigo tenía razón: eran casi las siete de la tarde y ya había anochecido. Caminé durante un buen rato hasta llegar a una de las calles principales repleta de restaurantes, cafeterías y tiendas con elegantes escaparates iluminados. Al pasar por delante de un pequeño teatro, me fijé en la cartelera que tenía fuera.

—Próximo viernes, estreno de la obra *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes. Dirigida por Juan Ríos e interpretada por Marisa Muros… Hummm…

Me acordé de Amalia, de la emoción con la que hablaba de los años en que representó esa obra en el teatro. Y entonces se me ocurrió la idea de darle una sorpresa y traerla al estreno, estaba segura de que le encantaría. Justo en ese momento, vi salir a dos hombres por la puerta trasera del teatro con un potro de vestuario y, de pronto, se me encendió la bombillita. Ni corta ni perezosa, me acerqué a ellos y les pregunté si el director seguía dentro con los ensayos, porque tenía una cita con él. Me dijeron que sí, que pasara y lo encontraría, así que ni lo dudé: era justo la oportunidad que necesitaba para organizarlo todo y darle el sorpresón de su vida a Amalia.

*****

Seguí caminando y al llegar a mi calle vi parpadear a lo lejos las luces azules de la policía. Según me acercaba, me di cuenta de que los coches estaban aparcados delante de mi portal, y un grupo de curiosos se agolpaban alrededor para ver qué ocurría. Me abrí paso entre la gente hasta llegar a la cinta policial que delimitaba el perímetro de seguridad. Me volví al señor que tenía a mi lado y le pregunté:

—¿Por qué está aquí la policía? ¿Sabe qué ha pasado?

—Dicen que han robado en un piso…

—¡No me diga! Voy a entrar…

—Señorita, atrás, aquí no puede pasar… Quédese detrás de la cinta.

—Pero es que vivo aquí, en el tercero izquierda.

—¿Cómo se llama usted?

—Beatriz, Beatriz Barea. Si quiere le enseño el DNI…

—No, no hace falta. Pase, pero no se detenga.

En la escalera me crucé con otros dos policías. Me volvieron a preguntar a dónde iba, si vivía allí, y me tomaron los datos, por si necesitaban hacerme algunas preguntas más tarde. Les dije que vinieran cuando quisieran, que me encontrarían en casa todos los días, o muy temprano o ya tarde, a partir de las ocho. Subí las escaleras y al llegar al rellano del tercer piso, me encontré con Isidro en la puerta de su casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Es verdad que han robado?

—Sí, en la casa de los Robledo. La policía ha estado allí arriba toda la tarde. Y creo que todavía quedan algunos agentes…

—Sí, yo me he cruzado en la escalera con dos. Pero ¿te han contado algo? ¿Cómo ha sido? ¿Te has enterado?

—¡Qué va! Un policía ha bajado a mi casa y me ha hecho muchas preguntas, pero no me ha contado nada… Lo que está claro es que los ladrones debían de saber que los Robledo estaban fuera… y eso que yo les vacío de vez en cuando el buzón, precisamente por eso, porque los delincuentes detectan esas cosas. No hace mucho me encontré con uno husmeando en los buzones, y en cuanto le pedí que se identificara, salió pitando.

—Sí, recuerdo que me lo contaste. Pero si ellos no están en casa, ¿quién se ha dado cuenta de que han robado?

—La hija mayor. Ha venido esta tarde a regar las plantas y se ha encontrado el percal… Todo tirado por ahí, los cuadros descolgados, los armarios vaciados… Un desastre. Aunque sabían bien a por lo que iban: me he enterado de que han abierto la caja fuerte y se han llevado las

joyas, algo de dinero y algunos objetos de valor…

—¡No me digas! ¿Y cómo sabían dónde estaba la caja fuerte y lo que guardaban en ella? Es un poco extraño, ¿no? ¿Sabes cuándo ha sido?

—Pues esa es la cosa, que no sé ni cuándo ni cómo han podido entrar… Ya se lo he dicho al policía, que yo no he oído nada de nada y estoy justo debajo…

—Porque serán profesionales, Isidro. Es normal. ¿Sabes cada cuánto viene la hija? Porque si la última vez que vino estaba todo bien, ha debido de ser entre ese día y hoy.

—Me parece que viene dos veces a la semana, pero no te sabría decir exactamente cuándo… Para que luego me digan que soy un pesado por insistir tanto en que no se debe abrir el portal a cualquiera que llame al telefonillo. Si no es alguien conocido, no se abre y punto. Ni cartero comercial ni nada.

Oímos unas voces arriba, en el cuarto, y luego el portazo de cerrar la puerta. Varios policías bajaron en fila las escaleras, pasaron por nuestro lado saludando sin detenerse, salvo uno, que se acercó a nosotros.

—Señor, nosotros ya nos vamos. Hemos precintado la puerta para que no entre nadie. ¿Usted también vive aquí, señorita?

—Sí, aquí, en el tercero izquierda. Acabo de llegar.

—¿Le han tomado sus datos? Nos gustaría hablar con todos los vecinos del inmueble.

—Sí, se los he facilitado a sus compañeros de abajo. ¿Han hablado ya con la señora Amalia, la del segundo derecha?

—Segundo derecha… Déjeme mirarlo… Es la señora mayor, ¿verdad? No, todavía no.

—Es que el sábado pasado estuve con ella y esa mañana había estado en su casa un señor que hacía encuestas para la consejería de asuntos sociales. Me sonó un poco raro, pero igual es una tontería mía.

—¿Ves? A eso me refiero… ¿A quién se le ocurre? No entiendo cómo deja entrar tan tranquilamente a un desconocido… Y encima Amalia, que tiene casi noventa años y vive sola… ¿Y si hubiera sido un atracador?

—¿Y por qué le pareció raro?

—Pues porque era sábado y los sábados no suelen trabajar los de servicios sociales, ¿o sí?

—En este caso concreto, no le sabría decir, pero conozco a varias personas de asuntos sociales que trabajan sábados, domingos y lo que haga falta. De todas formas, hablaré con ella, no se preocupe. Les dejo que descansen. Adiós, buenas noches.

—Este mismo policía me había preguntado antes por vosotras y por Daniel, que tampoco está en

su casa. Le dije que tú solías llegar tarde, y el chico de arriba, también… Hombre, mira, hablando del rey de Roma…

Seguí la mirada de Isidro y vi aparecer a Daniel en nuestro rellano. Él también se había cruzado con el policía en el portal y ya estaba al tanto del robo.

—Vaya la que tienen montada… Y yo que pensaba que este barrio era tranquilo…

—Por eso le estaba diciendo a Beatriz que hay que tener más cuidado con abrir la puerta del portal a cualquiera que llame al telefonillo. Antes de que te des cuenta, se ha colado una banda de ladrones, y no solo te desvalijan la casa en un santiamén, es que te dan un susto de muerte también.

—Sobre todo, porque estas puertas son viejas y se abren con la gorra, ¿verdad, Daniel?

—Eeeh…, no tengo ni la menor idea… Yo he puesto una puerta blindada en mi casa, así que…

—Pero algo sabes de cerraduras y de cómo abrirlas, que lo sé yo… No digas que no…

—¿Yo? Qué va, me confundes con otro. Lo que pasa es que has visto demasiadas películas… —Daniel baja la voz y le dice a Beatriz entre dientes—: ¿Qué haces? ¿Quieres que sospechen de mí? A ver si me vas a meter en un lío…

—Estas puertas son viejas, pero buenas. No se abren así como así… Yo echo el cerrojo cada vez que salgo, y listo.

—Ah, con el cerrojo es más difícil, eso es verdad.

—Lo que tendríamos que hacer es cambiar el telefonillo por uno con vídeo, para que podamos ver quién llama. Es lo más práctico y seguro.

—Ah, pues sí. Un telefonillo con vídeo estaría muy bien. ¿Y será muy caro? Porque podríamos proponerlo en la próxima reunión de vecinos…

—Ni idea. Voy a bajar a ver cómo está Amalia. Lleva unos días regular…

—Deja, deja, ya bajo yo. Así le cuento lo del telefonillo. ¡Hasta mañana, jóvenes!

—Hasta mañana, Isidro. Bueno, yo también me recojo, que estoy hecha polvo… ¡Buenas noches!

—Por cierto, ya tengo localizado el difusor de luz del que te hablé. Si quieres, sube y te lo doy.

—¿Ahora mismo? La verdad es que necesito urgentemente una ducha y tengo los pies como si estuviera pisando un avispero, estoy deseando quitarme los tacones.

—Sube luego, si quieres… Yo voy a estar en casa.

No le prometí nada, porque estaba demasiado cansada hasta para pensar. Nada más entrar, lancé

los tacones al aire y me quité el abrigo. Garcilaso vino a recibirme con un largo maullido y la cola en alto, señal inequívoca de que se alegraba de verme. Me agaché a cogerlo y achucharlo entre mis brazos. No sabéis lo bien que sienta que te reciban así, aunque sea un gato, al llegar a casa con el ánimo un poco tocado. ¡Maldito Thor!

—Hola, príncipe…, ¿qué tal tu día?

—Ya, el mío también ha sido un poco largo… Mejor no te lo cuento, no merece la pena. Y tú, ¿te has portado bien? No habrás mordido algún cojín, ¿verdad?

—Así me gusta, buen chico. Hoy tendrás una golosina. Ahora, déjame un ratito, que voy a darme una ducha.

—Espera un momento, no seas impaciente. En cuanto me vista, vamos a por tu golosina. . Me pongo los vaqueros , un jersey calentito, colonia y… listo.

—Así mejor, ¿verdad? Pues venga, vamos a la cocina. Toma, aquí la tienes. Una sardinilla en aceite vegetal riquísima. Pero come despacio, ¿eh? Buen chico… Yo voy un momento a casa del vecino de arriba, pero vuelvo enseguida. Tú quédate aquí tranquilito.

****

—¡Voy! . ¡Hola otra vez! Adelante…, lo tengo aquí preparado, pasa.

—Qué casa tan bonita. ¡Parece un piso distinto al resto!

—Eso es porque lo tiraron entero. No dejaron ni una pared en pie.

—Ya… Confieso que Sara y yo subimos a cotillear un poco durante las obras, pero no había visto el resultado final. Es impresionante… y el salón es enorme…

—Culpa de mi madre. Es interiorista y ella se encargó de todo, por suerte para mí. Aunque la obra no me salió gratis, no te creas…

—Hombre, algo mejor sí te habrá salido…

—Pero poco… Mira, aquí tienes el difusor. Es tipo sombrilla. Lo abres y lo enganchas por delante del foco.

—Ajá. Perfecto, ¡muchas gracias! Me lo llevo, pero te lo devolveré.

—No hace falta. Quédatelo, yo ya no lo utilizo.

—¿De verdad? Vaya, pues muchas gracias…

—Voy a abrirme una cerveza. ¿Te apetece una?

—Eeeh… Venga, vale. Gracias.

—¿Y ya has terminado la restauración con la que estabas el otro día?

—¿El marco? Qué va. Entre semana no puedo hacer nada y, además, el domingo desmantelé el tinglado que tenía en el salón porque Sara vuelve dentro de un par de días. Normalmente, trabajo en mi habitación. Solo lo monto allí cuando no está ella, pero no se lo digas, ¿eh?

—¿Sara y tú sois…? Ya sabes.

—¿Qué?

—¿Pareja?

—¿Te parece que somos pareja?

—No lo sé, no lo sé… Por eso lo pregunto… El otro día te vi llegar con el ramo de flores, y pensé que…

—Que una no puede comprarse flores para sí misma, vamos.

—Sí, sí. Claro que sí… Joder, perdona. No sé cómo me las ingenio para meter siempre la pata contigo…

—Tranquilo, cosas peores me han dicho. Sara y yo somos amigas desde niñas y cuando rompí con mi novio, me ofreció compartir su piso. Así que vivimos juntas, pero no revueltas.

—No es que me importara, ¿eh? Pero como ahora nunca sabes si sí o si no…

—¿Y tú? ¿Qué…?

—Ah, no, no. Creo que estoy bastante seguro de que soy hetero.

—No… Te iba a preguntar que dónde trabajas… Me dijo Sara que eres guionista, pero ¿en qué programa?

—Ahora estoy en uno de esos *realities* en los que mezclan cocina y relaciones de pareja… Una cosa extraña. Mejor no te digo su nombre para que no lo veas…

—Oye, que yo te enseñé mis vídeos, que seguro que son mucho peores…

—No, a ver, no es que sea malo. Como diría mi madre, es un hijo bastardo de los tiempos. Pero es un curro de ocho semanas, los colegas que trabajan conmigo son la hostia, y pagan bastante bien, así que… Además, ya sé cómo funciona esto: tan pronto te ofrecen un proyecto superinteresante como otro con el que no tienes mucho que ver, pero hay que hacerlo igualmente. De todos se aprende algo.

—Ya. Es verdad. Me pasa a mí con las restauraciones y con los vídeos… Con cada uno aprendo cosas nuevas y cuando los veo terminados, me alucina ver lo que sale… Me dan ganas de dejarlo todo y lanzarme a otro proyecto enseguida.

—Pues hazlo. ¿Qué te lo impide? Te cambia la cara cuando hablas de eso.

—¿De verdad? No sabía que se me notaba tanto…

—Es imposible no verlo: irradias luz y los ojos te hacen chiribitas.

—¡Anda ya! Te estás burlando de mí…

—¿Eso crees? Ven aquí, mírame a los ojos y dime que es mentira… Anda, ven, atrévete si puedes…

Lo miré y aparté la vista al instante, incómoda. Tenía los ojos verdes, de un verde intenso, aceitunado, muy bonito. Me pregunté qué signo del Zodiaco sería… Así de primeras, podría ser tauro, tan práctico y pegado a la tierra… ¿O quizás piscis?, que suelen ser muy creativos, generosos y compasivos.

—Una pregunta… ¿Tú de qué signo eres?

—¿Yo? No sé, creo que leo, aunque no es algo que me preocupe demasiado. ¿Por qué?

—¿Leo? No puede ser, no tienes pinta de leo…

Básicamente porque entre los sagitarios y los leos suele haber un flechazo casi inmediato. Son los signos más compatibles del Zodiaco y por más que Daniel me pareciera un tipo atractivo, interesante, agradable… No. Tonterías.

—Usted perdone. No sabía que puedes adivinar el signo de alguien por las pintas… Nací el 30 de julio, así que tú me dirás.

—Entonces sí, está claro… Eres leo, pero ¿con qué ascendente?

—¿Cómo? No sé ni lo que es eso… Lo que sí sé es que estás intentando desviar el tema de tu miedo a probar suerte con lo que te gusta.

—Vaaaleee, puede que tengas razón… Pero eso no significa nada. Por mucho que quiera dedicarme a la restauración, no es tan fácil… No tengo tiempo, ni un lugar apropiado, ni garantía de nada…

—¿Y no te has planteado dedicarte a esto profesionalmente?

—Claro que sí, varias veces cada semana, de hecho… Pero soy demasiado cobarde como para renunciar a la seguridad de un sueldo… Y por eso estoy como estoy: apalancada como una seta en una cueva oscura.

—Eso no es ser cobarde, sino realista. Yo no digo que dejes tu trabajo y te lances a la aventura sin pensarlo, pero podrías trazar un plan e ir poco a poco… Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Y por lo que yo he visto, lo haces muy bien, en serio. A ver cómo lo digo. Tienes algo que otros no tienen: eres espontánea, didáctica y conectas con la gente… Eso no es tan fácil… Deberías pensártelo. Y si puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo. Únicamente necesitas…

—Ya. Seguir mi instinto y soltarme…

Y me creáis o no, en ese instante la ventana del salón se iluminó con una lluvia de lucecitas de colores alrededor de un cartel con un tres dorado e inmenso proyectado en el cielo de la noche, como si se tratara del inicio de una cuenta atrás en una de esas películas antiguas de blanco y negro. Los dos nos quedamos mirándolo en silencio, embobados. En realidad, se trataba de una campaña de publicidad para anunciar la fecha de estreno de la nueva temporada de una serie televisiva que se iba a estrenar el 3 de diciembre, me explicó Daniel. Y puede que fuera cierto, pero a mí nadie me podía quitar de la cabeza que ese tres que brillaba delante de nosotros en el cielo estrellado me estaba diciendo algo que todavía se me escapaba.

Capítulo 6

Al día siguiente se presentaron dos policías en casa. Me hicieron algunas preguntas: si había visto entrar a desconocidos en el edificio, si había notado algo raro últimamente, si conocía a los Robledo…

—No, solo de vista. De cruzarnos en la escalera alguna vez y poco más. Aquí todos son jubilados, menos Sara y yo… y también Daniel, el vecino del cuarto. ¿Han hablado con Amalia, la anciana del segundo derecha? Le dije a su compañero que el sábado se presentó en su casa un tipo que decía ser encuestador…

—Sí, lo sabemos. Y ya está aclarado, lo hemos comprobado: era de verdad un encuestador de servicios sociales. De todas formas, hizo bien en decírnoslo, hay por ahí algunas bandas de estafadores de ancianos que se hacen pasar por inspectores de calderas o empleados de servicios sociales o lo que se les ocurra, para engañarlos. Pero el robo que se ha producido en este edificio es de profesionales, es un caso distinto.

Vale. Pues poco más podía yo contarles, la verdad. En esas estaba, cuando llamó mi padre. Como siempre, de lo más inoportuno.

—¡Papá! Oye, te llamo en un rato, que ahora no te puedo atender… Es que han robado en el edificio y…

—¿Cómo que han robado? ¿En tu casa?

—No, en casa de unos vecinos que no estaban… Yo estoy bien, no ha pasado nada, pero ha venido la policía a hacernos unas preguntas y…

—Nunca me cuentas nada, como no me llamas…

—Es que he tenido muchísimo jaleo…

—Sí, ya, ya… Solo quería saber qué día vas a venir en Navidad, para ir a buscarte a la estación y prepararte tu habitación…

—Uy, pues todavía no lo sé, papá, y ahora no puedo hablar. Luego te llamo, ¿vale?

—Sí, vale… ¡Pero que no se te olvide!

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí culpable por ser tan distante con mi padre y lo llamé esa misma noche. Lo cierto es que él se estaba esforzando mucho, y yo, sin embargo, seguía en mis trece, no quería dar mi brazo a torcer.

*****

Tres días después de aquello, me encontraba en el cuarto de estar de Amalia esperando a que

terminara de arreglarse, y aproveché la ocasión para contarle lo que había hablado con la policía y sus recomendaciones.

—Amalia, ¿le advirtió la policía de que hay una banda de estafadores merodeando por el barrio? Se aprovechan de la gente mayor, así que recomiendan no abrir a nadie que no conozca o que no esté esperando.

—Pero si me dicen que son de los del servicio de asistencia cómo no voy a abrir…

—¿Le queda mucho? El taxi está a punto de llegar…

—Ya casi estoy. No puedo salir a la calle sin pintarme los labios… ¿Qué decías?

—Que solo debería abrir la puerta a sus visitas habituales. Si se presenta alguien a quien no conoce, por mucha identificación que lleve, ni caso.

—Ay, los guantes. ¿Dónde están mis guantes?

—¡Ya respondo yo! ¿Sí?

—¿La señorita Beatriz? Soy el taxista.

—Ah, sí, denos un minuto. Enseguida bajamos - Amalia, ya está abajo el taxi… Vamos, que la ayudo a ponerse el abrigo…

—¿Cómo estoy? ¿Estoy bien? No parezco una momia, ¿verdad?

—Está guapísima. Igual que siempre. ¡Venga, vámonos! Por favor, al Teatro de Canalejas.

—¿Al teatro? ¿Pero no me dijiste que íbamos a un evento en la Unión de Actores y Actrices?

—Casi. Confíe en mí. Ya verá.

****

—Ya estamos, señoras.

—Ay, ¡Dios mío! Pero si este es… ¿Qué hacemos aquí, Beatriz? Ay, ay, ay…

—¿Qué pasa? No se irá a marear ahora, Amalia…

—No, no…, estoy bien. Es la emoción… Ay, Virgen santa…, no sé cuánto hace que no piso un teatro…

—Vamos, salga con cuidado… Así, despacio. Y ahora… vamos, que nos están esperando.

—¿A quién? ¿A nosotras? ¿Para qué?

—Venga conmigo y ya lo verá. Vamos, cójase de mi brazo.

— Ay, niña… Qué recuerdos… ¡Y cuánta gente!

—Es que es día de estreno. Mire aquel cartel de ahí… ¿Lo puede leer? Pone «Cinco horas con Mario», de Miguel Delibes.

—¡Ay, no me digas! ¿Y quién es la actriz?

—Disculpe, venimos de parte del director, Juan Ríos. Me dijo que nos dejaría dos pases en la entrada…

—Ah, sí. Acompáñenme, yo las gui Aquí es, pueden sentarse donde quieran.

—Gracias, joven. Muy amable.

—¿Le ha dado diez euros de propina?

—Sí, ¿ha sido poco? Como hace tanto que no vengo, no sé qué se acostumbra a darles ahora…

—Pues no sé…, dos euros, tres euros…

—Uy, eso no es nada con los tiempos que corren, ¿no? Bueno, hija, ¡qué más da! Para una vez que salgo… Que se tome una cervecita a mi salud, el chico.

—Disculpen… Hola, Beatriz…

—¡Ah, Marisa! ¡Qué sorpresa! Pensé que no nos veríamos hasta terminar la función…

—Y no tengo mucho tiempo, pero tenía muchas ganas de saludar a doña Amalia…

—Claro… Amalia, mira, le presento a Marisa Muro, es la actriz que interpreta el papel de Carmen Sotillo en la obra…

—Ah, sí… ¡Qué ilusión conocerte! Yo también he sido actriz de teatro, ¿sabes? Y hace muchísimo tiempo interpreté ese papel durante casi cinco años por toda España…

—Lo sé, lo sé, doña Amalia. La recuerdo perfectamente. Por eso quería venir a saludarla antes de que empezara la función, porque si hoy estoy yo aquí es por usted. La vi hace años representar el monólogo de Carmen con tanta contención, fuerza y sentimiento, que en aquel momento decidí ser actriz, como usted.

—¡Qué amable eres! Muchas gracias, te lo digo de corazón. Es un papel difícil, pero tan agradecido…

—Usted ha sido una inspiración para mí. La Carmen que siempre he imaginado en mi cabeza tenía su rostro. Con el tiempo, poco a poco, he ido entendiendo al personaje y haciéndolo mío para poder interpretarlo a mi manera.

—Pues claro, así es como debe ser… ¡Serás una Carmen Sotillo distinta y magnífica!

—¡Eso espero! Muchas gracias de corazón, doña Amalia… No sabe la ilusión que me hace que esté usted aquí. Ahora tengo que volver al camerino, me estarán buscando por todas partes, pero luego nos vemos, cuando termine la función. A Juan Ríos, el director, también le gustaría saludarla.

—¿Esto ha sido idea tuya, bribona?

—No me diga que no le hace ilusión…

—No lo sabes tú bien… Solo con oír el bullicio, respirar el olor del teatro, ver las luces sobre el escenario, la musiquilla… Casi como en mis tiempos… ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Me colé en uno de los ensayos, y tuve la suerte de poder hablarles de usted a Marisa y a Juan, el director. Fueron ellos los que insistieron en que viniéramos juntas esta noche. Les hacía mucha ilusión que asistiera usted al estreno.

—Ay, niña… Tanta emoción me va a matar. Ahora, que también te digo: después de esta noche, ya puede arder el mundo, que yo ya podría morirme en paz.

—Ay, Amalia, ¡no diga eso ni en broma!

Para emociones fuertes, las que estaba viviendo yo esa semana. Primero fue el hallazgo de la criselefantina; luego el robo en casa de los Robledo; después la noche del estreno de teatro con Amalia, y, por si fuera poco, aún me faltaba la cita con Rodrigo para conocer a los Durango. Llevaba toda la semana deseando que llegara el viernes, y ese día, a las cinco en punto de la tarde, salí corriendo de la oficina para cambiarme de ropa antes de que apareciera Rodrigo a recogerme, como habíamos acordado.

Creo que nunca me había arreglado tan rápido como esa tarde. Me duché en dos minutos, me maquillé y volví a asaltar el armario de Sara en busca de un vestido vistoso a la par que elegante, de esos que ella solía descubrir en tiendas londinenses de ropa de segunda mano. No me costó mucho: escogí uno que me sentaba bastante bien, me puse unos pendientes, dos chispazos de perfume, tacones discretos y…

—¿¿Holahola?? ¿Beatriz?? ¡Yujuuu!! ¡Ya estoy aquí!

—¡¿Sara?! «¡Mierda!» ¡Qué sorpresa! Espera, ahora mismo salgo…

Vale, no pasa nada. Tranquilidad. Ahora no puedo empezar a cambiarme… Mantén la calma, Beatriz. Haz como si nada.

—Garcilaso, ¡ven aquí, mi príncipe! ¿Me has echado de menos o ya te has olvidado de mí?

—¡Holaaa! ¡Bienvenida! Creí que llegabas de madrugada… ¿Qué tal todo?

—¡Uf! Pues vengo con un mono de sofá y manta…, pero la verdad es que muy muy bien y… Oye, guapa, ese vestido que llevas me suena…

—Ah, sí. Pensaba decírtelo… Tengo un sarao de trabajo esta tarde y no tenía nada decente que ponerme, así que eché un ojo en tu armario… No te importa, ¿verdad?

—Pues qué quieres que te diga… La próxima vez, pregúntame antes, ¿vale? La política de los hechos consumados me repatea.

—Prometido.

—Entonces ¿vas a salir ahora?

—Sí, me han invitado a un cóctel en casa de los Durango… Sí, ¡ya bajo!

—Uyuyuy…Y ¿quién te viene a recoger, si puede saberse?

—Ah, pues… un compañero de trabajo…

—No será el tal Rodrigo… Beatriz, ¡que te conozco! ¡Parpadeas mucho cuando mientes!

—Pero no es lo que piensas… Me invitó a acompañarle al cóctel para presentarme a los Durango, ¿cómo iba a negarme? Es la única oportunidad que tengo de conocerlos, y fuera de la oficina…, ¡tengo que aprovecharla! Bueno, me marcho. Ya te contaré mañana por la mañana, cuando nos veamos…

*****

La casa de los Durango se hallaba en una de las mejores zonas de la ciudad. Era un chalet de líneas muy modernas, grandes cristaleras en las ventanas, espacios amplios… Todo muy diáfano y blanco, muy de diseño. Confieso que estaba nerviosa, como si me fuera a enfrentar a uno de esos momentos cruciales que mencionó la vidente y del cual podía depender lo que ocurriera en mi futuro.

—¿Cómo estoy?

—Ya te lo he dicho: estás muy guapa.

—Sí, pero ¿no crees que este vestido es demasiado llamativo? Aquí todo el mundo parece muy refinado…

—No, estás bien.

—Me encanta esta combinación de arquitectura moderna y decoración con antigüedades, es una maravilla, ¿no te parece?

—Sí. No está mal.

—Es que es todo precioso… Mira ese tapiz antiguo, yo diría que es de la Real Fábrica de Tapices…, y esa lámpara de araña de cristal de murano…, ¡qué bonita!, y esa otra es una Tiffany auténtica, debe costar un dineral… Aunque supongo que para ellos será más fácil acceder a todas estas piezas, ¿verdad?

—Supongo…

—Cuánta gente… y mucho extranjero, ¿te has fijado? Saudíes, chinos…, estos de aquí al lado parece que hablan en ruso… ¿Los oyes?

—Sí, no lo sé. Puede ser.

—Oye, ¿te pasa algo? Desde que hemos llegado estás muy raro… No me haces ni caso y estás más pendiente de la gente alrededor que de lo que yo te digo…

—No, nada. Simplemente, no me gustaría encontrarme aquí con don Guzmán y que nos viera juntos…

—¿Tú crees que estará aquí?

—No me extrañaría. Mira, allí está Ignacio Durango, vamos a saludarlo.

—Hola, Ignacio…

—¡Hombre, Rodrigo! Al final te has animado… ¡Me alegro de verte! Y por lo que veo, has venido muy bien acompañado…

—Ah, le presento a Beatriz Barea… Beatriz es una de mis colaboradoras, la persona que ha estado revisando el inventario hasta dar con la famosa figurita perdida.

—¡Ah! ¿De veras? Le estoy muy agradecido… Esa escultura siempre ha tenido un especial valor sentimental en mi familia…

—Si me disculpáis un segundo, enseguida vuelvo.

—No me extraña que le tengan tanto aprecio, es una maravilla. Había visto las criselefantinas de Colinet en fotos, pero le confieso que nunca había tenido una entre mis manos hasta ahora.

—Pues espero que no sea la última… ¿No quiere beber nada? Antonio, por favor, ¿puedes traer la bandeja con la bebida?

—¿A qué te refieres con que no sea la última, Ignacio?

—Ah, Arantxa, querida. Mira, esta es la señorita Beatriz Barea, ha venido con Rodrigo Ostos. Ella es quien ha encontrado nuestra criselefantina…

—No me digas… Encantada… No debió de ser fácil, por lo que tengo entendido…

—Nos costó un poco, pero si estaba dentro de la casa, de una forma u otra tenía que aparecer.

—Bueno, eso era lo que pensábamos, pero no estábamos seguros de que realmente estuviera allí dentro… Podría estar ya en el salón de algún coleccionista extranjero, como pudo pasar con el cuadro de Benlliure que salió a subasta…

—Arantxa, por favor. Aquello fue un error que ya está aclarado. Además, mi hermano siempre ha dicho que no sabía dónde estaba la criselefantina, y yo le creo. Ya sabes la fijación que tenía mi madre con esconder cosas en sus últimos años.

—¿Qué opina usted, señorita?

—No sabría decirle… Estaba guardada en un lugar extraño, desde luego. Pero no tanto como para que no pudiera encontrarla alguien.

—¿Ves cómo yo tenía razón? Si Jaime hubiera querido que desapareciera, no la habría dejado allí. ¿También es usted abogada, Beatriz?

—No. En realidad, soy restauradora de bienes culturales… Fui alumna de don Joaquín Montes en la escuela de artes decorativas, creo que ustedes lo conocen…

—Sí, Joaquín, cómo no…

—Él me recomendó para sus prácticas y usted me entrevistó.

—Ah, ¡por eso me sonaba tu cara! Tengo muy buena memoria… ¿Y no te cogimos?

—Eh, sí me cogieron, pero tuve que renunciar antes de empezar por un problema familiar… Mi madre enfermó de gravedad y yo me volví a casa, al pueblo, para cuidar de ella.

—Ah, ahora lo recuerdo, es cierto. Una sabia decisión.

—Sí… Aunque confieso que me dio pena perder la oportunidad de trabajar en su anticuario…

—Ya estoy aquí… Ah, hola, señora Durango, me alegro de verla.

—Ay, Rodrigo, por favor. Llámame Arantxa, ya hay confianza… Beatriz nos estaba contando que estuvo a punto de trabajar con nosotros, ¿lo sabías?

—Bueno, fue hace años, cuando terminé mis estudios… Aunque…, no sé si todavía tendrán una bolsa de trabajo para restauradores en su empresa, porque me interesaría mucho.

—¿Ah? ¿Sí? Pues la triste realidad es que hemos cerrado uno de los dos talleres de restauración que teníamos, y probablemente, con el tiempo, terminaremos cerrando el otro…

—Ya solo compramos piezas bien conservadas que apenas necesitan restauración, porque el mercado digital se mueve muy rápido. Restaurar es lento y caro, y nos hemos dado cuenta de que no sale rentable… Ahora estamos buscando perfiles más tecnológicos, más de gestión.

—Sí, claro. Lo entiendo… Supongo que las tecnologías también tenían que llegar al mercado de las antigüedades.

—Bueno, nosotros os dejamos, tendréis más invitados que atender.

—¿Qué ha sido eso? O sea, que vienes conmigo de invitada a casa de los Durango en

representación del bufete y ¿no se te ocurre otra cosa que pedirles trabajo?

—No creo que les haya molestado…

—Ellos nunca te lo dirían. Son demasiado elegantes. Pero a mí sí, Beatriz. Deberías haberme consultado antes de hacerlo.

—¿Por qué? De hecho, hubiera preferido que no te enteraras…

—Y yo hubiera preferido que no lo hubieras dicho. A ver ahora qué hago. Me has puesto en una posición muy delicada.

Después de aquello, el ambiente entre nosotros dos se quedó un poco enrarecido. No entendía por qué se sentía tan ofendidísimo; en mi opinión, no había ocurrido nada de lo que tuviera que avergonzarme o pedir disculpas. Además, ¿quién se iba a enterar? Pero daba igual lo que dijera, apenas me habló después de lo ocurrido, así que decidí pedir un taxi y marcharme sola. No tenía ganas de quedarme a aguantar otro desplante más de Rodrigo Velasco. Y por si no tenía suficientes emociones esa noche, me llegó un mensaje de voz de mi hermana mientras esperaba al taxi.

< ¡Hola, Beatriche! ¿Qué tal estás? ¿Cómo te va la vida? Por aquí muy bien, ya sabes. Oye, no te quiero entretener, pero llevo un tiempo pensando que ahora que papá se va a casar, deberíamos plantearnos vender parte de nuestra herencia, como, por ejemplo, la casa de la abuela donde papá tenía el taller de carpintería que cerró hace tiempo… ¿Qué te parece? Estoy segura de que a ti te vendría genial el dinero. Piénsatelo, pero no tardes demasiado, creo que no deberíamos esperar mucho más>

¡Y una mierda! ¿Desde cuándo le importa si necesito dinero o no? ¿Será hipócrita? O sea, que lo hace por mi bien, no porque sea ella quien necesita el dinero… Pues le voy a decir yo un par de cositas…».

<Hola, Sonia. Yo no necesito el dinero ahora, estoy estupendamente y la vida me va fenomenal, gracias. Por mi parte, no tengo ninguna prisa en vender nada de la herencia. Además, a papá todavía le gusta hacer cosas en el taller y no creo que le hiciera mucha gracia la idea. Gracias por pensar tanto en mí, pero creo que por el momento, mejor dejarlo estar >

«Cuando te interesa, bien que te das prisa en responder, hermana…».

—¡Pero si no te ha dado tiempo a procesar la idea! Tú piénsatelo bien, con calma, y ya me cuentas. Pero vamos, que papá tiene la casa grande para él solo y no necesita nada más. Y es una tontería tener aquello allí muerto de asco, cuando a las dos nos vendría bien el dinero. Scott y yo nos queremos comprar una casita nueva en la costa de California. Además, podríamos aprovechar que voy a ir a su boda para arreglar los papeles y liquidar lo que tenemos.

«¡Y una leche!».

Querida hermana: No tengo nada que pensar, no tengo ningún interés ni prisa en vender el taller de papá. Quizá cuando vengas podamos hablarlo los tres tranquilamente en persona y no con un

simple intercambio de mensajes de voz a través del WhatsApp. «¡Ja! ¡Que te den!».

—Señora, ¿ha pedido usted un taxi?

—Sí, sí. ¡Gracias! —Abre la portezuela y entra en el taxi—. Buenas noches. A la calle Taberneros, por favor.

«¿…cambio en tu horizonte? ¿Y a qué estás esperando? ¡Llama ahora al 900 33 33 33 y ábrele la puerta a tu futuro! ¡No te arrepentirás!».

Y ahí estaba, otra vez, el universo machacándome el cerebro con sus mensajes subliminales. ¡Que sí, que vale! ¡Ya lo he pillado!

*****

—Vaya… ¡Qué pronto has amanecido!

—Buenos días… Necesito un café bien cargado…

—O algo más fuerte todavía, porque vaya careto tienes… Un zombi a tu lado parece más vivo que tú.

—He dormido fatal…, me desperté por una pesadilla y luego me costó un montón dormirme otra vez, no podía dejar de darle vueltas a la cabeza…

—Eso suena a que bebiste demasiado…

—Qué va, solo un par de vinos, nada más… Pero si llegué a casa antes de las once…

—Pues entonces vaya fiesta más descafeinada… Al final, ¿qué pasó? ¿Pudiste conocer a los Durango?

—Ah, sí… Me los presentó Rodrigo y estuve hablando un rato con ellos. Los dos me parecieron muy agradables… La señora Durango se acordaba de mí, de cuando me entrevistó para las prácticas. Y claro, yo aproveché para tantearles muy sutilmente si buscaban gente para sus talleres… Y nada, tía. De hecho, han cerrado uno de los talleres y están despidiendo a gente.

—Garcilaso, no te metas en medio, ¡bájate de la mesa! Así. Joder, qué mal, ¿no?

—Y encima, a Rodrigo le sentó fatal que les preguntara y se cogió un rebote de lo más tonto…

—¡Ja! ¿Lo ves? ¡Te lo advertí o no te lo advertí? Te dije que no salieras con tu jefe.

—Técnicamente, no es mi jefe. Al menos, no mi jefe directo.

—No me cuentes milongas. No será tu jefe directo, pero es uno de los jefes del bufete, ¿o no?

—Sí, pero no se comporta como tal… Ya hemos salido un par de veces, y ha estado muy bien, de verdad. Yo creo que hay algo entre nosotros, pero ayer fue tan… tan…

—¿Capullo? Ay, Bea…

—No, capullo no…, o sí… La verdad es que por primera vez me trató como si fuera mi jefe y yo su empleada.

—Pues ya está, olvídalo. Se acabó. Finito. Borrón y cuenta nueva. Y menos mal que te has dado cuenta a tiempo.

—Supongo que sí… Bueno, cambiemos de tema. ¿Qué tal Copenhague? ¿Estuviste con Lars? ¡Cuéntame!

—Ay, sí. Y más bien, Bea… Me quedé en su piso a dormir toda la semana. Me tenía preparada la cena cuando llegaba, o salíamos a dar una vuelta e íbamos a un restaurante, y los dos días que tuve libres, estuvimos tan bien juntos… Es que es tan… mono, tan inteligente, tan divertido, tan sexi… No te pongas celoso, Garcilaso. Tú siempre serás mi príncipe…

—Vamos, que estás coladísima…

—Sí, y él también lo está… Me ha dicho que quiere que vivamos juntos…

—¡No me digas que te ha pedido que te cases con él!

—¡No, tía! Bueno, todavía no, vamos. Pero… me ha dicho que quiere venirse a vivir a España, conmigo. Dice que puede teletrabajar desde cualquier sitio, que no tiene que estar físicamente en una oficina. Y los dos estamos de acuerdo en que si hay que elegir entre España y Dinamarca, preferimos vivir en España, así que…

—Así que… ¿se va a venir aquí, contigo?

—Sí…

—O sea, que me estás diciendo que voy a tener que mudarme…

—¡Pero todavía no! ¡No va a ser tan inmediato!

Buf. Pero qué… mierda. ¿Eso era lo que estaba intentando decirme el universo con sus señales? ¿O es que alguien me había echado un mal de ojo? Primero la bronca con Rodrigo, ahora me quedo sin casa… ¿Qué vendrá después?

—¿Y cuándo será? ¿Lo habéis pensado ya? Me vendría bien saberlo, porque tendré que empezar a buscar piso y todo eso…

—Sí, pero tú no te agobies… Ahora vienen las Navidades y es mala época; además, él tiene que organizar muchas cosas en Copenhague antes de venir, y yo tampoco quiero que te vayas aprisa y corriendo.

—Ya, pero más o menos, ¿para cuándo?

—Hemos calculado que él no podrá mudarse aquí antes de dos meses, quizás un poco más…

Creo que es un plazo razonable para que vayas buscando algo, ¿no?… ¿Qué te parece?

—Sí, supongo que sí… Buf, me ha pillado un poco…

—Ya, joder…, lo siento de verdad, Bea… No estaba previsto, te lo juro. Ha surgido así, sin proponérnoslo.

—No tienes que justificar nada, Sara, estaría bueno. Me alegro un montón por ti, de verdad. Y las dos sabíamos que algún día tenía que ocurrir: que tú conocieras a alguien o que yo conociera a alguien. No nos íbamos quedar a vivir aquí juntas toda la vida… Y eso me recuerda… ¿Sabes que el vecino de arriba, Daniel, pensaba que éramos pareja?

—¿En serio? Joder… Y no será el único que lo piense… ¿Te imaginas?

—Uf, no sé…

—Hombre, Bea, tú no estás nada mal… Que sepas, que si algún día me cambiara de acera, sería por ti.

—Y yo por ti, Sarísima. Dame un abrazo fuerte, anda… Malditos vikingos…

Capítulo 7

Imagino que alguien, en algún lugar del universo, se estaría descojonando de mí en ese momento. ¿No querías cambios? Pues te voy a dar yo el primero en la frente: empieza por ponerte a buscar piso, guapa. Dos meses no era mucho tiempo para encontrar uno. Sobre todo porque lo que no iba a hacer era volver atrás y meterme en el primer cuchitril que encontrara, con gente desconocida. Quería un lugar parecido a lo que tenía ahora: es decir, una habitación decente y luminosa en una casa compartida con alguien de quien tuviera alguna referencia, para evitarme sorpresas desagradables. Bien situada, en el centro, a ser posible. Y lo más difícil: que me la pudiera permitir.

¿Entendéis por qué me iba a resultar complicado encontrar piso en dos meses?

Encima ya casi estábamos en Navidad, la época más difícil para ponerme a buscar. Cada vez me quedaba menos tiempo y, sin embargo, no encontraba el momento de empezar. Supongo que todavía no me hacía a la idea. Me resistía. Me daba muchísima pereza, y bajón, y mal rollo empezar a descifrar anuncios en las webs de alquileres. Y, además, Sara nunca sacaba el tema, no preguntaba, como si evitara a toda costa que me sintiera presionada.

—Creo que hoy voy a hacer una empanada para comer, me apetece.

—Pero si no tenemos masa, se te olvidó comprar la última vez.

—Pues la hago…, seguro que hay mil recetas en internet. Voy a mirar, ya verás…

—Yo tengo que salir a comprarme unas medias, si quieres me paso por el supermercado.

—No, me apetece hacer yo misma la masa… A ver esta receta, por ejemplo… Bea, por favor, apaga la tele… Qué horror. Todavía no han empezado las fiestas navideñas y ya estoy aburrida de villancicos, anuncios de perfumes y celebraciones de trabajo… No sé cómo te puede gustar.

—Cualquiera que te oyera pensaría que eres la versión castiza del señor Scrooge… Yo tampoco soy muy fan de los excesos de la Navidad, pero me encanta pensar en los regalos, ver las lucecitas en la calle, el ambiente…

—Ya, ya, ya… Bueno, al final, ¿qué piensas hacer? ¿Te vas a pasar las Navidades con tu padre o te quedas aquí? Si decides quedarte, puedes venir a cenar con mi familia, ya lo sabes.

—No sé aún qué hacer… Debería ir a casa, pero es que no soporto a esa mujer…

—No entiendo por qué le tienes tanta manía si apenas la conoces… A lo mejor es un pedazo de pan y quiere a tu padre de verdad. Ten en cuenta que la soledad en las personas mayores reduce su esperanza de vida.

—¿Eso quién lo dice?

—Lo leí en algún sitio que no recuerdo, pero es de cajón, ¿no? Si están solos se cuidan menos, comen peor, les bajan las defensas y entonces les afectan más enfermedades y empiezan a caer por una pendiente muy muy triste…

—A mi padre no le pasa eso. En el pueblo tenemos familia y amigos, entra, sale…, tiene su taller, su huerto, sus gallinas…

—No he dicho que le pase. He dicho que es bueno que haya encontrado a alguien con quien estar. ¿Cuántos años tiene? ¿Sesenta? ¿Sesenta y cinco?

—Sesenta y siete.

—Pues ya ves. ¿Y la señora que no quieres ver ni en pintura?

—No lo sé…, debe tener unos sesenta, más o menos. Solo he coincidido con ella una vez. Pero fue suficiente para ver cómo manejaba a mi padre. Que si necesita un coche nuevo, que si debería ir con ella al club social y apuntarse a un taller de música…

—Pues no suena tan mal…

—¡Ay, Sara!, de verdad…

—Bueno, déjalo. No vamos a discutir por eso… Uy, ¡pero si no nos queda sal!

—Ah, es verdad. Me di cuenta ayer. Me lo apunto para comprarla cuando salga.

—Pero la necesito ahora para hacer la masa. ¿Te importaría pedirle un poco a Isidro, porfa? Yo no puedo salir con estas pintas y tú ya estás vestida…

—Voy…

—Pues Isidro no está, para variar… Mmm, a ver si hay suerte con Daniel…

—Hola, Daniel… Vaya, ¿te he sacado de la cama? No me digas que estabas durmiendo… ¡Ya lo siento!

—No, no, tranquila. Estaba despierto.

—Solo quería saber si podrías prestarnos un poco de sal.

—¿Sal? Claro… Espera, te la saco…

—Basta con dos o tres pellizcos…

—Ah, que tienes a tu perro en casa…

—Sí… ¡Urco, atrás! ¡Vamos, atrás!

—¡Urco! ¡Ven aquí! ¡Aquí, conmigo!

—Ha venido mi ex a traérmelo…

—Cari, ¿dónde tienes las toallas? ¡Me voy a duchar!

—Eh, perdona…¡En el armario del pasillo!

¿Su ex? De pronto até cabos… Por eso Daniel había tardado tanto en abrir la puerta, y por eso traía la camiseta puesta del revés y un pantalón de chándal viejuno que debía de haberse puesto aprisa y corriendo… Yo diría que aquello tenía un tufillo más que sospechoso a polvo de reconciliación…

—Voy a por la sal, enseguida vuelvo.

—Shhh, ¡atrás, atrás! ¡A callar! ¡Que te calles, chucho! Estooo, Daniel…, ¿este perro muerde?

—¡Urco! ¡Fuera de aquí, vamos! ¡Fuera! Toma… Si necesitas más, me dices.

—No, así está bien, gracias. ¡Buen finde!

—Igualmente… ¡Ah! Por cierto, Beatriz…, te quería comentar algo…

—Dime…

—A ver, no es nada seguro… De hecho, no quería decírtelo hasta confirmarlo, para que luego no te llevaras un chasco…

—Tranquilo, de eso ya estoy vacunada… ¿Qué es? Ahora no te puedes callar, me lo tienes que contar…

—Pero cógelo con pinzas, ¿eh? La cosa es que hablé con la directora de programas de la productora en la que trabajo, le enseñé tus vídeos y puede que te llame para charlar contigo.

—¡Joder! ¿Una entrevista? ¿Para algo de la tele?

—Pero no es seguro, no quiero que te hagas demasiadas ilusiones, porque en esto de la televisión las cosas pueden estar dando vueltas por los despachos durante años, semanas o minutos, nunca se sabe. Solo te lo digo para que estés al tanto. Por si acaso.

—¡Muchísimas gracias! Y si me llama esa mujer, la directora, ¿qué hago? ¿Tengo que preparar algo?

—No, solo querrá conocerte en persona, hablar contigo… A lo mejor te graba una prueba de cámara y poco más…, lo normal, tú no te preocupes. Es solo un primer contacto.

¿Una prueba de cámara? ¿Lo normal? Pero vamos a ver: ¿en qué planeta vivía ese hombre?

*****

Unos días más tarde, el mismo día en que el país entero desayunaba con el oído puesto en la

cantinela de los niños de San Ildefonso entonando los números de la lotería, el bufete entero se preparaba para celebrar la fiesta de Navidad. La cita era a las siete de la tarde, en la sala de juntas, la más grande de todas, donde había un abeto navideño de lo más pomposo que alguien se había ocupado de adornar con esmero.

La tradición mandaba que don Guzmán inaugurara el acto con su soporífero discurso anual dirigido a la plantilla. Después se paseaba con una copa de cava entre los corrillos de empleados y brindaba con nosotros hasta que decidía que ya había cumplido lo suficiente. Y era en ese momento cuando empezaba la fiesta de verdad, lo cual bien se merecía una copa. Mientras esperaba a que me sirvieran mi segundo *gin-tonic* de la noche, eché un vistazo rápido por la sala… Y allí estaba. En el lado opuesto, Rodrigo, de cháchara con un grupo de colegas. En la última semana apenas nos habíamos cruzado por los pasillos de la oficina y las pocas veces que coincidimos, me saludó con un gesto distante, como si nunca hubiera habido nada entre nosotros. «Creo que a partir de ahora es mejor que nos ciñamos a lo estrictamente profesional», me respondió con un wasap cuando le pedí explicaciones. Así que eso era todo.

—Ah, Beatriz, a ti te estaba buscando.

—Si me vas a preguntar lo mismo que me has preguntado esta mañana, la respuesta es no.

—Mujer…, ya queda menos de una hora para la rifa. Hazlo como prueba de compañerismo, no seas así… Con que nos digas cuál va a ser el premio gordo, nos vale. Es lo único que te pedimos, el premio gordo. Para una vez que tenemos a una de nosotras en la comisión, de algo nos tendrá que servir.

—Os he dicho cientos de veces que nos han prohibido hablar. Tiene que ser una sorpresa. ¿Habéis comprado ya los boletos?

—Ese es el quid de la cuestión. Si me dices que el premio gordo es un crucero por las islas griegas, compro veinte boletos inmediatamente, sin pensármelo dos veces. Pero si es una paletilla de recebo como otros años…, pues con un par de boletos va que chuta.

—Pues ni una cosa ni la otra, pero yo de ti compraría más de uno… Y hasta ahí puedo leer.

—Uy, ¿has visto? Mira quién está ahí, codeándose tan sonriente con nuestro Thor…

Mis ojos atravesaron de manera fulminante la sala y se clavaron en Estela, nuestra jefa, que acababa de unirse al grupo de los directores.

—Cómo no, no podía faltar ella…

—Míralos, ¿de qué estarán hablando? No soy experta en comunicación no verbal, pero cualquiera diría que están conspirando… ¿Crees que ya sabrán los nombres de los que ascienden a socios?

—No, imposible. Les quitaría toda la emoción a los anuncios de mañana… Además, sería una faena que les chafaran la fiesta a los que no lo han conseguido.

—Y al contrario; los que ya lo saben, estarían ahora como unas castañuelas… Mírala, no me extrañaría nada que Estela lo hubiera averiguado a través de sus propios cauces.

—¿Tú crees? Si lo sabe, no me extrañaría nada que haya ido a lanzar algún dardo a sus colegas.

—Mira qué miraditas le echa a nuestro Thor… ¡y eso que le tenía manía!

—Bah. No creo que sea su tipo.

—Pues qué quieres que te diga…, a mí me parecen tal para cual. No sería tan raro que terminaran por liarse, y si no, al tiempo.

—¿Rodrigo y Estela? Ya lo dudo…

—Uy, disimula, disimula, que viene hacia aquí.

—Hola… Os habéis colocado en el mejor sitio, ¿no?

—Somos profesionales, como debe ser.

—Justo estaba pensando que no os he visto durante el discurso del presidente…

—Pues estábamos, ¿verdad, Vera? En esa esquina de ahí, cerca de los canapés. Muy atentas a todo lo que decía sobre cómo hemos soslayado las dificultades de este año y cuáles son los retos que vienen.

—Atentísimas.

—Vera, ¿te importa dejarnos un minuto? Me gustaría comentar con Beatriz un tema.

—Ah, claro. Voy a comprar más boletos para la rifa.

—Pues tú dirás.

—Ha llegado a mis oídos una información bastante… curiosa. Y tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? No sé qué puede ser.

—Al parecer, hace unos días, te presentante ante uno de los clientes del bufete, el señor Ignacio Durango, para solicitarle trabajo en su empresa.

—No, no. Eso no fue exactamente así.

—Pues yo diría que sí. Lo sé de primera mano, te lo puedo asegurar.

—¿Quién te lo ha contado? Porque me extraña mucho que…

—A ver, Beatriz. No intentes desviarte del tema ni buscar culpables alrededor. Eres tú la que ha metido la pata hasta el fondo, lo cual ya es grave. Pero, además, es que te has pasado el último

mes distraída con asuntos ajenos a tu trabajo en el departamento y…

—Perdona, creo que no he dejado de cumplir ninguno de mis objetivos, alguno lo he alcanzado incluso con creces. Y respecto a esos asuntos que dices, puede que fueran ajenos al departamento, pero no eran en absoluto ajenos al bufete. Y si no, pregúntaselo a Rodrigo Velasco y te lo dirá.

—Por eso o por lo que sea, da igual. La realidad es que ha bajado bastante tu rendimiento, Beatriz. Y no solo eso, sino que, como comprenderás, no te puedo recomendar para promoción ni confiar en una persona que está buscando trabajo fuera del bufete y de una forma tan poco… elegante, por decirlo suave.

—¿Me estás despidiendo?

—No, claro que no. No te voy a dar el gusto. Solo te estoy informando de que he desaconsejado tu petición de promoción. No creo que sea el momento para que te premiemos con un ascenso, ¿no te parece?

Jo-der. Se dio media vuelta y se largó, dejándome ahí plantada. Empecé a temblar y noté una bola estrujándome la garganta. No quería llorar, no allí. ¡Maldita Estela! ¡Qué asco de tía! ¡Qué asco de sitio!

—¿Estás bien, Beatriz? ¿Qué ha pasado?

—Sí, sí. Estoy bien. ¿Me acercas una servilleta, por favor?

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Que soy una boba y parece que nunca aprendo… Bueno… Ya estoy bien. Mírame, ¿se me ha corrido el rímel? ¿Parezco un panda?

—No, sigues estando estupenda.

—Vale, pues espérame aquí, no te vayas. Voy a hablar con alguien.

Busqué de nuevo a Rodrigo con la vista. Lo vi hablando con un par de compañeros de departamento y me dirigí directa hacia él a través de la sala.

—¿Podemos hablar un momento, Rodrigo? Será solo un minuto.

—Eh, sí, claro. Perdonadme un segundo…, enseguida vuelvo.

—¿Has sido tú el que le ha contado a Estela lo que ocurrió en la casa de los Durango?

—¿Qué? No.

—¿Estás seguro? Porque creo que los Durango tienen cosas mejores que hacer que ir por ahí contando que alguien de quien no recordarán ni su nombre les preguntó por el trabajo en sus talleres… Y que yo recuerde, los únicos que estábamos allí éramos ellos, tú y yo. No había nadie

más.

—De acuerdo, mira… Yo solo hice un comentario intrascendente entre colegas de confianza, no hagas una montaña de un grano de arena. Fue solo una anécdota graciosa… Además, allí no estaba Estela.

—¿Graciosa? Pues recuerdo que en casa de los Durango no te pareció tan graciosa, más bien, todo lo contrario. Así que no entiendo por qué tenías que contarlo ni cuál era la gracia porque…

—Me parece que deberíamos dejar aquí esta conversación, Beatriz. No tengo por qué darte explicaciones de mis conversaciones privadas.

—… porque después de echar unas risas, alguno de tus colegas quiso que Estela también se riera un poco con las ideas de una de sus empleadas y se lo contó. Y como ella es así, y tiene que saberlo todo, te preguntó directamente a ti.

—Yo no sabía que vendría a preguntarme.

—Seguro que sí. ¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda, Rodrigo!

Me di media vuelta y me alejé de él tan rápido como pude. Crucé la sala justo en el momento en que iba a dar comienzo la rifa y mis compañeros se arremolinaban cerca del improvisado escenario. Habíamos colocado una mesa vestida con un gran mantel rojo sobre la que descansaba una caja transparente llena de bolitas en su interior.

—Damas, caballeros y letrados…, ¡va a comenzar la rifa navideña! Este año tenemos unos premios muy muy jugosos porque habéis sido todos… pasablemente buenos. ¿Tenéis ya vuestros boletos? Porque a partir de ahora, ya no se venden más, y sé que habrá muchos a los que les gustaría ganar nuestro premio gordo: tres noches de estancia en media pensión en el mejor parador nacional de España.

—¡No fastidies! ¿Será posible? Tendría que haber comprado diez boletos más…

—Toma, aquí tienes mis cinco boletos. Son todo tuyos. Yo me marcho, se me han quitado las ganas de fiesta.

Salí del edificio y deambulé sin rumbo fijo durante un buen rato, pensando cómo sería mi vida en los próximos meses. ¿Queréis saberlo? Yo os lo digo: un infierno. Al día siguiente, tendría que atravesar otra vez la puerta del bufete con buena cara, entrar en el despacho, ocupar el asiento delante del escritorio y continuar con mi trabajo como si no hubiera pasado nada de nada. Y así, día tras día. [Beatriz suspira hondo] No sabía si podría soportarlo. Ojalá tuviera los santos ovarios de decirle a Estela que adiós muy buenas, que ahí se quedaban, que se las apañara sola, con sus maquinaciones y su incompetencia. Pero claro, eso sería una locura.

Al menos, tenía por delante la semana de vacaciones que me había cogido a partir del 24 para evadirme de allí y lamerme las heridas. Y eso me recordaba que…

—¿Sí?

—Hola, papá, soy Beatriz.

—¡Ah, hija! ¿Cómo estás? ¿Todavía en el trabajo?

—No, no. Ya he salido. Te llamo para decirte que iré a pasar las Navidades a casa, contigo.

—Ah, muy bien, perfecto. ¿Cuándo vienes? Ya sabes que yo te recojo de la estación… ¿Tienes ya el billete?

—No, ahora mismo lo voy a comprar. Te mandaré un mensaje con el día y la hora de llegada.

—Muy bien. ¡Verás qué bien vamos a estar! ¡Tengo muchas ganas de verte, hija!

—Yo también, papá. Te quiero.

*****

—¡Hola, Beatriz! ¡Qué bien que hayas venido!

—Vengo a despedirme, me voy a pasar las Navidades al pueblo, a mi casa.

—Ah, ¡eso está muy bien! Así debe ser. La Navidad es para estar con la familia y los que te quieren…

—Sí, siempre que no terminemos a polvoronazo limpio…

—¡Eso no, qué cosas dices! ¿Pues sabes qué? Ha venido mi sobrino Beltrán con su familia y me van a recoger para pasar las Navidades con ellos. ¿Qué te parece?

—¡Me parece estupendo, Amalia! Me alegro muchísimo por usted. Me preocupaba que se quedara sola en Navidad, aunque estuviera Isidro pendiente, la verdad.

—Ah, Isidro y yo ya hemos cenado alguna Nochebuena juntos…, es una excelente persona. Y eso me recuerda… Ay, se me ha olvidado lo que te quería decir.

—¿De Isidro?

—Sí, sí… Ay, qué tonta… Creo que era algo importante… Qué era, qué era…

—Bueno, tranquila, ya se acordará. Y si no, es que no sería tan importante. ¿Ya está en la ciudad su sobrino?

—Sí, ha llegado esta mañana, en avión. No sabía yo que se tardaba tan poco desde Bruselas…, no llega a tres horas.

—Un poco más que a París, me imagino…

—Debe de ser. Me ha llamado por teléfono a mediodía y hemos hablado un ratito. Ha estado muy cariñoso, la verdad. Me ha dicho que tiene muchas ganas de verme… Quería que me fuera

con ellos esta misma tarde, pero le he dicho que no porque yo no puedo marcharme de mi casa así como así, tengo que preparar cosas, arreglarme… No, no… Aunque sea solo por unos días, necesito mi tiempo.

—Claro que sí. ¿Él tiene casa aquí?

—Síií, clarooo… Una casa muy hermosa, con un jardincillo, por la zona del viejo aeródromo… Era la casa de su madre, mi prima Tita, que se la dejó a él porque era hijo único, claro está. ¡Anda que no pasé tardes allí con ella cuando éramos casi unas niñas, cosiendo nuestros vestidos! Me acuerdo como si fuera ayer.

—Pues entonces le traerá muy buenos recuerdos. Me alegro mucho, va a estar fenomenal allí, Amalia.

—La casa de Tita, hay que ver… Me ha dicho Beltrán que la han arreglado y que ha quedado muy bien… Tiene que haberle metido mucho dinero, porque la última vez que estuve por ahí con mi marido era casi una ruina, daba pena verla.

—¿Y cuándo viene a recogerla?

—¿Mañana es 24? Pues mañana por la mañana me ha dicho…

—Yo me voy ahora en un ratito a la estación. El tren sale a las ocho. Volveré a primeros de año. ¡Que pase unas felices fiestas, Amalia! ¡Cuídese! Nos veremos a la vuelta.

—¡Si Dios quiere…! Que tengas tú también unas felices Navidades, hija.

Ya era noche cerrada cuando el tren salió de la estación. Atrás dejé las calles de la ciudad iluminada con miles de lucecitas de colores. En lo alto de uno de los edificios, un rótulo con luces de neón parpadeaba preguntándome: «¿A qué esperas para decidirte?».

Capítulo 8

No era consciente de lo mucho que echaba de menos ese paisaje agreste, el pueblo coronando la loma y el hogar donde crecí, hasta que me apeé en el andén de Roblerrojo. Entre unas cosas y otras, hacía casi dos años que no respiraba ese aire afilado del invierno que te cortaba el aliento a poco que te descuidaras, ni recorría las calles empedradas y vacías. Pero daba igual, porque allí poco o nada cambiaba, excepto los comercios que cerraban. Mi padre me recogió de la estación en su vieja furgoneta, la de la carpintería, y atravesamos el pueblo en dirección a nuestra casa, detrás de la iglesia.

—No me digas que Juan ha cerrado su estanco…

—Uy, ¡pero hace mucho!… Ya nadie fuma, y los que fumaban o son demasiado viejos y el médico se lo tiene prohibido o están muertos.

—Pues vaya. Menos mal que tú nunca has fumado.

—Ea, eso que me he ahorrado. Lo que sí han abierto es una tienda de móviles y aparatos de esos. Los venden, los arreglan, te enseñan a manejarlo… Está muy bien.

—Al menos es algo útil.

—Verás qué calentita está la casa. Tengo la chimenea encendida todo el día y Maruja ha dejado hecho un guiso de carne que le sale riquísimo… No pongas esa cara, mujer, que no está. Hoy no podía quedarse a cenar, y yo casi lo prefiero, porque así cenamos tú y yo solos, como antes, y me cuentas qué es de tu vida…

—Buf… No sé qué decirte. Para lo que hay…

—¿Y eso? Luego me cuentas con detalle, que ya hemos llegado.

—¡Pero si hasta has puesto lucecitas en las ventanas!

—Eso ha sido idea de Maruja, que le gustan esas cosas. Y el nacimiento, también. Entra, que yo te cojo la maleta.

Hummm…, reconocía ese olor, el olor a guiso y al postre de manzana que reposaba sobre la mesa tocinera de la cocina. Un detalle de bienvenida de Maruja, seguro. Debo reconocer que se esforzaba mucho por congraciarse conmigo.

Tuvimos una cena reconfortante, como hacía tiempo que no recordaba. No le conté demasiado de mis movidas en la ciudad, ¿para qué? ¿Para que se preocupara? Nah. No merecía la pena. Además, a medida que transcurrían los días y me acostumbraba a la tranquilidad de la vida en el pueblo, se me fueron olvidando todas esas preocupaciones de las que había querido huir.

*****

—Beatriz, mira a ver si queda suficiente leña o tengo que traer algunos troncos más, que tu tía es muy friolera.

—Hay de sobra. Y ya he cortado el pan, he rellenado la bandeja de los turrones y está la mesa preparada. ¿Falta algo más por hacer antes de que llegue la tía con los primos? ¿Les dijiste hora, papá?

—No hace falta, ya vendrán. Aparecerán justo en medio del mensaje del rey, como todas las Nochebuenas. Yo creo que tus primos lo hacen aposta, para fastidiar, por eso de que son republicanos… Maruja, ¿tú sabes dónde puede estar el vino que compré en Huesca, el Somontano…?

—Pues imagino que ahí debe de estar, en el botellero… Mira otra vez. Si te parece bien, he traído un centro de mesa que he hecho yo misma, para colocarlo en medio.

—Ah, ya he puesto dos candelabros con velas, es lo que solíamos poner siempre…

—Ah, claro. Las velas son más apropiadas…

—Pero también puedo colocar el centro. ¿Dónde lo tienes?

—Ahí, en esa bolsa, junto a la chimenea.

—Mira, ¡ya ha respondido tu hermana! Dice que a las once en punto de la noche les viene bien conectarse a la videollamada. Así podrá vernos a todos aquí reunidos…

—Pues muy bien…

—¿Seguís sin hablar? Me dijo que te iba a llamar…

—Sí, a Sonia se le da muy bien decirte lo que quieres oír.

—Ya estamos. Si empezamos así, está claro que nunca vais a solucionar nada. Os digo lo mismo a las dos: da igual quién llame a quién, pero alguna tendría que dar el primer paso.

—¿Me llamó en mi cumpleaños? No. ¿Me llamó cuando me rompí el dedo, a principios de este año? Tampoco. Solo me manda mensajes cuando necesita algo de mí, nada más. Así que, si no tenemos nada de qué hablar, ¿por qué tengo que llamarla yo?

—Porque os conozco bien a las dos y sé que si alguna puede romper el hielo, eres tú.

—Pues no. Esta vez, no. Ya estoy harta…

—Pero, hija…, no podéis seguir así hasta el día del juicio final. ¿Y qué va a pasar cuando vengáis a la boda? Inténtalo, mujer. Hazlo por mí.

—Tomás, déjalo… No puedes pedirle a Beatriz que cargue ella con toda la responsabilidad. Y tampoco es el momento… Tengamos la cena en paz.

Papá y yo nos volvimos a la vez hacia Maruja. Ambos intercambiamos una mirada fugaz. Esa frase era tan propia de mamá… Los dos habíamos pensado en ella a la vez.

Ya no quedaban muchas cosas suyas en la casa, papá las había ido quitando: no había fotos de ella a la vista y me fijé en que había cambiado algunos muebles y objetos de sitio. Pero imagino que, a veces, era inevitable que emergiera su recuerdo. Esa noche celebramos una Nochebuena casi como las de antes, con alegría, con discusiones, con la escandalera que montábamos cuando nos juntábamos con mi tía y mis primos.

A las once mi padre colocó su *tablet* sobre la mesa y llamó a mi hermana, que apareció en pantalla con su marido. Estaba distinta, más rellenita, más madura. La saludé, me saludó. Hicimos el paripé de las preguntas de rigor y poco más. Suficiente para que mi padre se quedara tranquilo y para que, como bien dijo Maruja (y sin que sirva de precedente), celebráramos la Navidad en paz.

Lo cierto es que Maruja no era mala mujer. Y se esforzaba mucho por agradarme, pero yo seguía resistiéndome a la idea de verla metida en nuestra casa, con mi padre, ocupando el lugar de mamá. Algo debió de notar ella, porque durante los días que estuve en casa, venía solo un rato y luego se marchaba a su casa, que estaba en el pueblo de al lado. Y ni uno solo de los días se quedó aquí a dormir con mi padre.

*****

—Sí, ¿dígame?

—¿Eres Beatriz Barea?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Araceli Montes, directora de programas de Producciones Marabunta. Me ha dado tu teléfono Daniel Durán, supongo que te lo habrá comentado.

—¡Ah, sí, sí! Me lo dijo…

—Espero pillarte en buen momento… Quería comentarte que Daniel me enseñó tus videos y que me gusta mucho lo que haces y cómo lo haces.

—Muchas gracias, aunque mis recursos son bastante limitados…

—Sí, pero veo un gran potencial. ¿Tú podrías venir a mi oficina un día de… digamos la semana que viene, y hablamos?

—La semana del 8, después de Reyes, ¿verdad?

—Sí. El 10 de enero, a eso de las cinco, a mí me vendría bien. ¿Cómo lo ves?

—El 10 de enero a las cinco, estupendo. Allí estaré.

—Imagino que tienes la dirección, ¿verdad? Al llegar al mostrador de recepción, pregunta por

mí.

Cerré la maleta abierta sobre mi cama y bajé al salón, donde encontré a mi padre delante del televisor, viendo uno de esos programas de sobremesa tan propicios a las cabezaditas.

—Dentro de una hora tendríamos que salir hacia la estación, papá.

—Cuando tú me digas. Pero mira que irte así, tan pronto… Ya te podrías quedar hasta después de Reyes.

—¡Pero si llevo aquí más de una semana! Y el viernes tengo que volver al trabajo.

—Pero si hoy es martes…, podrías quedarte hasta el jueves. Ya sabes lo que dicen: los martes, ni te cases ni te embarques, y eso también incluye a los trenes.

—Tranquilo, papá. Para mí, todos los días son martes, porque casarme, no me caso, y lo que es viajar… ya no sé ni qué significa. Hace tiempo que no cojo aviones ni barcos ni nada que no circule por tierra firme. Pero no por falta de ganas.

—Lo que quería decir es que…Tú ya me entiendes.

—Claro que sí… Yo también te echaré de menos. Y espero que vengas pronto a la ciudad a verme.

*****

El primero en conocer la noticia fue Isidro. Unos días después de Reyes le llamó un abogado que dijo representar al sobrino de doña Amalia y se lo soltó así, de sopetón: la anciana señora Amalia Garcés había fallecido hacía tres días en el Hospital de la Cruz. Cualquier comunicación relativa a la comunidad o al inmueble de doña Amalia deberían hacérsela llegar a su despacho, del que le proporcionó nombre y teléfono. Y eso fue todo.

—Y me lo dice como si fuera un mero trámite, sin ninguna consideración ni respeto. ¿Qué te parece? Le pregunté que si sabía cómo había ocurrido, que dónde la habían enterrado, si habían fijado una fecha para el funeral, y nada. Me dijo que él no sabía nada, que solo seguía las instrucciones que le había dado el señor Beltrán Tabares.

—¿Y no hay forma de contactar con alguien que nos pueda decir algo? Es que no me lo puedo creer, que Amalia haya muerto así, de repente. Pero si la vi hace poco, no hace ni dos semanas, justo el día que me marchaba al pueblo y ¡estaba perfectamente! La noté muy contenta e ilusionada porque iba a pasar las Navidades con su sobrino… Y de pronto… No lo entiendo.

—Así es la vida. Nunca se sabe…

—¿Y no ha venido nadie de la familia a su piso? Si vinieran, podríamos preguntarles…

—No sé yo… Ten en cuenta que su sobrino vive fuera y tendrá prisa por regresar a Bélgica o Luxemburgo o donde sea. Y supongo que para su familia solo somos los vecinos del edificio,

nada más. Estas cosas son así, Beatriz. Lo querrán solucionar de la manera más rápida y efectiva posible.

—Me parece tan increíble… Pero al menos habrán puesto una esquela en algún sitio, ¿no? Tendrán que avisar a sus amistades, a la Unión de Actores y Actrices y sus compañeros de profesión, a la gente que la conoció y la quería, que fue mucha.

—Imagino que sí… Eso no lo había pensado… Miraré estos días el periódico cuando vaya a tomar café fuera, a ver si veo algo. Le dije al abogado que tengo en mi poder un juego de llaves de la casa de Amalia y alguien debería venir a buscarlas. Le di mi teléfono para que se pusieran en contacto conmigo antes de aparecer por aquí, pero aún no ha llamado nadie.

—Pues si viene alguien, avísame, a ver si podemos enterarnos de algo más.

—Sí, ya te diré. Al menos, sabemos que tuvo una vida larga y bien aprovechada. Era una mujer admirable, con una actitud que ya querrían unos cuantos… Y te apreciaba mucho, Beatriz.

—Y yo a ella. Era tan entrañable… y muy generosa en todo. ¡Ay! Aún tengo el marco que me dejó para que se lo arreglara… ¿Qué hago ahora con él?

—¿Tiene mucho valor?

—El retrato, ninguno. Pero el marco tenía mucho valor sentimental para ella.

—Pues entonces, quédatelo. Seguro que le hubiera gustado que te quedaras con algún recuerdo suyo. Precisamente un par de días antes de marcharse, recuerdo que bajé un rato a su casa y estuvimos hablando de ti. Me preguntó si todavía conservaba el almacén con el que me quedé después de vender mi taller de guitarras… Le dije que sí, y cuando le pregunté que por qué quería saberlo, me respondió que se le había ocurrido que a ti te vendría bien, que hablara contigo.

—Ah…, entonces era eso… El día que me despedí de ella me dijo que tenía que contarme algo sobre ti, pero no consiguió acordarse de qué era… Imagino que sería esto. ¡Qué pena!

—Pero ¿a qué se refería? ¿Tú lo sabes?

—Sí, pero no era nada. Una tontería. Es curioso, porque del pasado lo recordaba todo al detalle, pero la memoria del presente le fallaba cada vez más… Es raro que se acordara de aquello.

—La memoria del corazón es muy poderosa…

—Sí, puede que sea eso, no lo sé… Le conté que algún día me gustaría tener mi taller de restauración en un local bonito donde trabajar… Y debió de encenderse algo en su cabeza que le hizo acordarse de tu almacén.

—Bueno, lo que se dice bonito bonito, no creo que sea, pero cuando yo empecé a fabricar guitarras en los setenta, ese almacén fue mi primer taller. No es muy grande, tiene unos cuarenta metros cuadrados, está lleno de trastos y da al patio interior de un edificio. Eso es lo malo, que

no tiene salida a la calle. Solo al patio interior. Por eso sigue ahí, muerto de risa. Si alguna vez lo necesitas para algo, dímelo y vemos qué se puede hacer.

—Ah, vale… Bueno es saberlo. Muchas gracias, Isidro. Eres un solete… Dudo que pueda meterme en ese berenjenal algún día, pero lo tendré en cuenta.

La noticia de la muerte de Amalia coincidió con mi entrevista en la productora de televisión. Ese día entré muy pronto a la oficina, hice mi trabajo diligente, sin moverme de mi silla y sin apartar la vista del ordenador, y a eso de las cuatro y media, recogí el bolso y me marché camino a mi cita con Araceli Montes.

Araceli era una mujer menuda, regordeta, de gestos enérgicos. Me condujo a un despacho y allí estuvimos hablando un buen rato sobre mí, sobre lo que hacían en la productora, sobre el concepto del programa y las ideas que se nos ocurrían sobre la marcha. Luego, me guio hasta un plató, me colocó detrás de una mesa, y me dijo que me presentara primero y luego explicara en qué consistían mis vídeos. Y así lo hice. No es por presumir, pero en mi humilde opinión, creo que me salió bastante bien. Araceli me contó eso de que en la televisión las cosas llevan su tiempo, que me llamaría si tenía alguna noticia, pero que no me estresara esperando.

Y nada más. Eso fue todo… hasta quince días después.

*****

—Sí, ¿hola?

—Hola, Beatriz, soy Araceli, de la productora.

—Araceli, ¿qué tal?

—Muy bien, tengo buenísimas noticias. Presenté el proyecto de tu programa de restauración y reciclaje de muebles antiguos al Departamento de Programación y les ha entusiasmado. Quieren empezar a grabar enseguida, y enseguida quiere decir ya, antes de que acabe el mes. De entrada, trece episodios de media hora cada uno. Luego, en función de la respuesta del público, ya se verá. ¿Qué te parece? ¿Estás lista?

Ay, Dios, ¡que había sucedido! ¡Que iba a tener un programa en la tele!

—¿Beatriz? ¿Me oyes?

—¡Sí, sí, sí! Te he oído, Araceli. Me he quedado sin palabras de la emoción…

—No me extraña… Entonces ¿te interesa?

—Totalmente. Estoy deseándolo.

—Me encanta oírte decir eso. Mañana mismo me pongo a armar equipo y demás, y en cuanto tenga la documentación de tu contrato, te lo mando por *email* para que lo revises y lo firmes, si es que está todo OK. Pero vamos, cuenta con que de aquí a dos semanas, tendremos que

ponernos a trabajar contigo.

—Perfecto. Creo que yo voy a empezar a celebrarlo desde ya mismo…

—Y harás muy bien. ¡Enhorabuena!

No hace falta que os cuente con qué cara entré en el despacho de Estela al día siguiente para despedirme con efecto inmediato. Os lo podéis imaginar fácilmente, y la verdad es que no tengo el más mínimo interés en darle a mi *querida* jefa tanta cancha en esta historia. Ni hablar. Baste decir que se comportó de una manera nada nada nada elegante. Salió de su despacho tras de mí hecha una furia, vigilando que no me llevara ni un lápiz de mi escritorio que no fuese mío, y se encaró con mis compañeras que observaban la escena alucinadas. A la mañana siguiente, cuando quedé a tomarme un café con Vera, me dijo que iba diciendo por ahí que con mi marcha se había quitado de encima un miembro indeseable de su equipo.

—Ahora, eso sí, guapa: ha repartido entre nosotras todos tus expedientes y adivina a quién le caen ahora tus marrones…

—¿A Greta?

—A Greta, ¡ja!, ya le gustaría a ella… No es mala chica, pero la pobre está todavía muy verde… Pero, oye, que sepas que se ha hecho cargo de tu ficus y limpia las hojitas todos los días. Si no hubiera sido por ella, probablemente Estela lo habría cortado a hachazos y lo habría tirado por la ventana…

—Ya me imagino. Pensé en llevármelo el día en que me despedí, pero Estela no me habría dejado por nada del mundo, eso seguro. Mientras alguien se ocupe de él, estará bien. Dile a Greta que lo riegue solo una vez a la semana, y que le eche un poco del abono que está dentro del armario del material, un taponcito cada dos meses.

—Descuida, se lo diré. ¡Uy, qué tarde es! Tengo que irme. Ven aquí y dame un abrazo grande, anda. Por muchos marrones tuyos que me caigan, que sepas que me alegro mucho por ti, porque eres una curranta y te lo mereces, niña.

—Ains… ¡Gracias, Vera! Ya os avisaré cuando sepa la fecha de emisión de los programas.

—Eso. Anda que no vamos a presumir de amiga… Yo vuelvo otra vez a la oficina, qué se le va a hacer. Pero, oye, si alguna vez necesitas una contable, acuérdate de mí, ¿eh?

Vera y yo nos despedimos en la puerta de la cafetería. Ella cruzó la calle en dirección al bufete de Guzmán Buitrago y asociados en el que retomaría su trabajo como cada día. Yo me di media vuelta y emprendí el regreso a casa. Por el camino me fui haciendo una lista mental de las cosas que tenía que organizar antes de empezar las grabaciones y eran un montón. Pero lo más importante de todo era hacerle una visita a la persona a la que le debía, en gran parte, lo que me había pasado.

—¡Hola, Daniel!

—¡Beatriz, hola!

—Siento presentarme así, sin avisar. ¿Te pillo en buen momento? Supongo que ya conocerás el notición, pero quería contártelo en persona…

—Algo he oído por ahí, sí… ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! Y de paso, también quería darte un regalito, por ser mi hado madrino. Es que padrino me suena un poco raro, qué quieres que te diga…

—Anda, pasa.

—¿Seguro? ¿Estás solo?

—Pues claro, ¿por qué lo dices?

—Por nada, por nada. Toma, ábrelo. Creo que te gustará.

—Joder…, pero… te has pasado, ¿no? ¿De dónde has sacado esta cámara de fotos tan antigua? Está guapísima…

—Bueno, ya sabes… Tengo mis contactos. Estaba un poco mugrienta, pero la he limpiado, le he puesto una pieza que le faltaba y ha quedado como nueva. Aunque dudo que haga fotos.

—Esto es demasiado, Beatriz, en serio. No tenías que regalarme nada, yo no he hecho nada.

—¿Cómo que no? Si no le hubieras enseñado mis vídeos a Araceli, nada de esto habría pasado. Y espero que no seas vegetariano porque también he traído una bandejita de jamón ibérico que me ha costado un riñón…

—Eres la caña… Ahora mismo lo voy a abrir y nos lo comemos juntos. ¿Una cervecita?

—Venga.

—Oye, ¿y se sabe algo nuevo del robo de tus vecinos de enfrente, los Robledo?

—Pues no mucho… Pero los vi hace poco por aquí, debieron venir para recoger la casa. Creo que la policía les había llamado para que identificaran algunos objetos que habían recuperado; parece ser que siguen tras la pista de los ladrones. Menos mal que el incidente quedó en un susto y no ha vuelto a ocurrir nada en el edificio. Espera que te saco un vaso…

—No, no hace falta, me gusta a morro. Chinchín…

—Chinchín. O sea, que a partir de ahora nos podremos cruzar por los estudios, te vas a convertir en una estrella…

—Una estrella no, no te pases. Y si fuera el caso, que espero que no…, te doy permiso para darme una buena colleja y bajarme los humos, como a esa actriz que tenías en tu programa de cocina…

—¿Yo? ¿Cuál?

—Esa que quería colarte sus propias frases en el guion… Te lo oí decir el día de tu mudanza, cuando nos conocimos… De hecho, creo que se enteró toda la calle.

—¡Ah, joder! ¡Ya me acuerdo! ¡Vaya tela! Aquel día su representante y yo mantuvimos una conversación bastante tensa por teléfono… Contra él no tenía nada, es un tipo razonable, pero es que esa mujer es insufrible. A ella sí que le vendría bien una buena colleja cada día. Y estoy seguro de que no sería el único; habría cola para dársela: hoy yo, mañana el director, al siguiente la maquilladora, al otro el cámara…

—Pero a ti no creo que te haga falta, no pareces una de esas a las que el éxito se le sube a la cabeza…

—¿Ah, no? ¿Y eso? ¡Si apenas me conoces!. Además, quien más quien menos, todos tenemos nuestro pequeño ego hambriento deseando salir de la oscuridad alguna vez y darse un buen atracón de admiradores…

—¡Eso es bueno! ¿Me dejas utilizarlo en un guion?

—Pues claro. Apúntalo. Hoy puedes pedirme lo que quieras… Uy, eso ha sonado fatal, ¿no?

—A mí me ha sonado bastante bien, la verdad…

¿Sabes de esos momentos en los que eres plenamente consciente de que está ocurriendo algo extraño, casi imperceptible, entre dos personas? Es algo muy sutil; un cambio en la densidad del aire, en las miradas, en la sonrisa incontenible. Lo pensé por un instante: ¿y si eso era lo que me quería decir el universo todo este tiempo con los treses?, ¿que quizá podría haber algo más que buen rollo entre Daniel y yo? La respuesta me atravesó de manera fulminante con la voz de Sara resonando dentro de mi cabeza: «Ni hablar, ni de coña. Ni se te ocurra, Beatriz. Déjalo estar, que ya hemos sufrido unos cuantos desengaños y ahora no necesitamos ninguno más».

Así que hice lo más prudente en esos casos: escenificar una digna retirada.

—Bueno, querido hado madrino, creo que es hora de que me marche… Sara habrá llegado ya y le he dicho que saldríamos a picar algo por ahí… Mira, justo a tiempo. ¡Qué oportuno! Alguien te está reclamando.

—Nadie que no pueda esperar.

—No digo yo que no, pero Sara lleva muy mal lo de esperar… Y a partir de ahora nos vamos a ver con más frecuencia, ¿no?

—Eso seguro. Ya nos veremos por ahí, Beatriz Barea… Y muchas gracias por la cámara, me ha encantado.

—¡Ya estoy aquí! ¿Sara?

—¿Ya se la has dado? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dado las gracias, creo que le ha gustado mucho…, no se lo esperaba.

—No me extraña…

—¿Qué? ¿Preparada para marcharnos?

—Sí, espera un segundo, cojo el bolso y nos vamos.

—¿Estabas hablando con Lars?

—Sí, tía… Está desesperado porque no consigue arreglar unos papeles con el Ministerio de Hacienda de allí… Y no ve el momento de venirse.

—Es que cuando te haces a la idea de que te vas a marchar, te entran las prisas. ¿Ya tiene fecha posible de llegada?

—Dice que probablemente será a principios de febrero… No sé.

—Yo mañana voy a visitar un apartamento que tiene muy buena pinta. Es pequeño, pero sería solo para mí, sin compartir. Y está cerca de aquí…

—¿Sí? Ay, ¡ojalá tengas suerte esta vez! Ya sabes que no tengo prisa, que incluso cuando llegue Lars te puedes quedar un poco más, si lo necesitas.

—No hará falta, ya lo verás. Tengo muchas esperanzas puestas en lo de mañana.

—¿Crees que te cabrá el famoso aparador de la señora Amalia? Porque anda que no has sido pesada con él…

Tenía razón. Reconozco que un poco pesada había sido. Cuando el notario abrió el testamento de Amalia, resulta que me había dejado el aparador que tanto me gustaba con los cristales verdes esmerilados. El problema era que un objeto tan grande no era fácil de meter en ninguno de los apartamento que estaba viendo, pero no pensaba dejarlo en ningún otro sitio. Ese aparador venía conmigo. Formaba parte de nuestra historia, la de Amalia y mía.

Cuando fui a buscarlo, encontré en su interior una de sus cajas antiguas de galletas de Artiach. Pensé que se había quedado allí olvidada y la cogí. Al abrirla, descubrí que había dos sobres con mi nombre en ellos: el más grueso contenía ocho mil euros. En el otro había una carta de Amalia escrita con letra grande y temblorosa:

Mi querida niña:

Esto es para ti, para que puedas empezar alguno de esos sueños tan bonitos que me contaste. No es mucho, solo un empujoncito que tú sabrás aprovechar muy bien. Lo sé porque te conozco.

Eres todo corazón y luz, y has sido un regalo para mí en estos últimos momentos de mi vida. Sigue así siempre, iluminando a la gente que te quiere.

Con todo el cariño de mi corazón,

Amalia.